

La recepción de la Revolución Rusa en el anarquismo argentino (1917-1924)

Autor:

Pittaluga, Roberto

Tutor:

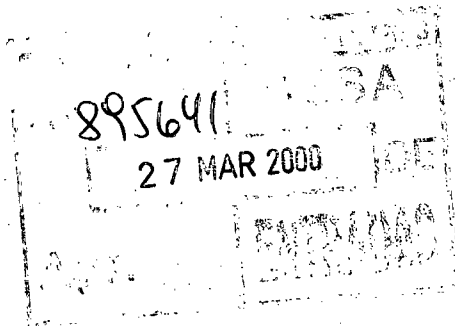
Romero, Luis Alberto

2000

Tesis presentada con el fin de cumplimentar con los requisitos finales para la obtención del título Licenciatura de la Facultad de Filosofía y Letras de la Universidad de Buenos Aires en Historia

Grado

TESIS 8-4-29



**LA RECEPCIÓN DE LA REVOLUCIÓN RUSA
EN EL ANARQUISMO ARGENTINO (1917-1924)**

Tesis de licenciatura en Historia
Facultad de Filosofía y Letras
Universidad de Buenos Aires

**UNIVERSIDAD DE BUENOS AIRES
FACULTAD DE FILOSOFÍA Y LETRAS
Dirección de Bibliotecas**

Director: Prof. Luis Alberto Romero

Tesista: Roberto Pittaluga (L.U.: 1431-83)

Año 2000

TABLA DE CONTENIDO

Introducción	3
I. Esbozo de los fundamentos teóricos del anarquismo en torno a la idea de revolución	22
II. Breve cuadro de la Argentina de la primera posguerra	32
III. El anarquismo y los desafíos de la coyuntura	43
La militancia anarquista ante la revolución rusa	55
IV. Las primeras recepciones anarquistas de la revolución rusa: entre la representación utópica y la revolución realizada (1917-1919)	55
IV. 1. Las recepciones en términos de la utopía anarquista	58
IV. 2. El desafío de la revolución realizada	68
V. Los debates en torno a la revolución rusa (1919-1921)	77
V. 1. Anarquistas bolchevizados	78
V. 2. Los primeros críticos: los "antorchistas"	104
VI. La revolución rusa objetada (1921-1924)	121
VII. Conclusiones	151
Bibliografía	163
Fuentes primarias	163
Fuentes secundarias	165

¿Qué hacer, pues, frente a las aspiraciones maximalistas? Depende. Los que tengan anhelos de más justicia, para ellos o para sus hijos, pueden saludarlas con simpatía; los que no crean que puede beneficiarlos, deben recibirlas sin miedo. Eso es lo esencial: ser optimistas y no temer lo inevitable. Cuando llegue, en la medida que deba llegar sólo causará daños graves a los que pretenden torcer el curso de la historia y a los espantadizos; la rutina hará víctimas, porque es causa de miedo, y *el miedo ha engendrado los mayores males de que tiene memoria la humanidad.*

José Ingenieros, 1918.

Introducción

El objeto de este trabajo es investigar las diferentes recepciones que tuviera la revolución rusa en los sectores militantes del anarquismo de la Argentina entre 1917 y 1924. Bajo el concepto de "recepción" se trata de explorar una serie de cuestiones interrelacionadas que constituyen un universo referente a las formas en que fuera interpretada, apropiada o rechazada esa revolución –o determinados aspectos de la misma–, desde los discursos políticos y teóricos de las distintas corrientes libertarias, indagando qué sesgos imprimió su existencia en las perspectivas políticas que definían –aunque fuera parcialmente– sus estrategias en el contexto local. En otras palabras, mi pretensión es investigar y exponer el primer proceso de reflexión en el mundo del anarquismo argentino en torno a la revolución rusa, y algunas de sus consecuencias en la práctica de quienes en su acción cotidiana se planteaban, al menos en términos discursivos, la transformación revolucionaria de la sociedad. Por supuesto que esto implica descartar abordajes que supongan la "transparencia" de lo que era esa revolución para los contemporáneos, e incluso de aspectos claves de ella. Y esto no tanto debido al tipo de información que circulaba por estos lugares (hasta 1919 la mayoría de los cables eran, para los revolucionarios locales, "burgueses"), la cual si escasa y parcializada, era de todas formas suficiente como para

alentar los debates. Más bien porque las recepciones de tal acontecimiento estaban determinadas –en el sentido que Williams atribuye a la determinación¹– al menos por tres conjuntos de condiciones. En primer lugar, las informaciones que llegaban sobre la situación rusa, que constituían en claves para la interpretación ciertos aspectos de la misma mientras silenciaban otros. En segundo lugar, por las características de las prácticas y de los discursos libertarios que se desplegaban en el contexto argentino; y finalmente, por las peculiaridades de ese mismo contexto sociopolítico de la primera posguerra. En todo caso se trata de indagar en las metáforas utilizadas para dar cuenta de esa revolución, cómo ella repercutió en las concepciones y discursos sobre la revolución de los anarquistas de la Argentina y, eventualmente, de las variaciones en las apreciaciones que de la revolución rusa tuvieron esos militantes en el transcurso de esos años. En otras palabras, poner de manifiesto las reformulaciones de las imágenes y conceptualizaciones sobre la transformación social que tuvieron lugar a partir de la revolución rusa, esto es, cómo esos distintos discursos se conmovieron ante el desafío que significó la experiencia rusa. De tal manera, este es un trabajo sobre la militancia libertaria en la Argentina, enfocado desde las formas en que sus distintos sectores se posicionaron ante una coyuntura que los obligó, quisieran o no, a revisar al menos ciertos aspectos de sus concepciones o a encontrar nuevos argumentos para sustentarlas. Por ello, lo relevante es, cómo era vivida esa lejana y a la vez “cercana” explosión revolucionaria por los militantes ácratas, cómo la representaban y de qué manera influía en sus comportamientos políticos, y qué fue lo que cambió –si algo cambió– en el anarquismo como consecuencia de ella.

Conviene remarcar que este estudio no se propone investigar las repercusiones de la revolución rusa en el movimiento obrero argentino, una tarea que, en todo caso, resultaría indispensable para aclarar ciertas zonas oscuras en torno a las distintas recepciones. El centro de esta investigación lo constituye la porción más activa de la militancia anarquista, aquella que editaba una variedad de publicaciones y que, por lo tanto, constituye una de las primeras fuentes para avanzar, en todo caso y con posterioridad, en una

1.- Raymond Williams, *Marxismo y literatura*, Barcelona, Península, 1980, pp. 102-114.

indagación que tuviera por objeto la recepción de la revolución rusa en el conjunto del movimiento obrero de la época. En cierta forma es un universo restringido, del cual tampoco podemos proponer hipótesis lo suficientemente fundamentadas como para establecer sus vínculos con el mundo de los trabajadores, una cuestión ciertamente relevante. La mayoría de los historiadores han propuesto que, para los años que se tratan en este trabajo, la presencia anarquista entre los trabajadores había disminuido considerablemente respecto del pasado inmediato, y era muy minoritaria si se la comparaba con la hegemónica FORA sindicalista.² Los pocos estudios existentes acerca de la presencia del anarquismo luego de la primera guerra mundial no permiten hacerse una idea cabal de esa presencia. Por ejemplo David Rock, analizando la Semana Trágica, considera no sólo marginal al anarquismo respecto de los acontecimientos que tuvieron lugar en aquel momento, sino que llega a afirmar que *La Protesta* era un periódico de escasa circulación.³ Lo que parece ser una verdad irrefutable para el período que arranca en la segunda década del siglo XX, podría haber sido parcial y episódicamente desmentido en los tensos años que siguen a la guerra mundial, en los cuales el anarquismo, a través de la FORA V, parece haber aumentado su nivel de convocatoria y adhesión entre los trabajadores. Así, Edgardo Bilsky, en uno de los estudios más minuciosos sobre los mismos acontecimientos de enero de 1919 y contradiciendo implícitamente las puntualizaciones de Rock sobre la importancia del anarquismo entre los trabajadores, señala que durante el lapso 1918-1921 fue la Federación sindicalista la que, aún creciendo, sufrió cierto estancamiento, mientras que la FORA anarquista incrementó notablemente la cantidad de gremios y cotizantes que nucleaba, dejando de representar, en ese breve lapso, una minúscula fracción de los trabajadores.⁴ Estas aclaraciones, además de mostrar las dificultades para establecer ya no la relación siempre compleja entre la militancia anar-

2.- La FORA de orientación sindicalista era conocida como FORA del IX Congreso o FORA novenaria en virtud de que en dicho Congreso, realizado en 1915, la mayoría de los gremios adheridos deciden adoptar el neutralismo respecto de cuestiones doctrinarias o ideológicas. La minoría, que se retira del Congreso, se autodenomina FORA del V Congreso o FORA quintista, pues fue en este último conclave en el que se identificó a la Federación con las ideas del "comunismo anárquico".

3.- David Rock, "La Semana Trágica y los usos de la historia", en **Desarrollo Económico**, vol. 12, nº 45, abril-junio 1972, p. 189.

quista y los trabajadores sino al menos una estimación de la proporción de sociedades obreras adherentes a la central libertaria, sólo quieren remarcar el carácter específico de la investigación que se presenta, acotada al universo de los periódicos y las publicaciones de la militancia ácrata. Es, por lo tanto y fundamentalmente, un análisis de los discursos libertarios que en la Argentina tuvieron por objeto la revolución rusa. La relevancia de un análisis de tal tipo reside, a mi entender, en que la revolución rusa –junto a otros procesos, pero inscribiendo su propia y específica marca– significó, para el anarquismo local –aunque intuyo, como se verá más adelante, que algo similar ocurrió en otros países– un desafío que no pudo superar, y colaboró así a su larga retracción.

Las repercusiones de la revolución rusa han sido generalmente soslayadas, en el convencimiento –explícito o no– de que su influjo en la Argentina no fue lo suficientemente importante como para considerarla un elemento actuante en la realidad local. Es seguramente cierto que las resonancias de la misma no pueden equipararse con alteraciones locales de más honda profundidad a la hora de explorar los procesos sociales y políticos de estas tierras, y por ello no pretendo, sencillamente, amplificar la influencia del hecho revolucionario ruso, ni sobrestimarlo respecto de la dinámica económica, social y política argentina. Sin embargo, creo no ha sido valorada su repercusión e influjo. Aún cuando su influencia no puede ser considerada como elemento de primer orden a la hora de evaluar las conductas políticas y sociales de las distintas fuerzas en pugna en aquellos febriles años, su impacto no careció de significación, tanto entre los sectores dominantes como entre la izquierda y los trabajadores, y especialmente entre los anarquistas.

Si se ha destacado su eco entre las clases dominantes, afirmándose incluso que éstas fueron más sensibles a la revolución que los sectores populares, este señalamiento fue generalmente asociado con una supuesta reacción de “excesivo” pánico o de terror fingido ante los conflictos sociales

4.- Edgardo Bilsky, **La Semana Trágica**, Buenos Aires, CEAL, 1984, pp. 27 y ss.

de posguerra.⁵ De tal forma, para aquellos que encuentran una desmesura en las apreciaciones que sobre la situación formulan ciertos voceros de las clases propietarias, estas operaciones discursivas que denuncian el arribo de "extremistas" europeos, o la existencia de "planes maximalistas", o aún la denuncia sobre supuestos "soviets" (y no casualmente uno de ellos será "descubierto" en plena Semana Trágica), más allá de brindar una imagen indicativa del impacto que la revolución rusa tuvo sobre los sectores privilegiados en estas latitudes, quedaban, en ese discurso historiográfico, asociados a un momento de temor (real o no) que en esa misma caracterización no podía evaluar el nuevo léxico político de las clases dominantes más que como la instrumentalización de ciertos conceptos que simbólicamente serían para galvanizar sus propias filas, pero paralelamente impedía una apreciación más sustantiva de la relación entre esas nuevas calificaciones de la agitación obrera y las reconceptualizaciones que una parte de los intelectuales y representantes del poder estaban componiendo sobre el proceso histórico que vivían.⁶ Quizás sirva como ejemplo de este cambio en las

5.- El concepto de "terror fingido" es de José Luis Romero, **El desarrollo de la ideas en la sociedad argentina del siglo XX**, Buenos Aires, Biblioteca Actual, 1987, p. 101. Sin embargo, en el texto de Romero –aunque se trate de una expresión poco feliz– parece ser el intento por señalar una característica de las clases propietarias: el sobredimensionamiento de la amenaza. En un sentido similar, véase David Rock, "Lucha civil en la Argentina. La Semana Trágica de enero de 1919" en **Desarrollo Económico**, vol. 11; n° 42-44, julio 1971-marzo 1972, pp. 211-212.

6.- Es posible pensar que las clases propietarias hicieran un uso instrumental de la revolución rusa a fin de justificar la represión sobre dirigentes y organismos obreros, y de aprovechar el temor y recelo que sobre ciertos sectores medios emergentes causaba la "demagogia radical". Sin embargo, el mismo concepto de "instrumentalización" en la apelación retórica a figuras como "soviets", "maximalistas", "conspiración bolchevique", etc., resulta insuficiente: por un lado, porque juzga tales discursos (y las prácticas que los sustentan o que se desprenden de ellos) desde una óptica que presupone la no razonabilidad de la amenaza (una presuposición seguramente correcta, pero ¿qué fantasma recorre la noche de cada quién?), y por tanto es una proyección hacia el pasado de lo que podría haber sido un "mejor camino" para tratar con la conflictividad social. Por otro lado y relacionado con lo anterior, se evita así internarse en la propia racionalidad de la clase dominante argentina (su específico proceso de formación como clase, que incluye valores de una autoritarismo y de una intolerancia que han sido opacados últimamente por cierta historiografía que busca resaltar sus supuestos atributos "reformistas"). Se impone casi como necesidad para los historiadores de esta etapa ver hasta dónde los entrelazados problemas que inscriben la revolución rusa a nivel mundial y la creciente conflictividad social de posguerra en el plano local, aceleran, combinados con nuevas tensiones políticas –sobre todo, con las características específicas de la política yrigoyenista– y económicas, alineamientos adversos al régimen democrático entre no pocos miembros de las clases dominantes que, si cristalizan casi una década después, se incuban en este momento. Para un enfoque histórico que quiere resaltar los atributos reformistas de la élite liberal-conservadora, véase Eduardo Zimmermann, **Los liberales reformistas. La cuestión social en la Argentina 1890-1916**, Buenos Aires, Sudamericana/Universidad de San Andrés, 1995; y para una crítica conceptual de dicho enfoque,

percepciones, irreductible a la figura de un pasajero o instrumentalizado acceso de pánico, un vocero tan autorizado como el diario *La Nación*, que si descubría “soviets” y “maximalistas” en toda concentración y reclamo obrero desde la Semana Trágica, no por ello se prohibía reflexionar más profundamente, en los días inmediatamente posteriores a aquellas jornadas de enero de 1919, sobre el significado nuevo de las luchas, descubriendo en dicho significado no sólo una dimensión internacional sino también una cesura en el desarrollo histórico. Así, el 27 de enero de 1919, expresaba que “si queremos vernos algún día libres de la pesadilla de la guerra social que queda planteada, y que se ha desencadenado sobre el mundo al terminar la guerra internacional que ahora se liquida, fuerza sería desechar desde luego todas las ilusiones optimistas que se hayan hecho al respecto [...] Creemos que ya no es permitido clasificarlos de eventuales chispazos, ni es dable suponer que la idea que los preside haya de ser, en todos los casos y en todos los países, susceptible de ser detenida por medidas de fuerza. Una y otra cosa no servirán en realidad, a la larga, sino para agravar el mal”.⁷

En el caso del anarquismo y, más en general en el conjunto de la izquierda, el impacto de la revolución rusa no ha sido, todavía, dimensionado. Esta ausencia de trabajos historiográficos se inscribe en una escasez general de investigaciones sobre esa franja de la política argentina, en la que predominan aún hoy las escrituras “militantes”. La falta de una historiografía al respecto no deja, sin embargo, de llamar la atención, sobre todo porque una serie de problemas, debates y orientaciones fueron directamente inspirados por la revolución rusa para luego inscribirse en la política local. Pero además su importancia radica en que toda mirada sobre la izquierda no puede soslayar la dimensión internacional; en principio porque casi todas las

Jorge Cernadas, “La ilusión de un pasado”, en *El Rodaballo. Revista de política y cultura*, año 3, nº 5, verano 1996/1997. Por otro lado, habría que juzgar hasta dónde esta reacción de gran parte de los sectores dominantes implicó darle a la idea de revolución –en particular su asociación con la revolución rusa a través de figuras como el complot bolchevique dirigido desde Moscú–, una mayor centralidad en los conflictos políticos y sociales. Este último es, por ejemplo, el caso de España; véase Carlos Forcadell Álvarez, “La recepción de la revolución rusa en España (1917-1921)”, en F. Carantoña A. y G. Puente F. (eds.), *La Revolución Rusa, 70 años después*, Actas del 2º Coloquio de Historia Contemporánea, Universidad de León, 11 al 13 de noviembre de 1987, Editorial de la Universidad de León, Secretariado de Publicaciones, León, 1988.

7.- *La Nación*, 27/1/1919, p. 6.

tendencias que la conforman son internacionalistas. Pero ese "internacionalismo no sólo debe verse como un entrelazamiento organizativo, la formulación de un proyecto revolucionario que pretende superar las estrechas fronteras nacionales o la importancia que sobre la propia legitimidad como fuerza de izquierda otorga el invocar la pertenencia y mostrarse como prolongación de un movimiento revolucionario de impacto universal; también debe valorarse la historia de la izquierda en estrecha relación con la del movimiento obrero a escala mundial, con sus etapas, crisis y transformaciones".⁸

En este sentido, un significado profundo y crítico se reveló en el levantamiento ruso: la revolución, en su momento de triunfo –aun cuando éste quede circunscripto a Rusia–, dejó de ser una potencialidad subyacente al conflicto social, para convertirse en una realidad dotada de autonomía; su irrupción abierta fue el autorreconocimiento de la clase obrera como variable independiente; el nuevo poder soviético, evidencia del antagonismo obrero que alcanza a estructurarse como Estado, devino punto de referencia e identificación interna para la clase obrera mundial, y por ello indicadora de una posibilidad objetiva, presente: el socialismo pasó de la utopía a la realidad. La clase obrera era desde ese momento una clase políticamente identificada, devenida sujeto a través de una serie de movimientos portadores de una absoluta connotación revolucionaria al interiorizar el elemento político dentro de la composición de clase y ahondar su presencia contradictoria a través de una autonomía políticamente consistente. Desde esta perspectiva, como afirma Negri, "la originalidad irreductible del '17 ... respecto de los ciclos de luchas obreras precedentes, resulta total: la verdadera piedra angular a partir de la cual cada problema recibe nuevas perspectivas y nuevas dimensiones, y el punto de vista de una clase obrera liberada"⁹. De la misma manera, Hobsbawm no duda en resaltar tanto la ecumenicidad como la envergadura de la revolución rusa y, comparándola con la francesa, nota que aquella tuvo una repercusión mucho más vasta, siendo una de sus princi-

8.- J.Cernadas, R.Pittaluga y H.Tarcus, "Para una historia de la izquierda en la Argentina. Reflexiones preliminares", en *El Rodaballo*, N° 6/7, otoño-invierno de 1997, p. 34. Por una perspectiva similar ya se había expresado Georges Haupt, *El historiador y el movimiento social*, Madrid, Siglo XXI, 1986.

9.- Antonio Negri, "John M. Keynes y la teoría capitalista del Estado en el '29", en *El Cielo por Asalto*, año I, n° 2, otoño 1991, p. 98.

pales consecuencias la proliferación de partidos de izquierda (muchos de ellos, quizás la mayoría, identificados con la URSS y el PCUS) en los 50 años siguientes al evento revolucionario de octubre, en las más distantes latitudes y en los más diversos climas socioculturales.¹⁰

A pesar de la universalidad manifiesta del impacto de la revolución rusa, no mucho ha sido dicho por la historiografía argentina sobre sus repercusiones en estas regiones. Si lo sucintamente referido en esta líneas pretende justificar un estudio particularizado de la recepción de la revolución rusa en la Argentina, específicamente en su franja anarquista, tal estudio no cuenta más que con unos pocos trabajos que le hayan abierto el camino. Los de Oscar Terán, Beatriz Sarlo y Néstor Kohan, que estudian el ascendiente de la revolución de octubre sobre algunos intelectuales argentinos¹¹; los trabajos monográficos de Fernando López y Daniel Omar de Lucía, internándose el primero en un debate que sobre la revolución rusa tuviera lugar en las páginas de un periódico anarquista mientras el segundo recorre las ideas de progreso que aquella genera; y el trabajo de Andreas Doeswijk, quien en su tesis de doctorado reconstruye notablemente la historia de un grupo anarquista olvidado y sacudido por la revolución rusa.¹² No es difícil, entonces, resaltar la escasez de investigaciones que se detengan centralmente en dimensionar la recepción de la revolución rusa entre las fuerzas políticas de la izquierda local, sean anarquistas, socialistas o sindicalistas.

En términos generales podría decirse que la revolución rusa instaló una cuestión decisiva: le otorgó *un* lugar a la revolución, y esto en al menos dos sentidos. Por un lado, implicó un corte del tiempo histórico: la revolución

10.- Véase Eric Hobsbawm, **Historia del siglo XX**, Barcelona, Crítica, 1995, cap. 2.

11.- Oscar Terán, **En busca de la ideología argentina**, Buenos Aires, Catálogos, 1986; Beatriz Sarlo, **Una modernidad periférica. Buenos Aires, 1920 y 1930**, Buenos Aires, Nueva Visión, 1988, cap.V; Néstor Kohan, "Romanticismo y anticapitalismo. La recepción de la revolución rusa en el pensamiento de José Ingenieros", en **El Rodaballo**, nº 8, otoño-invierno 1998. Los trabajos de Terán remiten principalmente a las figuras de José Ingenieros y Aníbal Ponce; los de Sarlo están centrados sobre Aníbal Ponce, Elías Castelnuovo y Raúl González Tuñón, mientras que el de Kohan sobre el pensamiento de José Ingenieros.

12.- Fernando López, "El impacto de la revolución rusa en la Argentina. El debate ideológico en la prensa anarquista", mimeo inédito, s/f; Daniel Omar de Lucía, "La revolución rusa como hazaña del progreso. Un imaginario social de la Argentina de entreguerras", mimeo inédito, 1996; Andreas Doeswijk, "Camaleones y cristalizados: los anarco-bolcheviques rioplatenses, 1917-1930", Tesis de Doctorado, Universidad de Campinas, 1998.

ya no era un lugar futuro sino uno presente, contemporáneo; las discusiones sobre su advenimiento dejan de transitar el terreno especulativo o ideológico para tomar el cuerpo de la política actual. Este corte del tiempo podía ser también, aunque no necesariamente, la ruptura de una temporalidad lineal, pues a partir de ella existían un antes y un después en cierta forma inconmensurables, exigiendo el inicio de un nuevo calendario, la consagración de un nuevo origen. El futuro tantas veces convocado se había constituido en un acontecimiento presente; ya no importa si se lo pensaba como algo más o menos cercano, o incluso como algo más o menos inevitable, porque lo que aparecía era el corte con el pasado y la contemporaneidad de la era revolucionaria, de un nuevo inicio. Por otro lado, profundizando esa ruptura temporal, este otorgamiento de un lugar implicaba el recorte de un espacio político; la revolución ya no era u-topía (no-lugar) –pero, y aquí hay una clave, tampoco resultará eu-topía.

La revolución rusa, por otra parte, abrió un debate en torno a los imaginarios revolucionarios y a las concepciones de la revolución. El concepto de revolución ha sido –y todavía es– uno de los más controvertidos.¹³ Numerosos intelectuales han tratado de precisar su definición, describir sus rasgos más característicos y aportar a la elucidación de sus causas y de sus consecuencias. Casi todos estos análisis han debido, además, carearse con aquellos acontecimientos o procesos sociopolíticos sobre los que hoy se acuerda su carácter revolucionario, a fin de contrastar las definiciones propuestas. La mayoría de esas conceptualizaciones, a su vez, se entroncan con una resignificación del término operada hacia fines del siglo XVIII, cuando las revoluciones americana y francesa, pero sobre todo esta última, impusieron un nuevo sentido al vocablo. Por ello, como señalara Hannah Arendt, la búsqueda del momento histórico de su resignificación es parte indispensable de cualquier intento de análisis del mismo, y la autora de **La Condición Humana** lo ubica en aquella noche del 14 de julio de 1789 en París, cuando a la exclamación del rey calificando de revuelta la toma de la

13.- Lo que sigue es un brevísimo excursus sobre la significación moderna del concepto de revolución que no pretende, ni podría ser, exhaustivo, y en el que se han dejado de lado concientemente algunas de las más influyentes conceptualizaciones –como la marxista– porque ello exigiría un estudio separado.

Bastilla, el duque de La Rochefoucauld-Liancourt respondió: "Non, Sire, c'est une révolution".¹⁴

El significado premoderno de la voz latina *revolutio* derivaba del verbo *revolvere*, "volver a girar", y hacía referencia al movimiento de rotación circular. Su amplia difusión durante los siglos XVI y XVII se debió a su utilización en el campo de la astronomía; en las obras de Copérnico, Kepler y Galileo el vocablo designaba el movimiento regular –sometido a leyes– y rotatorio –circular para Copérnico, elíptico en el caso de Kepler– de los cuerpos celestes.¹⁵ De tal forma, el concepto de revolución tenía, por un lado, una connotación restauradora, pues el movimiento de los astros implicaba siempre un retorno al origen, una vuelta al punto de partida, un regreso a las condiciones iniciales. Por otro lado, portaba también una connotación que refería a un proceso irresistible, un ámbito que escapaba a las posibilidades humanas. En la medida en que la palabra señalaba la regularidad y la irresistibilidad de un movimiento recurrente y cíclico, le eran por completo ajenas las ideas de cambio, novedad y violencia. Incluso cuando el término revolución se utilizó por primera vez con criterio político, su sentido estuvo más cercano de su significado original: así se designó en la Inglaterra de 1660 a la reposición de los Estuardos, y posteriormente la Revolución Gloriosa de 1688 fue entendida como un restauración –mientras que los acontecimientos de 1640 a 1660, nombrados como la Gran Rebelión, exponían sus metas en términos restauradores.¹⁶

Fue a partir de las revoluciones americana y francesa que la palabra revolución cambió su sentido, aun cuando conservara ciertas cargas de su anterior significación. En su acepción moderna, según Arendt, revolución pasó a ser la designación de aquellos acontecimientos o procesos en los que se combinan de manera singular los temas del cambio y la violencia, la cuestión de la libertad y el problema del origen, la novedad y la irresistibilidad, y, finalmente, la cuestión social. La idea de un cambio que no tuviera

14.- Citado en Hannah Arendt, **Sobre la revolución**, Madrid, Alianza, 1988, p. 49.

15.- Véase Kurt Lenk, **Teorías de la revolución**, Barcelona, Anagrama, 1978, pp. 14-16; Hannah Arendt, op. cit., pp. 43-48. El título de la obra de Copérnico es por demás elocuente: **De revolutionibus orbium coelestium**.

16.- Para Arendt no es tan paradójico el caso inglés, ya que las revoluciones modernas comenzaron como restauraciones.

causas transmundanas era ajena al pensamiento cristiano y los cambios que efectivamente ocurrieran en el mundo secular no interrumpían el curso de lo que la modernidad ha llamado la historia.¹⁷ Pero la noción del cambio inscripta en el concepto moderno de la revolución fue aquella vinculada a un nuevo origen, a la sensación de que se había iniciado *otra* historia, una nueva época. De la misma forma, la violencia, tematizada con anterioridad en torno a las rebeliones, insurrecciones o golpes palaciegos, trocó su sentido: la violencia presente en la revolución era aquella dirigida a modificar la forma de gobierno.¹⁸ Cambio y violencia se conjugan en la nueva experiencia revolucionaria; ambos conceptos son resignificados por lo que, para Arendt, constituye “la trama incuestionable” de las revoluciones francesa y americana: la entrada en escena de la libertad.¹⁹ Esta libertad estaba indisolublemente asociada a un nuevo origen, a un momento cuya trascendencia implicara iniciar un nuevo cómputo del tiempo. En el curso de las revoluciones del siglo XVIII, sus actores percibieron que un fenómeno político podía dar lugar a un nuevo origen, que ello podía ser el resultado de sus acciones y de lo que conscientemente se propusiesen hacer. La revolución como origen de una nueva historia que es el producto de la acción de los hombres, conjugó desde entonces todos aquellos elementos resignificados: el cambio, la violencia, la novedad y el objetivo de la libertad. Así, para Arendt, mientras la idea de restauración propia del antiguo sentido de la palabra revolución era desplazada por estos nuevos contenidos, la noción de un tiempo recurrente cedía frente a la idea de un tiempo lineal, potencialmente sujeto a nuevos inicios. Lo que perdura del viejo al nuevo significado es la idea de irresistibilidad, la noción de que las fuerzas que se han desatado con la revolución no

17.- En todo caso el cambio era pensado como la vuelta a una etapa diferente de un ciclo cuyo curso estaba ordenado de antemano por la propia naturaleza de los asuntos humanos y que, por tanto, era inmutable. Si el cristianismo quebró la concepción cíclica del tiempo prevaleciente en la antigüedad puesto que el nacimiento de Cristo –un acto providencial– constituía un nuevo origen, esa ruptura fue sólo parcial, pues ese acontecimiento fundacional era por definición irrepetible, manteniéndose así la idea de una recurrencia cíclica normal en la historia secular, en todo caso llamada a ser contemplada con indiferencia por los cristianos.

18.- Hannah Arendt, op. cit., pp. 27-29 y 35-36.

19.- La libertad a la que Arendt se refiere no es la ausencia de opresión ni lo que se agrupa bajo el impreciso término de libertades civiles: para ella la libertad es la participación en los asuntos públicos o la admisión en la esfera pública. Para un amplio desarrollo de este concepto, véase Hannah Arendt, **La Condición Humana**, Buenos Aires, Paidós, 1993.

están bajo el control de ninguno de los protagonistas. Fue la entrada en la plaza pública de la inmensa mayoría –que no era libre porque estaba sujeta a los imperativos de la necesidad– la que imprimió este sentido al concepto de revolución.

De la mano de la multitud necesitada la “cuestión social” se hizo presente en la Revolución Francesa, y fue ésta y no la Americana –desprovista de esta temática– la que ofició de modelo para las revoluciones de los siglos XIX y XX. La irresistibilidad fue traducida en la “necesidad histórica” y los revolucionarios no sólo se pensaron como continuadores de la gesta revolucionaria francesa sino como agentes de la historia. Como tales pretendieron construir las nuevas moradas proyectándolas, cual arquitectos, sobre la sabiduría pasada y sobre la confianza de que un nuevo orden podía edificarse desde sus esquemas conceptuales porque se ajustaban al desarrollo “natural” del proceso histórico. Arendt se lamenta de que, así las cosas, la necesidad reemplazó a la libertad como principal categoría del pensamiento político revolucionario.²⁰

Por su parte Kurt Lenk destaca gran parte de los aspectos que Arendt señala en el concepto moderno de revolución: la idea de un cambio violento que implica la instauración de un nuevo orden –problema del origen y de la ruptura epocal–, la noción de irresistibilidad, y el hecho de que cuando una revolución política se articula en nombre de la mayoría tiende a convertirse durante su desarrollo en una revolución social. Si la revolución es –desde la experiencia francesa– el nombre de una transformación extraordinaria cuyos objetivos son la mutación radical de las estructuras de dominación, Lenk distingue, en la construcción moderna del concepto, un primer sentido en el que la revolución designaba el momento de la destrucción, de la aniquilación

20.- Hannah Arendt, op. cit., pp. 53-54. Para una crítica histórica de las ideas de Arendt sobre la revolución, véase Eric Hobsbawm, **Revolucionarios. Ensayos contemporáneos**, Barcelona, Ariel, 1978, pp. 283-293. Por su parte, Habermas formula una fuerte crítica a la contraposición que Arendt efectúa entre la revolución americana y la francesa, a partir de la cual la filósofa alemana construye la oposición entre la libertad y la necesidad como conceptos rectores del ideario revolucionario; Habermas plantea que justamente fueron las revoluciones que Arendt piensa “contaminadas” por la cuestión social –y por consiguiente vertebradas por el reino de la necesidad– las que construyeron verdaderos ámbitos de libertad –tal como la concibe Arendt–: las secciones parisinas, los soviets o los consejos húngaros o italianos, mientras que la revolución americana careció por completo de esos espacios. Véase Jürgen Habermas, **Perfiles filosófico-políticos**, Barcelona, Taurus, 1978, cap. 11.

de todo lo existente (lo que Hegel, en referencia a la Revolución Francesa, calificó de “furia de la desaparición”).²¹ Además, las revoluciones han sido reconocidas como tales desde la revolución francesa, pero a partir del curso de ésta y no de sus motivaciones iniciales. La dialéctica revolucionaria que allí brotara implicó a la postre que la praxis revolucionaria, transformadora, se convirtiera en objeto de las reflexiones teóricas, y en no poca medida que se pasara a concebir la revolución como un proceso permanente, con flujos y reflujos en la lucha existente entre dos principios, el de la revolución y el de la contrarrevolución, todo lo cual implicaba, para los revolucionarios, una preparación constante y previa.²²

Theda Skocpol, en su **Los Estados y las Revoluciones sociales**, retomando el énfasis marxista en el cambio socioestructural del conflicto de clases y combinándolo con las teorías del conflicto político –como la de Charles Tilly–concibe las revoluciones sociales como transformaciones de las estructuras de clase y de dominación de Estado. Desde su estudio de historia comparada, critica los modelos intencionales o voluntaristas, subrayando las causas estructurales y de largo plazo en la determinación de los procesos revolucionarios.²³ Skocpol plantea que ninguna revolución ha sido hecha intencionalmente por un movimiento revolucionario que movilizara a las masas, sino que las situaciones revolucionarias son creadas por crisis político-militares de dominación de Estado y de clase. Desde esta perspectiva, las revoluciones no se hacen, en ningún sentido de acumulación de fuerzas o formación de una contrahegemonía, sino que “vienen solas”. La autora desliza así los acentos ya no sólo hacia un proceso que una vez desencadenado es incontrolable e irresistible, sino que su misma emergencia no depende de las acciones conscientes de los sujetos que se lanzan a la transformación.²⁴

Inauguración de una nueva era y construcción de un nuevo orden social, cambio y violencia, fundamentación en la necesidad histórica, libertad y

21.- Kurt Lenk, **Teorías de la revolución**, op. cit., pp. 21-25.

22.- *Ibidem*, p. 23.

23.- Theda Skocpol, **Los Estados y las Revoluciones Sociales**, México, FCE, 1979.

24.- La resolución de una crisis revolucionaria surge con la reconstitución de la dominación del Estado, lo cual se logra en un proceso que la autora describe en términos muy parecidos al “paralelogramo de fuerzas” de Engels.

liberación, son algunos de los elementos centrales que vertebran el significado moderno de revolución, y desde esa significación será abordado el tema en este trabajo. Por otro lado, y a pesar de que los autores citados coinciden en que los signos restauradores ya no están presentes en el concepto de revolución, me inclino a pensar que el término todavía goza de cierta ambigüedad, y rasgos redentores o restauradores lo permean, sobre todo, en cierta franja del pensamiento socialista libertario.

La idea de la revolución, la fundamentación de su necesidad —en la doble acepción del término— y las formas de acción encarnadas en un discurso presente y realimentadas por esa palabra, son parte central de un imaginario de las corrientes revolucionarias, un imaginario revolucionario.²⁵ Este imaginario revolucionario se vertebra a partir de la idea de que es posible la transformación del orden existente, como una respuesta en el campo específico del imaginario social de una sociedad determinada, lugar relevante del conflicto por la significación y el sentido globales de las relaciones sociales.²⁶ Por ello puede decirse que toda corriente teórico-política revolucionaria —al menos desde la Revolución Francesa— implica, como una dimensión inescindible de su propia formulación, una representación más o menos explícita de la sociedad posrevolucionaria, aunque más no sea como momento y lugar en el que predominarán determinados valores y relaciones deseadas, y más allá de cuán precisa fuera esa prefiguración. Esta representación se despliega a la vez como un orden social futuro y como unas formas determinadas de tránsito hacia tal fin, de tal manera que la acción

25.- Dado que, como afirma Bronislaw Baczko, no hay una teoría de los imaginarios sociales, y dada su increíble polisemia, utilizo el término *imaginario social* para designar la producción de representaciones de la sociedad y de todo aquello que se relaciona con ella, por ejemplo, del orden social o de su transformación, de los sujetos y de sus relaciones, de las instituciones sociales o de las políticas —es especial de estas últimas—, etc. Es *social* en tanto la actividad imaginante individual es un fenómeno colectivo; véase Bronislaw Baczko, **Los imaginarios sociales. Memorias y esperanzas colectivas**, Buenos Aires, Nueva Visión, 1999. Los imaginarios sociales se apoyan sobre el simbolismo, que, como señaló Castoriadis, es a la vez su obra y su instrumento; ese sistema simbólico no sólo introduce distinciones sino también promueve valores y normas individuales y colectivas. Véase Cornelius Castoriadis, **La institución imaginaria de la sociedad**, 2 tomos, Barcelona, Tusquets, 1983; y del mismo autor **Hecho y por hacer. Pensar la imaginación**, Buenos Aires, Eudeba, 1998.

26.- Pierre Ansart, "Ideologías, conflictos y poder", en Eduardo Colombo, **El imaginario social**, Nordan/Altamira, Buenos Aires/Montevideo, 1993.

presente está legitimada parcialmente por ese futuro que se postula, otorgando a prácticas diversas una estructura de sentido. Inversamente ese futuro es factible en tanto se asienta en determinados discursos –y prácticas– que son los que permitirían su realización plena, tanto si esas prácticas atañen sólo al tránsito hacia el futuro orden como si ellas mismas son el nuevo ordenamiento social anticipado. Por ello esta prefiguración del futuro es constitutiva de las reflexiones políticas sobre lo social y de las prácticas asociadas al discurso sobre su transformación. La representación de la revolución fibrila las prácticas políticas radicales y al sujeto de esas prácticas, es parte constitutiva de ambos y no una exterioridad que se superpone a un accionar determinado solamente por otras dimensiones de lo social. Por ello, un imaginario revolucionario, una articulación de representaciones sobre la sociedad y su transformación, una concepción de la revolución, se conforma como aspecto inseparable de las reflexiones, elaboraciones y prácticas político-ideológicas de los grupos que se autodenominan revolucionarios.²⁷ Un imaginario revolucionario permite así unir el presente con el futuro, o mejor aún, inscribir el futuro en el presente.²⁸

La revolución rusa viene a colocar un nuevo elemento, central, en esa prefiguración del futuro, en la concepción de la revolución. Su impacto, su recepción, se despliega en un doble movimiento: la representación previa de cómo debe ser la revolución (que incluye sus resultados) influye sobre la valoración del fenómeno revolucionario efectivamente acaecido; en sentido inverso, la realidad revolucionaria modifica o influye sobre el imaginario preexistente de la revolución. Interpretar la revolución rusa era también interrogarse sobre los mismos presupuestos teóricos y políticos de las prácticas locales, ya sea para encontrar en ella la confirmación de los mismos, para

27.- El universo más o menos articulado de representaciones sobre el cambio social que denomino *imaginario revolucionario* incluye tanto las más elaboradas reflexiones sobre los sujetos, el proceso social y el cambio histórico, como la invocación de la ruptura revolucionaria en los términos de la poética o la literatura. Este imaginario no siempre es una construcción plenamente coherente, ni resuelve las contradicciones en su seno; es igualmente una dimensión inmanente a las prácticas revolucionarias. Incluso las perspectivas llamadas, a veces despectivamente pero no siempre justificadamente, "reformistas" también construyen una legitimidad de sus aseveraciones fundada en el futuro deseado.

28.- Esta inscripción puede ser también una escisión, en tanto radical alteridad entre fines propuestos y medios para alcanzarlos. Pero esa escisión aparece las más de las veces oculta en las tramas discursivas que sustentan la legitimidad de la pertinencia del sujeto que las enuncia.

reconfigurarlos o para, finalmente, desligar lo ocurrido en Rusia de las ideas y prácticas del anarquismo. Por lo tanto, un examen sobre las imágenes que los libertarios argentinos vertebraron sobre la revolución rusa implica tener presente ese sedimento de conceptos, ideas y prácticas que conformaban y definían los proyectos ácratas.

Aún cuando el debate sobre la revolución rusa cristalice finalmente en la construcción de un modelo de revolución erigido a la categoría de mito, no implica que en principio no hubiera un proceso reflexivo en torno a ella. Este debate, a veces explícito, fue la forma de interiorización que las distintas vertientes ideológicas de izquierda, y entre ellas las corrientes anarquistas, debieron lograr a fin de dar cuenta de un fenómeno social que si estaba presupuesto por ellas no dejaba de tener efectos relevantes sobre su propia trama discursiva y sobre sus prácticas sociales. Esta interiorización se realizó a través de ciertos conceptos y de su articulación (dictadura del proletariado, transición, soviets, organización revolucionaria, ejército rojo, etc.), lo cual implicó, además, la necesidad de reconsiderar/reconfigurar la tradición revolucionaria: en tanto "tradición" se debieron inscribir y reescribir las genealogías de las tendencias político-ideológicas de la izquierda. Pero las recepciones de la revolución rusa no sólo estaban determinadas por las concepciones preexistentes respecto de cómo debía ser una revolución para los militantes libertarios. Otras determinaciones tenían origen en la propia coyuntura argentina y en el específico campo político de la izquierda. Tras los debates aprobatorios o recusatorios —con todos las gradaciones intermedias— se pueden apreciar las implicancias que para las distintas corrientes anarquistas —para sus fundamentos teóricos como para sus perspectivas y estrategias políticas— tuvo la revolución respecto de sus inscripciones en la política y sociedad argentinas. Cada una de dichas corrientes construye, con la fragmentaria información con que cuentan, una imagen de la revolución rusa en la que algunos aspectos de esa rica, compleja y contradictoria experiencia son destacados y otros ignorados —cuando no silenciados—, produciendo identificación o rechazo como ingredientes de sus propios perfiles políticos locales, y en relación a las posturas de otras corrientes de izquierda. Cuando aceptados, esos aspectos fueron inscriptos en su propia tradición —desde entonces reconfigurada— a fin de afianzar su po-

sición relativa en el campo político en general y en especial en el campo de la izquierda. Si rechazados, sirvieron de argumentación tanto para ofrecer un camino revolucionario alternativo como para denostar a los grupos que la justificaron. Esto exige, por otra parte, tener presente que la lógica del campo político es una lógica relacional, por lo que las distintas apropiaciones y rechazos de la experiencia soviética, deben inscribirse en ese campo político relacional de la izquierda.

Respecto del singular contexto sociopolítico de la segunda mitad de la década de 1910, en él se entrecruzan diversas y nuevas tensiones que también actúan como determinaciones de las recepciones posibles de la revolución rusa. Junto a esas determinaciones coyunturales, se ubican otras que vienen dadas por la formación específica del movimiento obrero en la Argentina, por la constitución de los grupos de izquierda, con sus tradiciones vernáculas y con su apelación al internacionalismo. Inversamente, este contexto fue leído a través del prisma de una revolución que conmueve a muchos más que sólo a la militancia ácrata. Por ello, también en este aspecto, la recepción aparece como un juego de doble influencia: por un lado, el particular contexto argentino de posguerra, cargado de novedades políticas y sociales y con su sedimentación de ideologías, conceptos y prácticas libertarias, contexto que delimita las miradas sobre el proceso revolucionario ruso. Por otro, la revolución rusa modifica los posicionamientos y definiciones de dichas corrientes, aunque sea parcial o temporalmente, y sus percepciones sobre los contextos locales.

Si de lo que aquí se trata es de estudiar cómo fueron las recepciones de la revolución rusa entre los grupos libertarios en la Argentina, esto obliga a fundamentar parcialmente el período elegido. La elección proviene tanto del mismo despliegue de la revolución en Rusia y parte de Europa, como de las elaboraciones que de ella hiciera el anarquismo local. Entre 1917 y 1924 se produce una vertiginosa secuencia de acontecimientos revolucionarios en el viejo continente que admiten múltiples interpretaciones y que no es necesario mencionar aquí. Sí es preciso remarcar que, particularmente en los que tienen lugar en Rusia, son perceptibles tanto las tendencias a consolidar lo que finalmente triunfó como corrientes que pugnaban por construir un futuro alternativo. Es, por tanto, el período en que algunos creyeron que la

revolución mundial había comenzado, para luego ver cómo se apagaban sus últimas antorchas, pero es también el período en que, contrariamente a los esperanzados en la revolución mundial, quienes vieron en ella un fenómeno destinado a no durar comprendieron que había llegado para quedarse. Pero en las formas que adoptaba esa resistencia de la revolución rusa a ser barrida de la faz de la tierra, algunos intelectuales, dirigentes y grupos de la izquierda a nivel internacional, comenzaron a vislumbrar problemas de fondo que tampoco parecían ser ya del orden de lo efímero o lo provisional. Ante lo que empieza ser la constatación de un camino que no todos quieren seguir, las primeras voces críticas desde la izquierda (marxista, socialista o anarquista) comienzan a resonar. En estos años, también, las distintas corrientes de la izquierda en la Argentina –socialista, comunista o anarquista– terminan por formular una interpretación más consolidada de la revolución rusa y por fundamentar su posicionamiento ante ella.²⁹

Definido en términos generales el objeto de este estudio y esbozada una argumentación sobre el período elegido, se presentan inmediatamente una serie de cuestiones difíciles de resolver. ¿Cómo detectar lo que es del orden de la influencia específica de la revolución rusa de las cuestiones emergentes de la propia situación argentina? ¿Hasta dónde la revolución rusa crea nuevas problemáticas y hasta dónde dispara, bajo ropas distintas, viejas disputas? Para poder abordar satisfactoriamente el objeto de estudio que pretendo construir, me limitaré a recorrer cuestiones que creo son introducidas en el debate y la práctica anarquista por la revolución rusa. Para ello me centraré en localizar los contrastes entre las concepciones de la revolución social que los distintos grupos libertarios tenían antes de 1917, y sus lecturas de la revolución efectivamente sucedida, y cómo esas apreciaciones varían en el transcurso del período elegido y se relacionan con cuestiones emergentes del contexto argentino y del particular mundo de la izquierda.

29.- Las distintas interpretaciones que las diversas tendencias de la izquierda formulen sobre la revolución rusa, no dejarán, por ello, de precisar de un permanente careo con un esquema o modelo de revolución que finalmente se constituyó en hegemónico, y que fue producto de una particular "lectura" de la revolución rusa.

Otro problema muy distinto ha sido el del acceso a los materiales documentales para la realización de este estudio. No es necesario comentar aquí la escasez de fuentes producidas por la izquierda que medianamente estén accesibles al investigador, en virtud de "esa particular política pública consistente en no tener ninguna política para la formación y preservación de archivos o hemerotecas aceptablemente provistos con material de este tipo, o para la subvención de ediciones de fuentes o estudios sobre estos temas".³⁰ Esta situación coloca a cada nuevo estudioso ante la preliminar tarea de recuperar aquellos textos que sirvan de base a la investigación. En este caso particular, la labor de reunir la documentación considerada mínimamente indispensable ocupó gran parte del tiempo, y muchas de las colecciones de periódicos consultadas estaban incompletas. Como signo de esta vacío, es destacable que la mayor parte del material consultado ha sido preservado por bibliotecas y archivos que se sostienen en forma independiente.

30.- J.Cernadas, R.Pittaluga y H.Tarcus, op. cit., p. 34.

I. Esbozo de los fundamentos teóricos del anarquismo en torno a la idea de revolución

Indagar sobre las imágenes que el anarquismo argentino vertebró sobre la revolución rusa implica, en primer lugar, acercarse, aunque más no sea superficial y esquemáticamente, a las concepciones teóricas de aquellos escritores e intelectuales del anarquismo que constituían el faro conceptual para el pensamiento libertario. De tal forma, se impone una breve exposición de las ideas vertidas por algunos de los más importantes referentes de esta corriente en torno a cuestiones como la representación de los rasgos principales de la sociedad futura —en función de que a esa meta se vincula su propuesta revolucionaria—, la crítica a la autoridad y al Estado, la concepción de la revolución y la impugnación del “socialismo autoritario”.

Una dificultad señalada por la mayoría de los investigadores e intelectuales que se han consagrado al estudio del pensamiento libertario es la diversidad de opiniones que los máximos exponentes del anarquismo han sostenido sobre algunos puntos de cardinal importancia. Si es ésta una contrariedad a la que no escapa ninguna corriente teórica —piénsese si no en la multiplicidad de lecturas que se han hecho de Marx y el marxismo, para no mencionar el liberalismo o el contractualismo—, en el caso del anarquismo la misma parece cobrar mayor envergadura y el corpus teórico de esta orientación política estar sometido a una mayor ambigüedad e indefinición. Sin embargo, en las problemáticas a que me referiré puede sostenerse que una mayor homogeneidad entre algunos de estos pensadores habilita no sólo el percibirlos como parte de un legado teórico-político sustantivo, sino también encontrar núcleos densos de ese legado que hayan servido de referentes conceptuales para quienes desde el anarquismo y desde estas latitudes australes tuvieron que evaluar las características de la revolución rusa en función de sus propias tomas de posición frente a la misma y ante otros grupos de izquierda. Es a través de esos núcleos conceptuales que se constituye el entramado de los discursos de los libertarios en la Argentina, discursos que a su vez impregnaban o al menos legitimaban las prácticas ácratas. Aún cuando esos mismos conceptos estuvieron sujetos a debate

entre los propios anarquistas, existían ciertos acuerdos que delimitaban las interpretaciones.

Puede afirmarse que en la mayoría de los pensadores libertarios dos ideas claves articulan su mirada sobre la sociedad y sobre el futuro que se pretende. Estos conceptos son los de libertad e igualdad. Más allá de las formas organizativas que puedan pensarse para la sociedad posrevolucionaria, la libertad de los individuos, y su igualdad en tanto hombres libres, son elementos fundantes del discurso libertario. Pero cada uno de estos conceptos y la relación entre ambos albergaba, sobre todo en el anarquismo del siglo XIX, una tensión irresuelta entre diferentes y hasta divergentes perspectivas. Por un lado, un anarquismo que bebe en las aguas del individualismo liberal y, por ende, concibe la libertad como la ausencia de trabas para la expansión personal: “Soy un amante fanático de la libertad –escribió Bakunin– [...] la libertad que no conoce otras restricciones que las impuestas por las leyes de nuestra propia naturaleza. En consecuencia no existen, hablando estrictamente, restricciones”³¹. Por otro lado, una perspectiva del pensamiento libertario que, desde la matriz del comunitarismo socialista, piensa la libertad individual como la capacidad de obrar en y por medio de la comunidad. Este acento en una libertad definida socialmente se expresaba según la fórmula de “un hombre es libre en tanto todos los demás lo sean”, la libertad del otro es condición ineludible de mi libertad. Por ello las formas organizativas de lo social, distintas entre los diversos pensadores anarquistas, de todas maneras quedaban sometidas a la asociación desprovista de coerción, y se las conceptualizó a través de la afinidad, por el acuerdo voluntario de los hombres y mujeres. Esta libertad que permite que las relaciones humanas se construyan sobre la simpatía y el consenso, es la que dotaría a los hombres de una radical igualdad; igualdad que sostiene la singularidad individual porque halla su fundamento no en la homogeneidad sino en la ausencia de autoridad y por tanto de coerción, sea ésta económica o política.³² Sin embargo, la tensión entre el énfasis individualista y el comunita-

31.- Mijail Bakunin, “La Comuna de París y la idea del Estado”, citado por José Alvarez Junco, “Los dos anarquismos”, **Cuadernos de Ruedo Ibérico**, nº 55-57, enero-junio 1977, p. 139.

32.- Mijail Bakunin, **Dios y el Estado**, Buenos Aires, Milter, 1973.

rista siguió presente. Bakunin fue conciente de este pendular de su propio pensamiento, pero creía que en la sociedad futura se armonizarían los intereses individuales y los sociales. Sin embargo, esta tensión –que no sólo es observable en Bakunin, aunque quizás es en sus escritos donde más se manifiesta– implicó actitudes divergentes y hasta antagónicas en las filas de los pensadores y militantes ácratas. Stirner y Kropotkin bien podría representar ambas tendencias.³³ La manifestación más aguda de esta suerte de dualidad en el pensamiento libertario fue el surgimiento de esquemas valorativos y actitudes militantes entre los anarquistas que, más de una vez, se opusieron y chocaron con fuerza. El acento en el individualismo derivó en una actitud que veía en la militancia la realización personal del revolucionario como último fin; esto llevó a sus defensores, con frecuencia, hacia posiciones elitistas, despreciando la capacidad de acción de las masas. Inversamente, quienes subrayaban el aspecto colectivo de la libertad y su posibilidad en un mundo de iguales, ubicaron la redención de la humanidad como objetivo al que se subordinaba la militancia personal. Mientras los individualistas optaron por la crítica teórica o la práctica intimista –o el terrorismo–, los solidaristas o comunitarios, por su confianza en las masas, se orientaron hacia el anarcosindicalismo, colocando el trabajo como base de los derechos y piedra angular sobre la que construir una nueva moral. Si estas cuestiones separaban ambas corrientes en el anarquismo, los unía la común crítica de la autoridad.

Al ser la libertad uno de los conceptos estructuradores de la mirada libertaria, adquiere relevancia central la crítica al Estado y a la autoridad. Si para Stirner “todo Estado es una tiranía ...[y]... cualquiera que sea su forma, es forzosamente totalitario” pues su objetivo es siempre “limitar, atar, subordinar al individuo”, Proudhon no era menos incisivo cuando afirmaba que “ser gobernado significa ser vigilado, inspeccionado, espiado, dirigido, le-

33.- Las objeciones a la pertinencia de ubicar a Max Stirner como un pensador anarquista, si válidas en cuanto al filósofo alemán –él mismo jamás se consideró tal–, pierden su fuerza al observar que el movimiento anarquista lo juzgaba como un pensador libertario. Cfr. Irving Louis Horowitz (comp.), **Los anarquistas**, Tomo I, Madrid, Alianza Editorial, 1982; y José Álvarez Junco, op. cit. Por otro lado, el punto que permite englobar a Stirner y Kropotkin es, justamente, que el axioma fundamental de ambos es la destrucción de toda autoridad.

gislado, reglamentado...”³⁴ Poniendo de manifiesto la esencial ambigüedad de la teoría política contractualista, Proudhon desalojó al Estado del lugar de elemento de cohesión social, porque en la tensión de ser a la vez protector de los derechos del hombre y de las relaciones de propiedad, su inclinación por unos u otras alentará, respectivamente, la conflictividad revolucionaria o la coerción sobre el pueblo; lejos de armonizar los conflictos el Estado los estimulaba.

Esta crítica a las teorías contractualistas del Estado, encontraba también fundamento, desde la perspectiva libertaria, en que resultaba inconcebible la cesión de libertades por parte de los hombres a un ente que no era otra cosa que la materialización de una coerción ya presente en las relaciones de propiedad. El anarquismo invierte así la mirada contractualista: el Estado ya no es una necesidad de control de los supuestos impulsos violentos y belicosos de los hombres que viven en un estado prepolítico, sino que es justamente la imposición de la violencia sobre sujetos que, de otra forma, vivirían pacíficamente y gozando de una plena libertad. Pero en la inversión del contractualismo, el anarquismo conservó, por lo menos en sus formulaciones decimonónicas, una noción del individuo como ser natural, y en gran medida presocial. Por ello, afirmaba Bakunin, el Estado es una “abstracción que devora la vida popular” y, consecuentemente anunciaba que la tendencia de dicha abstracción era la acentuación de su carácter totalitario, sostenido en gran medida por la creciente burocratización —una idea que ya había esbozado Proudhon. El mismo énfasis antiestatal recorre las reflexiones de Errico Malatesta: “En todo tiempo y lugar, sea cualquiera el nombre ostentado por el gobierno, sean cualesquiera su origen y su organización, su función esencial es siempre la de oprimir y explotar a las masas, la de defender a los opresores y a los acaparadores”.³⁵ Sobre la cardinal importancia de la prédica antiestatal entre los libertarios, da cuenta también el Congreso bakuninista suizo de Chaux-de-Fonds, en el que, en abril de 1870, se declaraba que “...todo gobierno o Estado político no es sino la explotación burguesa...” y que “...toda participación de la clase obrera en la

34.- Citados en Daniel Guerin, **El anarquismo. De la doctrina a la acción**, Buenos Aires, Ed. Proyección, 1975, pp. 18-19.

35.- Malatesta, Errico, “*Anarquismo y gobierno*”, en Irving Horowitz, op. cit., p. 95.

política burguesa gubernamental no puede producir otros resultados que la consolidación del orden de cosas existente”.³⁶ Así, el espíritu antiestatalista y antiautoritario del anarquismo se constituyó en una de las aristas más punzantes de su pensamiento, y en una dosis más que importante vertebró su discurso político y su accionar revolucionario, al construirse como meta esencial de la práctica ácrata.

En gran medida es desde este sesgo antiautoritario, y a la vez individualista, que el anarquismo se distanció y criticó al socialismo marxista, denominado por los libertarios como “socialismo autoritario” —para construir alternativamente a su propia corriente como tradición socialista antiautoritaria. Desde esta perspectiva, Stirner sostuvo que “el comunismo se subleva con razón contra la opresión que ejercen sobre mí los propietarios individuales, pero el poder que pone en manos de la totalidad es todavía más terrible”, y Proudhon agregaba que el “sistema comunista, gubernamental, dictatorial, autoritario, doctrinario ... parte del principio de que el individuo está esencialmente subordinado a la colectividad”. Para Bakunin, el comunismo era la negación de la libertad porque pretende concentrar y absorber en el Estado toda la potencia de la sociedad, lo cual desembocaría ineludiblemente en la centralización de la propiedad al ponerla enteramente en manos del Estado. En la medida en que el anarquismo pretendía la extirpación radical del principio de autoridad y de la tutela estatal, postulando la organización de la sociedad y de la propiedad colectiva desde abajo por medio de la asociación libre —sostenía Bakunin—, era incompatible tanto con la idea de un estado transicional como la que proponía instaurar un “Estado popular” a través de los procedimientos electorales, ambas propuestas propias de ese “socialismo autoritario” al que se censura.³⁷ Más drásticamente, Benjamin Tucker afirmaba que el “socialismo de Estado”, podía ser descrito como “aquella doctrina según la cual es el Estado quien deberá ocu-

36 .- Citado en José Alvarez Junco; **La Ideología Política del Anarquismo Español (1868-1910)**, Madrid, Siglo XXI, 1976, p. 404.

37.- Cfr. Daniel Guerin, op. cit., pp. 28-29.

parse de todos los asuntos del hombre, sin tener en cuenta las preferencias de éste”³⁸.

Tanto la crítica al Estado como la censura del llamado socialismo autoritario, se entrelazaron en las concepciones que el pensamiento libertario expuso en lo referente a la revolución, al sujeto de la misma y a la estrategia. Al priorizar un ordenamiento del conflicto social en términos de la contradicción autoridad-libertad, y siendo el Estado la materialización por excelencia de los diversos clivajes autoritarios que surcan la sociedad, la marca divisoria que permite interpelar/construir un sujeto revolucionario mediatiza las líneas clasistas para colocar en primer plano a los oprimidos en general, las masas populares. Para el pensamiento libertario esas masas invocadas, que conforman un sujeto policlasista, son portadoras de la revolución social y constituyen la verdadera fuerza motriz de la misma, lo cual se manifiesta en su misma actividad espontánea de rebelión ante el poder. La apelación a un sujeto cuya composición cobra homogeneidad sobre la base de la común experiencia de opresión política por el Estado, guardaba estrecha coherencia con su prédica “antipolítica”, y también se relacionaba con el fuerte énfasis moral del discurso libertario y con las características redentoras que le otorgan a la acción. Este carácter redentor de la acción directa³⁹, se ubica más allá de si ésta se resuelve en una conclusión positiva de un conflicto. El resultado de la acción no puede ser, para la reflexión ácrata, un condicionante de la misma: ella es en sí misma positiva porque en ese proceso se libera el individuo que la sostiene. Al diferenciar el conflicto de la acción —porque el primero es estructural en tanto deviene de los rasgos autoritarios y desiguales del orden social, mientras que la segunda es un hecho volitivo que pone en juego la libertad humana precisamente para abolir aquel conflicto—, se destaca en dicha acción una toma de conciencia cuyo signo redentor se evidencia en tanto está guiada por un fin moral. Así, la acción no es sólo un medio de preparación y aprendizaje, tanto para los individuos como para las masas, sino que también es portadora de una rege-

38.- Benjamin Tucker, “Socialismo de Estado y socialismo libertario”, en Irving Horowitz, op. cit., p. 206.

neración moral (que a su vez muestra, pone en escena, al individuo moralmente superior). Este énfasis en la acción podía deslizar la misma desde la masas al individuo –e inversamente– para sostener prácticas vinculadas a las tendencias individualistas o solidaristas.

El hincapié en la acción, la crítica al poder y al Estado, se reflejaron en su concepción de la huelga general y en su denostación de la participación política, pero más aún en su idea de la revolución. Una de las representaciones más generalizadas de la revolución en los escritos ácratas la presentaba como un acto que resuelve simultáneamente la opresión y la explotación. La abolición del Estado y de las relaciones de propiedad que el primero sostiene, su destrucción violenta, significaría el fin de todas las relaciones sociales tal como han existido hasta entonces, para emerger de sus cenizas un nuevo ordenamiento social cuyos soportes son la más completa libertad e igualdad de los hombres y mujeres, y la eliminación radical de todo poder coactivo. Si una idealización resulta imprescindible para pensar la transformación en términos revolucionarios, la supresión instantánea del Estado y la sociedad a través de un acto, de un golpe de la historia, prescindía tanto de la consideración de las relaciones de poder supervivientes al hecho revolucionario como de la elaboración de una estrategia específica de constitución de un poder y un orden social alternativos como prefiguración de la Ciudad del Ideal.

La transformación revolucionaria de la sociedad era, entonces, pensada a través de imágenes apocalípticas del cambio social. Además de sus raíces ilustradas y positivistas, que resaltaban el papel de la razón y la ciencia como posibilidad de un conocimiento objetivo de la realidad y por tanto necesariamente progresivas y liberadoras –y cuya aplicación al campo social implicaría la eliminación del irracionalismo y el oscurantismo sobre el que se asientan la opresión y la explotación–, el anarquismo conservó siempre un rasgo utópico y milenarista.⁴⁰ Karl Mannheim, en su obra **Ideología y**

39.- Para una definición de la acción directa, véase Juan Suriano, "Ideas y prácticas "políticas" del anarquismo argentino", **Entrepasados. Revista de Historia**, Año V, Nº 8, Buenos Aires, comienzos de 1995.

40.- Hobsbawm destaca tres características del movimiento milenarista europeo: "Primero, un rechazo profundo y completo de este mundo de maldad, y un anhelo apasionado de otro mejor, en una palabra, un espíritu revolucionario. Segundo, una «ideología» bastante típica,

Utopía, considera que el anarquismo radical sería la figura moderna por excelencia del principio quiliástico, la forma relativamente más pura de la conciencia utópico/milenarista moderna. Las formulaciones anarquistas sobre la transformación revolucionaria de la sociedad, ya desde sus primeros teóricos, ha sido, según Mannheim, una combinación entre restauración y utopía. Los rasgos restauracionistas se vinculan a cierta confianza en la “natural” sociabilidad de lo humano; es una vuelta a la perdida comunidad natural de los seres humanos, caracterizada por la armonía de los lazos sociales. Pero en tanto también posee el anarquismo una dimensión utópica, esta comunión utopía/restauración es en rigor una relación dialéctica: los aspectos restauradores conllevan elementos utópicos, y en la utopía anarquista está presentes factores de restauración. De allí que el nuevo orden postulado sea una combinación de características que aluden a un mundo antiguo idealizado (mítico o real), pero en esa postulación ese mundo antiguo ya no es el de ese pasado sino uno transformado por la utopía.⁴¹ Siguiendo a Michael Löwy, podría decirse que esta combinación entre restauración –añoranza por un pasado real o imaginario, próximo o lejano– y utopía –creencia en un nuevo porvenir– se hace inteligible a la luz de un romanticismo que permeó el discurso libertario, entendido ese romanticismo como un fenómeno más vasto y profundo que cierto estilo literario o artístico, y que se caracteriza por “la nostalgia de las culturas precapitalistas y por la crítica cultural de la sociedad industrial-burguesa”⁴².

Otra característica relevante del anarquismo, relacionada con lo antedicho, ha sido la subordinación de la dimensión política de la revolución frente a lo que ese pensamiento califica como su carácter esencialmente social. La revolución sería política sólo y en tanto lo sea social –y una revo-

de índole quiliástica [...] En tercer lugar, es común a los movimientos milenarios una fundamental vaguedad acerca de la forma en que se traerá la nueva sociedad”, y agrega que estos movimientos “van desde la pasividad pura de una parte, hasta los que por otra parte se aproximan a los métodos revolucionarios modernos”; en Eric Hobsbawm, **Rebeldes Primitivos**, Barcelona, Ariel, 1974, p. 94. José Alvarez Junco ha destacado el carácter milenarista, apocalíptico y mesiánico de la subcultura anarquista española; véase Alvarez Junco, **La Ideología Política del Anarquismo Español (1868-1910)**, op. cit.

41.- Karl Mannheim, **Ideología y Utopía**, México, FCE, 1993. Véase también Michael Löwy, **Redención y utopía. El judaísmo libertario en Europa Central. Un estudio de afinidad electiva**, Buenos Aires, El Cielo por Asalto, 1997.

42.- Michael Löwy, op. cit., p. 26.

lución social implica la anulación del campo político, en tanto éste constituye una esfera abstracta y mistificada que produce y legitima la desigualdad y la opresión. No habría, entonces, dos momentos, el de la revolución política para luego, desde el poder conquistado, abolir las relaciones sociales en las que se fundamenta la desigualdad –el momento social. Para el anarquismo la primera fase de la revolución es la abolición de las clases y del Estado, y la segunda, obvia consecuencia de la primera, la emergencia espontánea de una nueva comunidad humana basada en la asociación voluntaria entre los hombres. Igualdad y libertad no pueden constituirse en etapas sucesivas de un proceso revolucionario porque, justamente, se implican mutuamente. Por ello, el Estado transicional, la dictadura del proletariado, es severamente cuestionado. La argumentación de que un Estado de transición es indispensable para la eliminación de la burguesía, y que en ese mismo proceso el aparato estatal se extinguiría gradualmente, es atacada por los ácratas, que fundamentan su juicio negativo en que la instauración de cualquier forma de Estado reproducirá, sobre nuevas condiciones, la explotación y la dominación. Es elocuente al respecto la afirmación de Bakunin, cuando al referirse a la supuesta transitoriedad del régimen de la dictadura del proletariado, dice que conducirá de modo inevitable “a la resurrección del Estado, de los privilegios, de la desigualdad, de todas las formas de opresión estatal”, creando una aristocracia gubernamental “que volverá a explotarlo [al proletariado] y avasallarlo so pretexto de resguardar el bien común o de salvar el Estado”⁴³; o cuando, en formidable anticipación, exclama que: “Tómese al revolucionario más radical y colóquesele en el trono de todas las Rusias, o désele el poder dictatorial con el que sueñan tantos de nuestros jóvenes revolucionarios, y en un año se convertirá en alguien peor que el propio emperador”⁴⁴.

Esta breve consideración de ciertos tópicos del pensamiento libertario sirven para poner en evidencia que algunas de las discusiones que emergen como consecuencia de la revolución rusa, no eran nuevas para esta corriente de la izquierda. Sin embargo, las mismas deberán debatirse en una

43.- Citado en Daniel Guerin, op. cit., p. 32.

44.- Mijail Bakunin, “Los fundamentos económicos y sociales del anarquismo”, en Irving Horowitz, op. cit., p. 151.

particular coyuntura y bajo ciertas expectativas a las que no escaparon las principales plumas del anarquismo rioplatense.

II. Breve cuadro de la Argentina de la primera posguerra

El mundo que nació tras la primera guerra mundial fue sustancialmente distinto del que lo precedió. “Final”, “corte”, “ruptura”, son algunos de los términos a los que los historiadores han apelado para señalar la radical separación de dos épocas. Guerra, crisis y revolución fueron los procesos que, íntimamente entrelazados, dieron su sello al clima político y económico, social y cultural emergente, y su impacto afectó, en mayor o menor medida, a casi todos los países, sobre todo a aquellos que participan de la cultura occidental –incluso más allá de si su compromiso en la contienda bélica fuese directo o no.⁴⁵ Entre las transformaciones que se sufren, un lugar no secundario lo ocuparon los cambios en las impresiones que sobre el desarrollo social se había forjado una cultura cuyo apogeo se creía imperturbable, y el horror de la guerra no sólo puso en entredicho una paz que aunque no alcanzara a todos podía igualmente exhibirse como una virtud; también indicó con claridad que la estructura de la sociedad no era tan estable como se proponía y que los inherentes conflictos que la constituían podían estallar con rumbo incierto.⁴⁶

La recomposición política y económica del capitalismo mundial importó cambios tanto en el interior de cada nación y de cada estado como en la relación entre ellos. La ubicación en el nuevo orden internacional será, para la Argentina, más traumática de lo que jamás imaginaron los contemporáneos. Si hasta el Centenario casi nadie dudaba del futuro promisorio de

45.- Tanto François Furet como Eric Hobsbawm, en dos de las más importantes historias del siglo XX producidas en los últimos años, ubican en torno a la primera guerra mundial el inicio de ese “siglo corto”, y señalan la compleja relación entre la guerra, la crisis y la revolución. Cfr. François Furet, **El pasado de una ilusión. Ensayo sobre la idea comunista en el siglo XX**, México, FCE, 1995; Eric Hobsbawm, **Historia del siglo XX**, op. cit.

46.- Aunque es preciso notar que algunas de las mentes más brillantes ya veían con claridad, antes de la Gran Guerra, los profundos clivajes de una sociedad –la de la segunda fase de la revolución industrial– que ponían en riesgo el orden social. En gran medida, el “nacimiento” de las nuevas ciencias sociales (lingüística, sociología, antropología, etc.), con sus nuevos marcos teóricos, era una respuesta a los cambios producidos, y a la necesidad de formular sobre nuevas bases una teoría del orden social. Por otro lado, resulta sumamente elocuente, para comprender los cambios en las nociones sobre la sociedad y el progreso, destacar el contraste entre las percepciones que vastas clases medias tenían de la sociedad anterior a 1914 y la que sigue a la guerra; esos cambios son evidentes, por ejemplo, en la utilización que se hacía de términos como *catástrofe* y *paz* antes y después de la primera guerra mundial; ver Eric Hobsbawm, **La era del Imperio**, Barcelona, Labor, 1987, p. 327; y del mismo autor, **Historia del siglo XX**, op. cit., p. 30.

un país llamado a un destino de grandeza, basado en su pródiga riqueza agropecuaria, tal porvenir, en los años siguientes, ya no parecía tan seguro de alcanzar siguiendo simplemente el curso hasta entonces recorrido. A las sombras que sobre el futuro planteaban las políticas proteccionistas de los principales mercados se añadió casi en un mismo movimiento la retracción de los flujos de capital desde los países que ocupaban posición dominante en el sistema capitalista mundial.⁴⁷ Los debates sobre la cuestión agraria, que habían imperado sobre otros, ya no tendrán, como señala Halperin, la centralidad que poseyeron en las preocupaciones sobre el desarrollo económico del país⁴⁸. Esta encrucijada que se abatía sobre las perspectivas futuras obligaba a una reevaluación del modelo de crecimiento aunque aún no estuvieran claras las alternativas posibles. De tal forma, el diseño casi exclusivamente agroexportador de la economía argentina debía, para algunos, ser puesto en discusión, y el debate industrialista irá, paulatinamente, ganando terreno.⁴⁹

La complejidad de los problemas que se comenzaban a avizorar para el modelo de crecimiento de la economía argentina en el largo plazo, se vio súbitamente incrementada en esta coyuntura posbélica por la incidencia convergente de dos diferentes pero entrelazados procesos, caracterizados cada uno de ellos por inscribir una tensión nueva en el conjunto social. El primero de estos procesos que refiero y que implicó la inscripción de una nueva tensión, fue el resultado de la implementación de la ley Sáenz Peña de sufragio universal, obligatorio y secreto para los varones adultos. Las ex-

47.- Para los cambios que se operan en el comercio internacional y cómo los mismos afectan la inserción de la Argentina en el mercado mundial, ver Jorge Fodor y Arturo O'Connell, "La Argentina y la economía atlántica en la primera mitad del siglo XX", en **Desarrollo Económico**, vol. 13, N°49, abril-junio, 1973.

48.- Tulio Halperin Donghi, "Canción de otoño en primavera: previsiones sobre la crisis de la agricultura cerealera argentina (1894-1930)", en **El espejo de la historia**, Bs. As., Sudamericana, 1987.

49.- Aún cuando tal debate no supusiera el reemplazo del sector agropecuario como eje de la economía, el mismo avanzó, no sin retrocesos. Véase Javier Villanueva, "El origen de la industrialización argentina", en **Desarrollo Económico**, Vol.12, N°47, Octubre-Setiembre 1972; Jorge Schwarzer, **Empresarios del pasado. La Unión Industrial Argentina**, Buenos Aires, CISEA-Imago Mundi, 1991; Silvia Marchese, "Empresarios en búsqueda de un espacio político. La CACIP: realidad interna y rumbos externos", en W.Ansaldi, A.Pucciarelli, J.C.Villarruel (eds.), **Argentina en la paz de dos guerras 1914-1945**, Buenos Aires, Biblos, 1993; Aníbal Jáuregui, "El despegue de los industriales argentinos", en W.Ansaldi, A.Pucciarelli, J.C.Villarruel (eds.), op. cit.; J.C.Villarruel, "El futuro como incertidumbre: los industrialistas y la tutela del Estado", en W.Ansaldi, A.Pucciarelli, J.C.Villarruel (eds.), op. cit.

plicaciones más difundidas respecto de las motivaciones para la democratización efectiva de las instituciones de gobierno, a pesar de la posibilidad de agruparlas en dos grandes interpretaciones rivales, coinciden en que el aspecto más destacado de la reformulación del sistema político ha sido el de instituir la obligatoriedad y el secreto del sufragio, o sea, ese carácter del voto como *deber* ciudadano –y no sólo como derecho. Si una de las explicaciones remite fundamentalmente a la ilegitimidad de un régimen oligárquico que impugnado por sectores sociales carentes de representación política, tuvo que ser replanteado en nuevos términos debido a dicha presión –lo que lleva a enfatizar el rol activo y preponderante de los sectores medios y populares–, desde un punto de vista distinto y que pretende rescatar el carácter dinámico y cardinal de la élite liberal-conservadora, se ha postulado que la constitución de un régimen democrático en este período tuvo como causa principal la decisión de una fracción de esa élite de ampliar el sistema político, dándole así una base más amplia de consenso, decisión que no sería más que la necesaria consecuencia de la madurez de una clase dirigente cuyo ideario en torno a la libertad política había sido temporalmente puesto en suspenso en función de “lo posible”.⁵⁰ Más allá de los problemas que tiene ambas interpretaciones –e incluso los intentos de complementarlas– para explicar no sólo las motivaciones de la reforma electoral sino también las

50.- Por otra parte ambas interpretaciones respecto de las causas de la democratización política coinciden, implícita o explícitamente, en remarcar una de sus consecuencias, a saber, que el escenario democrático emergente desde 1916 no era el esperado ni por la élite reformista ni por el radicalismo. Sobre el proceso de democratización y la institucionalidad emergente, véase, entre otros, Natalio Botana, **El orden conservador**, Buenos Aires, Hispamérica, 1986; José Luis Romero, **Las ideas políticas en Argentina**, Buenos Aires, FCE, 1991; José Luis Romero, **El desarrollo de la ideas en la Argentina del siglo XX**, op. cit.; David Rock, **El radicalismo argentino 1890-1930**, Buenos Aires, Amorrortu, 1977; Rodolfo Puiggrós, **Historia crítica de los partidos políticos argentinos**, Tomo I, Buenos Aires, Hispamérica, 1986; Milcíades Peña, **Masas, caudillos y élites**, Buenos Aires, El Lorraine, 1987; Silvia Sigal y Ezequiel Gallo, “La formación de los partidos políticos contemporáneos. La UCR (1890-1916)”, en **Desarrollo Económico**, vol. 2, n° 4, enero-marzo 1963; Tulio Halperin Donghi, **La larga agonía de la Argentina peronista**, Buenos Aires, Ariel, 1994; Leandro Gutiérrez y Luis A. Romero, “La construcción de la ciudadanía, 1912-1955”, en Leandro Gutiérrez y Luis A. Romero, **Sectores populares. Cultura y política. Buenos Aires en la entreguerra**, Buenos Aires, Sudamericana, 1995; Luis A. Romero, **Breve historia contemporánea de la Argentina**, Buenos Aires, FCE, 1994; Luis A. Romero, “Participación política y democracia, 1880-1984”, en Leandro Gutiérrez y Luis A. Romero, op. cit.; Waldo Ansaldi, “¿Un caso de nomenclaturas equivocadas? Los partidos políticos después de la ley Sáenz Peña, 1916-1930”, en W. Ansaldi, A. Pucciarelli, J.C. Villarruel (eds.), op. cit.; Alfredo Pucciarelli, “Conservadores, radicales e yrigoyenistas. Un modelo (hipotético) de hegemonía com-

mismas características de la democracia ampliada emergente, y por no ser este el lugar para desarrollar esta problemática, me limitaré a señalar aquí el hecho de que por estar el proceso de democratización de la política en sus inicios, las presiones a que era sometido el campo político hacían de esa democracia algo particularmente vulnerable, carente todavía de una legitimidad consagrada, y menos aún de su constitución como práctica hegemónica. De todas formas, si se concibe el proceso de constitución de una democracia como el de un campo que excede largamente las transformaciones contempladas en la nueva ley electoral, es entonces preciso señalar que una variedad de formas de asociación e intervención que se desarrollaron al margen del sistema de representación institucional, vieron desde 1916 incrementadas sus posibilidades de intervención y demanda públicas. Al mismo tiempo, estas características del nuevo escenario político facilitaban la emergencia de otras modalidades de asociación y agrupamiento de distintos sectores sociales; sobre todo se ampliaban o nacían nuevos ámbitos de participación de sectores subalternos cuya complejidad y diferenciación se expandían al mismo ritmo. El nuevo régimen democrático, inversamente, podía ser visto por importantes sectores propietarios como el generador del clima de participación e ingerencia ampliada de los sectores populares, y ser estigmatizado como "la causa de los males". Pero precisamente porque era incipiente el proceso por el cual se constituyeran los sujetos que conformarían y se reconocerían en un campo político democrático, no terminaron de consolidarse los mecanismos de mediación –además del comicio– a través de los cuales se configurara y expresara una voluntad popular que era, a la vez, postulada como principio de legitimidad de ese régimen político.⁵¹ Como afirmaran Gutiérrez y Romero, la consolidación de la ciudadanía –y de una política democrática como práctica hegemónica– no puede quedar reducida a las formas carismáticas del liderazgo radical o al sistema de patronazgo y clientelismo de su maquinaria electoral; los alcances en su constitución tuvieron otras dimensiones –como la participación en ámbitos sociales celulares, en organizaciones políticas y gremiales, etc.–, antes y sobre todo

partida", en W. Ansaldi, A. Pucciarelli, J. C. Villarruel (eds.), op. cit.; Eduardo Zimmermann, **Los liberales reformistas. La cuestión social en la Argentina 1890-1916**, op. cit. 51.- Leandro Gutiérrez y Luis A. Romero, op. cit., p. 156.

después de la ley Sáenz Peña, cuyos logros “fueron lo suficientemente importantes como para que las clases propietarias, en el marco de las protestas sociales de 1919 primero, y de la crisis económica mundial después, resolvieran clausurar el experimento democrático”. Si dichos logros fueron sobradamente marcados como para alentar la reacción propietaria, “no fueron suficientes en cambio para posibilitar una resistencia civil al establecimiento de la dictadura militar en 1930 y de una democracia fraudulenta en los 13 años siguientes”⁵². De allí que la salida autoritaria de 1930 también tuviera que ceder ante un campo de fuerzas políticas parcialmente constituido; el fraude electoral de la década del '30 es, de alguna forma, un implícito reconocimiento a la conformación de una nueva política en los años democráticos que lo precedieron.

Esta tensión política que surge con la ley Sáenz Peña tuvo un importante relieve en los años inmediatamente posteriores a la posguerra, y ello porque se conjugaba con un aspecto de la realidad que también inscribía su propia y nueva tensión en la Argentina. Me refiero a la creciente conflictividad social, la cual adquiriría distinta significación justamente por su inscripción contextual, paralela a otras que ocurrían en Europa cuya radicalidad despertaba los fantasmas tan temidos de la dislocación del orden social. Este vertiginoso incremento de las luchas sociales entre 1917 y 1921 –que tuvo su momento más conflictivo en la “Semana Trágica” de enero de 1919 y las huelgas de 1921 pero cuya continuidad permite hablar de un quinquenio en gran medida caracterizado por la movilización y activación social de sectores obreros y populares–, puede observarse en la cifra creciente de trabajadores que participaron anualmente en alguna o varias huelgas. A modo de ejemplo puede recordarse que el número de huelguistas pasó de unos 14.000 en 1914, a un promedio de 135.000 en el quinquenio que va de 1917 a 1921, con un pico en 1919 de más de 300.000, para caer abrupta-

52.- *Ibidem*, p. 155. Véase también Aníbal Viguera, “Participación electoral y prácticas políticas en los sectores populares en Buenos Aires, 1912-1922”, en **Entrepasados. Revista de Historia**, año I, nº 1, fines 1991. Por otra parte, son varios los trabajos que dan cuenta de las tensiones políticas y económicas durante los primeros gobiernos radicales. Baste mencionar, además de lo ya citado en la nota 38, Ana María Mustapic, “Los conflictos institucionales durante el primer gobierno radical (1916-1922)”, **Desarrollo Económico**, vol. 24, nº 93, abril-junio de 1984; Ricardo Sidicaro; **La política mirada desde arriba. Las ideas del diario La Nación 1909-1989**, Bs. As., Sudamericana, 1993.

mente a 41.000 hacia 1922.⁵³ La relevancia de este ascenso en la activación social y política del movimiento obrero era advertida, en ese entonces y entre otros, por José Elías Niklison, quien en las páginas del Boletín del Departamento Nacional de Trabajo afirmaba que “la organización sindical obrera, al comenzar el año 1918, había adquirido, en virtud de los grandes acontecimientos producidos, una tan sólida cohesión y una fuerza de autoridad y elementos tan notables, que le impusieron, podría decirse, violentamente, a la atención de todo el país en que ya empezaba a dejarse sentir como un nuevo e incontrastable poder”.⁵⁴ La mayor disposición a la movilización y al reclamo por parte de los trabajadores adquirió caracteres de verdadera revuelta a principios de 1919, cuando a partir del asesinato de obreros (y vecinos) de los talleres Vasena, se desató un rebelión urbana que en virtud de su masividad, perfil social de los participantes, violencia y duración no tenía precedentes. El orden fue repuesto a través de una feroz represión, a cargo del ejército y de bandas de jóvenes de clases media y alta organizados desde el Centro Naval en la Liga Patriótica Argentina.⁵⁵

53.- **Boletín del Departamento Nacional del Trabajo**, enero 1922. Véase también Ofelia Pianetto, “Mercado de trabajo y acción sindical en la Argentina (1890-1922), en **Desarrollo Económico**, vol. 24, n° 94, jul.-set. 1984; José Panettieri, **Los trabajadores**, Buenos Aires, Ed. Jorge Alvarez, 1968. Respecto del número de huelgas, José Panettieri registra las siguientes cifras (que a su vez las toma de Adolfo Dorfman, **Historia de la industria argentina**, Buenos Aires, Escuela de Estudios Argentinos, 1942):

Años	Número de huelgas	Número de Huelguistas
1916	80	24.321
1917	138	136.062
1918	196	133.042
1919	367	308.967
1920	206	134.015
1921	86	139.751
1922	116	4.737*

* Esta cifra contrasta con otras fuentes, que consignan poco más de 40000 huelguista en el año 1922; cfr. **BDNT**, enero 1922.

54.- José Elías Niklison, **BDNT**, n° 41, abril 1919.

55.- Sobre la Semana Trágica, véase Nicolás Babini, “*La Semana Trágica. Pesadilla de una siesta de verano*”, en **Todo es Historia**, Año I, N° 5, Septiembre 1967; Julio Godio, **La Semana Trágica de enero de 1919**, Buenos Aires, Hyspamérica, 1985 (1972); David Rock, **El radicalismo argentino 1890-1930**, op. cit.; del mismo autor, “Lucha civil en la Argentina. La Semana Trágica de enero de 1919”, op. cit., y “La Semana Trágica y los usos de la historia”, op. cit.; Edgardo Bilsky (1984), op. cit. Respecto de las cifras sobre muertos y heridos, los datos varían según las fuentes, aunque ninguna deja lugar a dudas sobre el grado de violencia de la represión. Según Nicolás Babini, solamente en la madrugada del sábado 11 de enero de 1919 ingresaron a la morgue 41 cadáveres. Edgardo Bilsky, por su parte, dice que las informaciones de los archivos diplomáticos de Estados Unidos dan cifras que superan los 1300 muertos y los 5000 heridos, mientras que listas sumamente incompletas de la prensa argentina informan sobre unos 200 muertos. El mismo autor menciona las cifras que aparecen en *La Vanguardia* y *La Protesta*: 700 muertos y más de 4000 heridos; ver Edgardo Bilsky

Este fortalecimiento de las organizaciones gremiales se expresó también en el crecimiento tanto de la FORA del IX Congreso (sindicalista) como de la FORA Comunista o del V Congreso (de orientación anarquista), crecimientos que fueron verdaderamente vertiginosos. Según Sebastián Marotta, en el X congreso de la FORA novenaria, en diciembre de 1918, participaron 127 organizaciones representativas de unos 36.000 afiliados; en su XI Congreso (enero de 1921) el número de organizaciones participantes ascendía a 200, representativos de más de 46.000 miembros (aunque Marotta, por entonces Secretario general, consideraba que estaban en condiciones de participar 600 organizaciones con 90000 afiliados).⁵⁶ Por ejemplo, la poderosa Federación Obrera Marítima (FOM) pasará de 2000 miembros en 1916 a entre 8000 y 10000 para fines de 1918. En términos de trabajadores adheridos, comenta Marotta que “la FORA [se refiere a la FORA sindicalista; RP], que había ascendido de 66 a más de 200 sindicatos entre los años 1915-1918 (IX y X Congreso), pasa en 1920 (vésperas de su XI Congreso) a 750. Pueden concurrir al XI Congreso, que se realizará en febrero de 1921, un número mayor de 500. Si con las grandes y prolongadas huelgas, la central obrera reúne un promedio de 43702 cotizantes en el último trimestre de 1918, en el mismo período de 1920 lo eleva a 95028”.⁵⁷ Un incremento notable se dio también en las filas de los gremios adheridos a la FORA quintista; así, a su primer congreso extraordinario, realizado a fines de setiembre y principios de octubre de 1920, concurren 400 delegados en nombre de 200 sociedades adheridas y 58 autónomas.⁵⁸

(1984), op. cit., p. 135. Estas últimas cifras son también reproducidas por Emilio Corbière, **Orígenes del comunismo argentino**, Buenos Aires, CEAL, 1984, p. 48.

56.- Citado por Hugo del Campo, **El “sindicalismo revolucionario” (1905-1945)**, Buenos Aires, CEAL, 1986, p. 14.

57.- Sebastián Marotta, **El movimiento sindical argentino. Su génesis y desarrollo**, tomo II, Buenos Aires, Lacio, 1961, p. 277. Marotta consigna como fuente de información el periódico *La Organización Obrera*, n° 167, 29/1/1921: “Al inaugurarse el XI Congreso. Mirada retrospectiva. Halagüeña perspectiva”. Por su parte, Edgardo Bilsky, a partir de la Memoria y Balance del Consejo Federal al XI Congreso (enero 1919-noviembre 1920) consigna datos diferentes: para el año 1917, el total de cotizantes a la FORA IX era de 158796, creciendo hasta 428713 al año siguiente y llegando a 749519 en 1920 (lo que hace promedios mensuales de 13233, 35726 y 68138 cotizantes para cada año mencionado). Las cifras de sociedades adheridas también crece: 199 en 1917, 350 en 1918 y 734 en 1920. Véase Edgardo Bilsky (1984), op. cit., p. 24.

58.- *Tribuna Obrera*, año 1, n° 4, 28/9/1920, p. 1. Bilsky da cifras ligeramente distintas, pero que remarcan el crecimiento, en pocos años, de la influencia de la FORA anarquista. Según este autor en el Congreso extraordinario de la FORA quintista se hallaban representados

El incremento en las tasas de sindicalización era resultado del ascenso de las luchas de los trabajadores. La mayoría de las disputas laborales estaban centradas en la recuperación de los niveles salariales, fuertemente deteriorados durante la guerra.⁵⁹ Entre 1915 y 1919, mientras la desocupación crecía de un 14,4 % a un 19,4 %, el salario real caía cerca de un 30%, para a partir de allí recuperarse hasta superar, en 1922, en casi un 14% el salario real de 1915. Coincidentemente con la recuperación salarial disminuye enormemente la desocupación (en 1920 es de un 7%).⁶⁰ La conflictividad también decae, como señalaba, a partir de 1922. Que la movilización social de posguerra tuviera como principal motivación la cuestión salarial no significa que estuviera circunscripta a esta cuestión. Por ejemplo, en el conflicto de la FOM en 1916 figuraban tanto una petición de aumento salarial del 100% como la jornada de 8 horas, mejores condiciones de alimentación e higiene, además de reclamos sobre las condiciones y formas de trabajo y contratación.⁶¹ Muchos de estos conflictos resultaron exitosos, lo que potenciaba la conflictividad y daba ánimo a militantes y trabajadores. Nuevamente puede mencionarse a la FOM, que llevó adelante un prolongadísimo boicot de más de un año (desde febrero de 1920 a marzo de 1921) contra la empresa Mihanovich, al final del cual la patronal tuvo que acceder a las peticiones de los trabajadores. Otro ejemplo de relevancia puede brindarlo el conflicto liderado por la UTA (Unión de Trabajadores Agrícolas) durante la gran cosecha de 1919-1920, que amenazando con quemar la producción –y en un contexto de falta de mano de obra por estancamiento de la inmigración– provocó los temores de *La Nación*, *La Prensa*, *La Época* y la Bolsa de Ce-

“entre 248 y 274 sindicatos, de los cuales entre 192 y 220 son afiliados, y 54 ó 56 participan en calidad de observadores. Estos sindicatos tendrían alrededor de 180000 afiliados”, Bilsky (1984), op. cit., p. 28. Las fuentes a las que recurre Bilsky son los periódicos *La Organización Obrera*, *La Obra* y *Tribuna Obrera*. La recomposición de la Federación quintista resulta, entonces, notable, si se tiene en cuenta que en 1915 estuvieron presentes en la fundación de la FORA V sólo 21 sociedades obreras (14 como adherentes y 7 como observadoras). La situación de debilidad de los anarquistas parece haberse revertido parcialmente a partir de los conflictos que se desarrollan durante los años 1918 y 1919, y su recobrada fuerza provendría tanto de los desgajamientos se dieran en la FORA IX –productos del descontento de algunos sectores obreros con la política de la dirección novenaria–, como de la tendencia general de los trabajadores a la sindicalización; cfr. Bilsky (1984), op. cit.

59.- Cfr. Ofelia Pianetto, op. cit.

60.- G. Di Tella y M. Zymelman, **Etapas del desarrollo económico argentino**, Bs. As., Paidós, 1973.

61.- Andreas Doeswijk, op. cit. [sin numeración de páginas].

reales, y que terminó cuando los propietarios accedieron a los reclamos de los trabajadores.⁶² Que las demandas no se circunscribían a lo salarial también se observa en la masiva movilización de oposición del conjunto del movimiento obrero a la llamada “ley mordaza” de asociaciones profesionales de M. Sánchez Sorondo en 1919, oposición que finaliza en una gigantesca manifestación en la Capital el 10 de agosto de 1919, y que se reproduce en 40 lugares más.

Otro aspecto relevante de la conflictividad laboral de posguerra era la disputa por el control parcial o total de los lugares de trabajo y del proceso de producción. Infinidad de demandas de este tipo acompañaban los reclamos salariales, bajo la forma de “condiciones humanitarias de trabajo” y de la calidad de vida fuera del ámbito laboral. Quienes más puntualizaban estos aspectos eran los sindicalistas, para quienes el dominio del proceso productivo en todos sus aspectos era el eje principal de su concepción de la revolución; pero prontamente, y en gran medida influidos por la revolución rusa y la experiencia de la I.W.W., una corriente anarquista (los anarcobolcheviques) se sumó a esta estrategia –aunque no será el único eje de su propia concepción revolucionaria.

Durante estos años el movimiento obrero no sólo creció en importancia sino que además se dio un proceso que marcaba una tendencia a la unificación de los trabajadores a fin de oponer a la patronal un frente más amplio, y con mayor capacidad de negociación. El conflicto de clases se incrementó, pues la respuesta patronal también era la unificación (Asociación Nacional del Trabajo) y la violencia y movilización de los sectores medios y altos (Liga Patriótica). Esta tendencia a la unificación del movimiento obrero se manifestó también en la creciente disposición de las distintas corrientes político-ideológicas a la unión de las centrales sindicales, por encima de sus diferencias; si los sindicalistas fueron los primeros en promover intentos de fusión, se sumaron a esos esfuerzos, en estos años, los anarquistas más influidos por la revolución rusa. Pero junto con la política de fusión de las Federaciones Obreras que propugnaban sindicalistas, sectores del anarquismo y los socialistas internacionalistas, también emerge un mayor énfasis

62.- *Ibidem*.

en la constitución de "sindicatos por industria", de organizaciones gremiales que fueran capaces de nuclear a un gran número de trabajadores aunque sus oficios fueran distintos. Esta práctica se venía desplegando tanto en la zona portuaria, que para este momento contaba con 20000 trabajadores⁶³, como en las regiones agrarias (caso de la UTA). El privilegio otorgado a la disputa ante la patronal por el control de los ámbitos laborales y los procesos productivos, sumado a la perspectiva de formar fuertes y masivos sindicatos capaces de poner en pie de lucha mucho más que un oficio, implicaba un cambio en las formas organizativas para el movimiento obrero, cambio que algunos sectores del anarquismo, no estarán dispuestos a admitir.

Además, esta intensificación del conflicto entre el capital y el trabajo a partir de estos movimientos ofensivos de una clase obrera que pretende reconquistar posiciones perdidas durante los años de la guerra y obtener nuevas conquistas, convive con una multiplicidad de conflictos de otra índole que potencian el debate de ideas sobre el orden social y sobre los rumbos del presente que se vivía. La significativa contemporaneidad con el movimiento estudiantil de la Reforma Universitaria del '18 expresa con todo vigor la emergencia de un nuevo clima de ideas y anhelos colectivos por una transformación sentida necesaria tanto como deseable, no sólo en los grupos obreros militantes que con expectativa creciente observan la posibilidad de triunfo como algo factible, sino también entre las nuevas generaciones que perciben que los viejos modelos teóricos no son útiles para entender y actuar sobre una realidad cuyo atributo más notorio es el de ser nueva.

Es entonces el entrecruzamiento de estos procesos que, como señalaba, implican la aparición de nuevas tensiones sociales y políticas, una de las características más importantes de esta primera posguerra en la Argentina. Tales procesos, si analíticamente discernibles son, en cambio, históricamente interdependientes e indisociables, y configuran una coyuntura que multiplica conflictos de distinto orden y desigual profundidad, pero que a la par pone en entredicho las imágenes y las interpretaciones que los diferentes grupos tienen de la sociedad y de las transformaciones que se están

63.- Es la estimación de Jeremy Adelman en su "State and Labour in Argentina: the Portworkers of Buenos Aires, 1910-1921", en *Journal of Latin American Studies*, nº 25, 1993.

produciendo. Es en esta trama social y política, ciertamente conmovida, que se inscriben también las noticias de los sucesos revolucionarios en Rusia. En esta situación se desajustan las viejas percepciones de importantes sectores de la sociedad, y en particular entre los sectores obreros y populares se producen alteraciones en las representaciones que sobre el cambio social, sobre sus posibilidades efectivas, se habían construido, especialmente entre sus formaciones de vanguardia. La revolución rusa fibrila parte de esas alteraciones sobre las ideas de transformación social entre los grupos militantes anarquistas en la Argentina, dejando en ellas su huella.

III. El anarquismo y los desafíos de la coyuntura

Una cuestión que planteaba desde tiempo atrás un desafío relevante al pensamiento y la acción libertarias era el discurso sobre la *nacionalidad*. Como ha señalado Lilia Ana Bertoni, desde fines de la década de 1880 una importante fracción de los sectores dominantes encontraron en “la construcción de la nacionalidad” un medio adecuado para enfrentar lo que sentían como la doble amenaza de la desintegración social y la pérdida de la soberanía por parte del Estado argentino.⁶⁴ La conformación de una sociedad aluvial debida al rápido crecimiento del flujo inmigratorio a partir de la citada década, despertó preocupaciones en la élite dirigente en virtud de los rasgos que iba asumiendo esa sociedad y de su capacidad de integración de los fuertes y vigorosos núcleos de extranjería. En un cuadro de creciente complejidad –en el que se superponían los clivajes culturales y políticos entre nativos y extranjeros, la oposición política al régimen, la crisis económica de 1890 y la visibilidad que, mediante la celebración del 1º de mayo ese mismo año, empezaba a adquirir la cuestión social–, versiones distintas y hasta antagónicas sobre el problema de la nacionalidad entraron en liza. Lo que contribuyó a que este tema cobrara mayor dimensión y se transformara en uno de los ejes de la política de Estado en las décadas siguientes fue la convergencia de dos procesos cuyas proyecciones, al menos en el imaginario de los sectores dominantes, parecían socavar su hegemonía y la soberanía estatal. Uno de estos procesos era la perduración de las identidades culturales de esos contingentes de extranjeros; pero esa perduración adquirió toda su relevancia cuando, en una sociedad cuya movilidad social permitió a muchos inmigrantes adquirir sólidas posiciones económicas y sociales, se discutió públicamente la “naturalización de los extranjeros”. Bertoni señala que las interpretaciones de lo que venía a significar esa “naturalización” pusieron de manifiesto las divergencias entre nativos y extranjeros, ya que para estos últimos se trataba de la adquisición de los derechos políticos sin por ello resignar su nacionalidad de origen, mientras que para los primeros

la ciudadanía aparecía subordinada a la cuestión de la nacionalidad.⁶⁵ De hecho, la “naturalización” involucraba dos problemas: el de la adquisición de la ciudadanía y el de la adopción de la nacionalidad, y gran parte de la élite dirigente se inclinaba a concebir el tema de la ciudadanía como momento subordinado a la constitución de la nacionalidad.⁶⁶

El otro proceso que operaba como amenaza era la expansión colonialista e imperialista de los países de Europa, principalmente la agresiva política que en ese sentido desplegaban las nuevas potencias, Alemania e Italia, con la pretensión de participar del “reparto del mundo” y aminorar la brecha que le llevaban las potencias de formación más temprana. Frente a esa política expansiva era preciso afirmar, en el concierto internacional, la plena soberanía del Estado argentino, lo cual conducía a la necesidad de formar una “verdadera nacionalidad”, como cimiento de ese Estado a la vez que como argumento frente a las pretensiones de las naciones europeas. La expansión colonialista adquirió características inquietantes cuando se conocieron en Argentina ciertas elaboraciones que, en la Italia que se anexionaba Massaua mientras debatía sobre la conveniencia de las colonias “artificiales” o de las “espontáneas”, propugnaban la idea de la “piú grande Italia”, y que podía apoyarse en estas tierras en la existencia de una colectividad italiana numérica y económicamente poderosa, que conservaba sus tradiciones y su lengua, que contaba con sus propias instituciones educativas, y que además pretendía participar de los beneficios de la ciudadanía sin renunciar a su italianidad.⁶⁷ Si el nuevo cuadro internacional, en el cual las rivalidades interimperialistas obligaban a los estados a obtener una cohesión que les permitiera afrontar más sólidamente este clima de hostilidad cre-

64.- Lilia Ana Bertoni, “Construir la nacionalidad: héroes, estatuas y fiestas patrias, 1887-1891”, **Boletín del Instituto de Historia Argentina y Americana “Dr. Emilio Ravignani”**, nº 5, 1º semestre de 1992.

65.- Por ese entonces la adopción de otra nacionalidad implicaba la automática pérdida de la del país de origen, lo que era relevante sobre todo en colectividades como la italiana. Véase Lilia Ana Bertoni, op. cit., y de la misma autora, “La naturalización de los extranjeros, 1887-1893: ¿Derechos políticos o nacionalidad?”, en **Desarrollo Económico**, vol. 32, nº 125, abril-junio 1992.

66.- Lilia Ana Bertoni, “La naturalización de los extranjeros, 1887-1893: ¿Derechos políticos o nacionalidad?”, op. cit., pp. 58.

67.- Lilia Ana Bertoni, “Construir la nacionalidad: héroes, estatuas y fiestas patrias, 1887-1891”, op. cit., pp. 83-87; “La naturalización de los extranjeros, 1887-1893: ¿Derechos políticos o nacionalidad?”, op. cit., pp. 59-62.

ciente, brindaba uno de los motivos para la prédica nacionalista, la experiencia sobre todo europea ofrecía un modelo de construcción de la nación que sin duda gravitó en sus inspiradores locales.

El problema era complejo, debido a que el tema de la nacionalidad debía encontrar una formulación que no afectara el proceso inmigratorio, pues esa inmigración era elemento central e indispensable de una modernización vertiginosa a la que los sectores acomodados debían su nueva prosperidad; en definitiva, eran los cambios que producía la misma modernización los que, de una u otra forma, conllevaban la necesidad de una reformulación del Estado, tanto de su intervención en la sociedad –que requería de un nuevo y más permanente nivel de actividad– como de su constitución como lugar de representación y unificación de la misma. Así, por detrás de los explícitos debates sobre la “cuestión nacional” una más perdurable y sistemática injerencia del Estado en la construcción de la nacionalidad comenzó a desarrollarse desde fines de la década de 1880. En paralelo al desplazamiento que se operaba en los discursos relativos a la nacionalidad –que se trasladaron “del terreno de la juricidad [...] al de la emoción y el sentimiento, y del campo de la realidad política al de la sacralidad y al mundo de las esencias”⁶⁸– se desplegaron una diversidad de políticas estatales que apuntaban a la construcción de una tradición y de un “sentimiento nacional”. La edificación de escuelas y ámbitos históricos, la nueva solemnidad que caracterizó las conmemoraciones de las fiestas patrias desde 1889, las reglamentaciones sobre los usos posibles de los símbolos patrios y los de otras nacionalidades, la ritualización de las celebraciones escolares y las manifestaciones patrióticas, la paulatina modificación de la enseñanza en las instituciones públicas y privadas, eran los instrumentos de la construcción de la nacionalidad y de la tradición patria, a la vez que las formas de su plasmación simbólica.⁶⁹

68.- Lilia Ana Bertoni, “La naturalización de los extranjeros, 1887-1893: ¿Derechos políticos o nacionalidad?”, op. cit., pp. 67.

69.- Las características de ese complejo y diverso proceso de “encarnación” del sentimiento nacional y de su inscripción simbólica, que tuvo entre sus principales destinatarios a los niños en edad escolar y en la escuela una de sus más formidables herramientas, ha sido descrito y analizado por Lilia Ana Bertoni en “Construir la nacionalidad: héroes, estatuas y fiestas patrias, 1887-1891”, op. cit.

Si esa lenta pero persistente tarea del Estado –que no estuvo solo en esa faena⁷⁰– representó a la larga la solución a los problemas de la integración de los inmigrantes a la vez que una afirmación de la soberanía nacional, esto no implicó que los discursos nacionalistas no estuvieran sujetos a los vaivenes más coyunturales de la situación sociopolítica. Así, desde fines de la década de 1890 cobró mayor vigor un nacionalismo de aristas xenófobas, que asoció sin matizaciones el fenómeno inmigratorio y la conflictividad social manifiesta en el surgimiento de organizaciones de la clase obrera.⁷¹ Si esos motivos xenófobos actuaron como argumentos de la violenta represión que se desató contra el movimiento obrero –plasmada en las leyes de Residencia (1902) y de Defensa Social (1910)–, su limitado eco –manifiesto en el hecho de que no se produjera modificación alguna de la política inmigratoria– provenía de que, más allá de su carácter apologético, el nacionalismo xenófobo era incapaz de dar respuestas satisfactorias a uno y otro problema. De allí que se afirmara, desde principios de siglo lo que Halperin denomina un “nuevo nacionalismo”, cuyos motivos y preocupaciones así como las trazas que lo definen retomaron coherentemente esa tarea emprendida hacia fines de la década de 1880.

Herramienta eficaz para construir el “sentimiento nacional” como comunidad de pertenencia que subordinara los clivajes y conflictos que atravesaban la sociedad a la vez que brindaba una base más firme para enfrentar los de origen externo –ya fuese con los países vecinos o con las potencias europeas–, este nuevo nacionalismo adquirió efectividad en la medida que abandonó la oposición entre nativos e inmigrantes. Como señalara Halperin, “el nuevo nacionalismo, lejos de presentarse como una ideología antiinmigratoria, [se propuso] como la adecuada a un país que debe reconciliarse con las transformaciones demasiado rápidas que ha sufrido”⁷². De los varia-

70.- Diversas organizaciones intermedias gradualmente se sumaron a esa política. Véanse los citados textos de Bertoni y también su “Acerca de patriotas y cosmopolitas en el cambio de siglo”, en **Entrepasados. Revista de Historia**, n° 15, fines de 1998.

71.- Tulio Halperin Donghi, “¿Para qué la inmigración? Ideología y política inmigratoria en la Argentina (1810-1914)”, en **El espejo de la historia**, op. cit., p. 222. Los rasgos xenófobos de cierta prédica nacionalista se entroncaban con las concepciones esencialistas y culturalistas que se desplegaron desde fines de la década de 1880 en oposición a la versiones contractualistas y territorialistas de la nación. Véase Lilia Ana Bertoni, “Acerca de patriotas y cosmopolitas en el cambio de siglo”, op. cit.

72.- *Ibidem*, p. 228.

dos dispositivos que le fueron dando entidad, siguieron siendo centrales la educación y la liturgia patriótica que acompañaba la formación escolar, tarea en la que se empeñara José María Ramos Mejía desde el Consejo Nacional de Educación.⁷³ En esa imbricación del culto a la nación en las conciencias infantiles, inscripción cargada de elementos simbólicos que descubrían en la irracionalidad de una fe su capacidad de ser adecuado cemento social, el lenguaje y las prácticas ceremoniales celebrando la patria encontraron un lugar destinado a durar, y lograron, hacia la tercera década del siglo XX, diluir entre los hijos de la inmigración los sentimientos de ajenidad para con estas tierras.

Lo que en la coyuntura de posguerra vino a ahondar la potencia integradora del nacionalismo de nuevo cuño –y en particular su capacidad de interpelación de destinatarios que lo eran también del discurso anarquista– fue el advenimiento del radicalismo al gobierno. El nacionalismo radical tuvo mayor competencia que sus rivales conservadores para construir una solidaridad nacional que subsumiera sobre todo las de signo clasista. Mientras entre el conservadorismo se prolongó subyacente una identificación entre lealtad nacional y deferencia hacia las clases altas, el radicalismo supo presentar su nacionalismo como ideología propia de un partido interclasista que no se concebía como tal, sino que –sin desconocer los efectos políticos que para cada sector social pudieran tener sus decisiones en cada situación concreta– se rehusaba a tomar posición definitiva sobre los clivajes clasistas.⁷⁴ Aun cuando la democratización que llevó al radicalismo al gobierno, al hacer del sufragio un soporte más importante del poder político, parecía traer de nuevo a primer plano la distinción entre nativos e inmigrantes –y no pocas de las decisiones del gobierno radical estuvieron orientadas por cálculos electorales–, sin embargo, los contornos policlasistas del radicalismo y un discurso nacionalista de fronteras y contenidos más difusos le permitieron obturar las reemergencia vigorosa de ese tipo de antagonismos (ade-

73.- Además de los citados artículos de Lilia Ana Bertoni, puede consultarse también, para una aproximación a las formas de inscripción en el sistema educativo de los símbolos y valores de la patria, el texto de Mariano Ben Plotkin, "Política, educación y nacionalismo en el Centenario", en **Todo es Historia**, nº 221, setiembre 1985, pp. 64-79.

74.- Tulio Halperin Donghi, "¿Para qué la inmigración? ...", op. cit., p. 233.

más, por supuesto, de continuar con las políticas estatales de instalación de un imaginario nacional con definidos y potentes recursos simbólicos).

Esta potenciada prédica nacionalista y la cada vez más firme y vigorosa institucionalización de su culto en distintos ámbitos, conformaron un renovado desafío para el anarquismo en esta coyuntura. El movimiento ácrata, sin embargo, no renovó su instrumental teórico y político para comprender y enfrentar eficazmente las apelaciones a la nación y la patria; aún comprendiendo los alcances del discurso sobre la nación no logró –o no se preocupó por lograr– avanzar más allá de la denostación. Por ejemplo, percibía la apelación a la irracionalidad que albergaban esos discursos –y no pocos esfuerzos de sus principales plumas estuvieron destinados a demostrar ese carácter irracional–, pero no advertía su eficacia política. Su negación de la dimensión política como campo abstracto y mistificado que sólo servía para la dominación le impidió reconocer en ella un aspecto sustancial de la lucha simbólica por conservar o transformar la sociedad. La capacidad de resignificación de los lazos sociales que tuvo el nacionalismo al construir una comunidad que por sobre los intereses particulares otorgaba un lugar de pertenencia, no pudo ser contrarrestada por el anarquismo. Su propia identidad, que apelaba al internacionalismo y a una brecha social que oponía Estado y burguesía a los oprimidos en general, quedó entonces puesta en entredicho. Aun cuando el pensamiento libertario era incompatible con un discurso nacionalista, esto no implicaba su simple denuncia sino la elaboración de los instrumentos teóricos, políticos y simbólicos capaces de dar, en su terreno, una batalla por construir identidades político-sociales.

Si la “argentinización” ampliaba la capacidad del estado en tanto lugar de cohesión social, la democratización complementaba adecuadamente esa mayor profundidad inclusiva de lo estatal. Ambas cuestiones formaban parte de un intento de regeneración del Estado por parte de una oligarquía política dominante que se percataba que los consensos que sostenían a uno y otra eran cada vez menos seguros. Acompañando la cuestión de la construcción de la nacionalidad, se buscó entonces dotar a ese Estado de “una base política más amplia y menos pasiva que las reducidas clientelas electorales rutinariamente manipuladas por las máquinas políticas de las distintas frac-

ciones conservadoras”⁷⁵. Si bien es cierto que la política de la democracia – para retomar la expresión de Hobsbawm– no se configuró en estas latitudes debido a una creciente presión de sectores populares organizados para tal fin, la emergencia de una sociedad de masas cada vez más diversa, que multiplicaba las viejas tensiones y generaba otras nuevas, el surgimiento de una sociedad en la que se ampliaban o nacían espacios de participación, cooperación u organización de sectores subalternos cuya complejidad y extensión aumentaban las dificultades de integración social y de construcción del consenso para un régimen político oligárquico, en fin, el nacimiento en pocas décadas de una sociedad aluvial, representaba una presión difusa pero real sobre el sistema político, lo que obligó a su reformulación. La democratización de la política y el gobierno radical dilataron y diversificaron considerablemente las posibilidades de intervención y demanda de los sectores medios y populares, porque la ampliación política que operó la reforma electoral no sólo implicaba la transformación de gran parte de los habitantes en ciudadanos, sino que también modificaba la forma del Estado y con este cambio variaban las modalidades de intervención política. El nuevo escenario era significativamente diferente del que acostumbraba denostar la prensa ácrata.

El anarquismo, con su prédica antipolítica y antiestatista había logrado interpelar con éxito a los trabajadores, y no sólo a ellos.⁷⁶ Pero la democratización que arranca en la década de 1910 planteó un problema mayúsculo para los discursos y las prácticas del movimiento libertario. De tal forma el anarquismo, que se había transformado en una fuerza sociopolítica de

75.- *Ibidem*, p. 226.

76.- La marginación político-electoral de la mayoría de los sectores populares durante el régimen oligárquico mediante diversos mecanismos fraudulentos, no implicaba el cierre de toda intervención política por parte de dichos sectores. Según Ricardo Falcón, esta situación contribuyó a que la política se desplazara hacia ámbitos de mayor cotidianeidad, circulando por ámbitos “no institucionales”, por diversos tipos de agrupamientos comúnmente denominados “no políticos”, entre los cuales se podría pensar al anarquismo como uno de los más destacados. Véase Ricardo Falcón, “Izquierdas, régimen político, cuestión étnica y cuestión social en Argentina (1890-1912)”, en *Anuario*, n° 12, Rosario, 1986/1987; también sus dos libros, **Los orígenes del movimiento obrero (1857-1899)**, Buenos Aires, CEAL, 1984, y **El mundo del trabajo urbano (1890-1914)**, Buenos Aires, CEAL, 1986. Por otra parte, el sistema político del régimen conservador se había estructurado a través de una serie de pequeñas clientelas político-electorales. Aunque para un período anterior, véase Hilda Sabato y Elías Palti, “¿Quién votaba en Buenos Aires? Práctica y teoría del sufragio, 1850-1880”, en **Desarrollo Económico**, vol. 30, n° 119, octubre-diciembre 1990.

importante peso en la primera década del siglo, se encontrará así ante una encrucijada: sus viejas prácticas políticas se tornan, con la implementación de un escenario político ampliado que ofrece nuevos medios de inclusión, poco propicias para mantener su influencia entre los trabajadores, dado que gran parte de su arraigo partía de la impugnación general del Estado y del régimen político, en un gesto de exclusión en cierta forma especular al que el régimen oligárquico proponía hacia los trabajadores. Como señalara Edgardo Bilsky, para la primera década del siglo y respecto de la F.O.R.A. – anarquista y hegemónica en el movimiento obrero organizado–, no debería hablarse de apoliticismo sino “simplemente, de anti-estatismo, de una política consciente de acción revolucionaria contra toda integración estatal del movimiento obrero y popular. A la política de marginalidad desarrollada por el estado argentino, el movimiento obrero responde y se constituye intentando marginar al estado de su vida propia”⁷⁷.

Esta reconstitución sobre nuevas bases del régimen, la política y el Estado puso al anarquismo ante un desafío que su doctrinarismo no le permitiría superar: la obligatoriedad del sufragio.⁷⁸ La crisis del anarquismo devino, siguiendo a Suriano, del empeño en mantenerse fiel a sus principios, rechazando con los mismos argumentos que utilizara para calificar al régimen conservador, al ahora ampliado y resignificado por la reforma electoral. En el mismo sentido percibe Viñas esta marginación y aislamiento del anarquismo cuando dice que al hacer del antiparlamentarismo una cuestión de principios, y no una táctica a considerar en cada circunstancia, la convertirá poco a poco, de “una táctica de rechazo en una estrategia de acción violenta”⁷⁹.

No era solamente la democracia, como política inclusiva de los sectores obreros y medios, sino esa particular democracia “yrigoyenista” la que profundizó la crisis del anarquismo, porque el radicalismo yrigoyenista reformula las relaciones entre el Estado y los trabajadores organizados y los

77.- Bilsky, Edgardo; **La F.O.R.A. y el movimiento obrero**, 2 tomos, Buenos Aires, CEAL, 1985, p. 110.

78.- Juan Suriano, “Ideas y prácticas ‘políticas’ del anarquismo argentino”, op. cit.

79.- Viñas, David; **De los montoneros a los anarquistas**, Buenos Aires, Carlos Pérez Editor, 1971, p. 220.

sectores populares en general.⁸⁰ El liderazgo “carismático” yrigoyenista, en tanto política, es una forma de instituir un tipo de democracia que se correlaciona estrechamente tanto con un partido de programa bien amplio, difuso y hasta ambiguo⁸¹, como con un Estado que reproduce esa política a través del otorgamiento de puestos públicos –o del reparto, como el “pan radical”– para la consolidación y formación de clientelas político-electorales, o a través de una política conciliatoria hacia ciertos sectores del movimiento obrero organizado. La democratización, con el radicalismo en el gobierno, se constituía, entonces, en un doble desafío para el anarquismo: en términos generales porque proponía un viraje desde la exclusión hacia la inclusión política para amplios sectores populares, y en términos coyunturales porque el radicalismo yrigoyenista era una fuerza “popular” y electoralista con una predisposición a encontrar un apoyo electoral en el movimiento obrero organizado en función de sus propios objetivos político-electorales.

Que esta interpelación conciliatoria del Estado hacia las organizaciones obreras sea efectiva se relaciona con las transformaciones sociales y laborales que venían teniendo lugar en la Argentina. La incipiente diversificación y estratificación del mundo de los trabajadores, y el cierre de los sueños de movilidad social ascendente para vastos grupos de trabajadores, se desplegó también en un cambio en las principales orientaciones de los obreros organizados y en una puesta en cuestión de las formas organizativas que el proletariado había privilegiado por lo menos hasta 1910.⁸² La emergencia del sindicalismo como fuerza hegemónica hacia 1915, con sus distinta concepción acerca de la relación de los trabajadores con el Estado y del significado del sindicato, tanto en lo concerniente al mejoramiento de las situaciones laborales como en relación a las transformaciones sociales en sentido emancipatorio, abría una importante brecha en la anterior concepción del movimiento obrero, y ponía en crisis las prácticas que habían caracterizado a los grupos anarquistas.

80.- Cfr. José Luis Romero (1987), op. cit., pp. 100-106.

81.- En 1928, la UCR no sólo no se inhibe de declarar su falta de programa de gobierno sino que se jacta de ello; ver Sidicaro, Ricardo, op. cit., p. 100.

82.- Cfr. Hugo del Campo, op. cit., p. 12 y ss.

Las dificultades del anarquismo para dar respuesta a los nuevos desafíos de esta coyuntura, lo convirtieron en testigo de un proceso que lo enajenó de lo que fueran sus bases sociales, en las que había logrado un importante desarrollo. Las transformaciones en la estructura socioeconómica, la fuerte represión de la primera década del siglo, el cambio en el régimen político y la potenciación de los discursos y prácticas relativas a la cuestión nacional son los elementos que, al configurar una nueva situación, permiten a la mayoría de los historiadores explicar la declinación del anarquismo en la Argentina. La mutación de esa realidad política y social conllevó la pérdida de ciertos atributos que hacían de ella un contexto propicio para que el discurso ácrata se convirtiera en hegemónico entre los trabajadores, pero el nuevo contexto operó la drástica marginación de ese discurso y esas prácticas. Si la mayor parte de los historiadores propone una combinación de los elementos arriba citados para explicar las causas del notorio retroceso de la influencia anarquista tanto en las ideas como en las acciones del movimiento obrero organizado, el peso específico otorgado a cada uno de aquellos implica una variación interpretativa sobre la crisis del anarquismo, además de una distinta periodización de ese declive. De tal forma, están quienes se pronuncian por otorgarle una preponderancia a los cambios estructurales de la sociedad, los cuales, unidos a la represión del Centenario —en la que el anarquismo fue un blanco específico, obligándose a sus principales dirigentes a exiliarse—, transformaron las características del proletariado, y por tanto su disposición a seguir ciertos discursos políticos. Contrariamente, otros autores prefieren destacar las emergentes condiciones políticas en sus explicaciones del declinar libertario.⁸³

Aún cuando la mayoría de estas interpretaciones postulan la retracción del anarquismo para el período en el que se ubica el presente trabajo, y a pesar de los enormes problemas que le planteaba el nuevo cuadro de si-

83.- A pesar del peso relativo otorgado a una u otra cuestión, la mayoría de los historiadores las combinan para explicar el declive de la presencia libertaria entre los trabajadores y la política nacional. Cfr., entre otros, Edgardo Bilsky (1984), op. cit. y (1985) op. cit.; Hugo del Campo, op. cit.; Ricardo Falcón, op. cit.; Jorge Solomonoff, N.; **Ideologías del movimiento obrero y conflicto social**, Buenos Aires, Tupac Ediciones, 1988; Juan Suriano, op. cit. Es notable, además, que la mayoría de los trabajos historiográficos sobre el anarquismo centren su investigación en el período comprendido entre la última década del siglo XIX y la primera posguerra.

tuación, las corrientes libertarias tuvieron una significativa presencia y un crecimiento importante en la inmediata posguerra, en parte debido a la ascendente conflictividad social que en tal momento se desplegó.⁸⁴ Aunque no pueda dimensionarse efectivamente esa renovada presencia ácrata y menos aún cuál era la relación entre la militancia anarquista y el mundo del trabajo —y nuevamente aquí se siente la falta de estudios sobre el anarquismo más allá del Centenario—, es posible afirmar, con los datos que se cuentan, que ese crecimiento de las filas de la federación comunista-anárquica existió, pero fue un crecimiento episódico, destinado a no durar. Entre las causas que hicieron de este desarrollo del anarquismo entre 1917 y 1922 un crecimiento efímero está, además de esos desafíos mencionados, la influencia de la revolución rusa, la cual si estimuló la presencia ácrata también le fijó límites y, a la postre, se constituyó en un problema para el pensamiento y la identidad anarquista. Sobre esta influencia de la experiencia revolucionaria rusa en el anarquismo, y más en general en la militancia y el movimiento obrero de la época, dan cuenta los testimonios de dos activos protagonistas de entonces. Tanto Sebastián Marotta como Diego Abad de Santillán la creyeron relevante. Así, el primero de los mencionados pudo decir, retrospectivamente, que “en casi todo el movimiento obrero, en los sindicatos de la FORA [se refiere a la sindicalista; RP] y militantes en general, aun de los sectores defensores de su autonomía tradicional y doctrinariamente adversos a toda ingerencia de los partidos políticos y del Estado en los sindicatos y a toda concepción autoritaria, prend[ió] la idea de la nueva Internacional Sindical, subordinada a la Internacional Comunista y a los intereses del Estado Soviético”⁸⁵. En la misma dirección de resaltar el papel jugado por los acontecimientos rusos, al publicarse en 1927 el **Certamen Internacional de “La Protesta”**, Abad de Santillán, rememorando en tono de balance los inmediatos años que siguieron a 1917, no dudó en sostener que “la revolución rusa y los propios acontecimientos en el país y en el resto del mundo inflamaron al proletariado con nuevo espíritu de lucha [...] ¿Y por qué no decirlo? Se pensaba también en la eventualidad de una revolución pro-

84.- Al respecto, reitero lo anotado sobre el crecimiento de ambas Federaciones Obreras, la sindicalista y la anarquista, en esta coyuntura.

85.- Sebastián Marotta, op. cit., p. 297.

letaria”⁸⁶, agregando que, además, la revolución rusa distanció del anarquismo muchos militantes.⁸⁷

Si los discursos y prácticas nacionalistas, la democratización política y los cambios en la estructura social pusieron en entredicho la identidad anarquista tal como ella había sido construida, la revolución rusa significó también un nuevo desafío a la identidad libertaria. Muchos de los anarquistas que abrazaron la experiencia soviética como una propia, y que luego se distanciaron y hasta la repudiaron creyendo así volver a sus principios e ideales, se encontraron con que el campo de la izquierda ya no era el mismo, y que sus discursos tenían nuevos competidores. Reformular su identidad, reconsiderar sus propios principios e ideas para reelaborarlos críticamente, no fue un camino que la mayoría de los militantes libertarios quisieron transitar, empeñándose en reiterar críticas hacia una realidad que había mutado profundamente. Así quedaron, en el mejor de los casos, como voces testimoniales del pasado, con escaso peso en ese presente transfigurado.

86.- Diego Abad de Santillán, *“La Protesta. Su historia, sus diversas fases y su significación en el movimiento anarquista de América del Sur”*, en **Certamen Internacional de “La Protesta”**, Buenos Aires, Editorial La Protesta, 1927, p. 69.

87.- *Ibidem*, p. 66.

La militancia anarquista ante la revolución rusa

IV. Las primeras recepciones anarquistas de la revolución rusa: entre la representación utópica y la revolución realizada (1917-1919)

Las noticias que llegaban desde Europa referidas a los sucesos que tenían lugar en Rusia, suscitaron la pronta adhesión del anarquismo local. Ya en marzo de 1917, *La Protesta* reflejaba con satisfacción los acontecimientos del Febrero ruso: "La caída de un régimen como el de Rusia que resume todo el despotismo que imaginar se puede, es algo más que un cambio de gobierno. Es el pasado que huye...". Si esta satisfacción era evidente, el articulista era precavido a la hora de evaluar los posibles significados de esa revolución, aún cuando la misma diera "...lugar a creer que en el transcurso de esta guerra se realizarán pasos de trascendencia que marcarán nuevos horizontes de la humanidad".⁸⁸ Igualmente Emilio López Arango podía afirmar, desde sus propias esperanzas, que la revolución no había terminado en febrero: la revolución rusa "no puede detenerse ante la conquista de la democracia: hallará en esa «forma» un momento de reposo, pero seguirá indefectiblemente su ascendiente trayectoria en pos de la libertad, que es el punto luminoso que, en la lejanía del tiempo, vislumbramos los que en el yunque del progreso forjamos un futuro de equidad y justicia social"⁸⁹. Pero de ese "segundo momento" de la revolución no se podía más que predicar su advenimiento "en la lejanía del tiempo"; la revolución no era, todavía, una cuestión contemporánea ni se pensaba que el febrero ruso era el inicio de un nuevo tiempo. Y es que la caída del zarismo, si un avance sustancial porque era el fin de un régimen intolerable, no conducía a la realización de las metas libertarias; máxime cuando el gobierno provisional no era más que la conformación de "las ambiciones de predominio estatal, de una hegemonía despótica encubierta por la máscara de la nueva democracia, una mentira más grande que el Kremlin".⁹⁰

88.- *La Protesta*, 22/3/1917, citado en Doeswijk, op. cit.

89.- Emilio López Arango, "Los valores de la revolución", en *Alborada. Revista de Ciencias, sociología, literatura y arte*, año I, nº 7, 1/7/1917, p. 4.

90.- *La Protesta*, 14/11/1917, p. 1.

Fue la revolución de Octubre la que imprimió nuevas perspectivas a las reflexiones anarquistas. Primero porque si Febrero no había tenido destructores, frente a Octubre los más importantes periódicos emprendieron un ataque en toda la línea. *La Nación* se refería, desde entonces, a la revolución rusa como un conflicto entre extrema derecha y extrema izquierda donde los únicos favorecidos eran los alemanes, mientras *La Época*, que en un principio calificaba a los “maximalistas” de pacifistas, viró inmediatamente para caracterizar la revolución de octubre como un “golpe de Estado” y a Lenin de “agitador y espía germanófilo”.⁹¹ Ambos periódicos venían a traducir la preocupación de los partidarios de la Entente por el retiro de Rusia de la guerra; se había pensado que la revolución de Febrero daría más capacidad de intervención en la contienda bélica mundial a una Rusia ahora desprovista del estigma absolutista. Pero la actitud de los bolcheviques era realmente una “jugada novedosa” en el tablero de la política mundial; su retiro como fuerza beligerante inducía a pensar en una mejor disposición de las fuerzas de los imperios centrales en el frente occidental. Pero además esa oposición global a la guerra podía llegar a contactar con el desánimo y el cansancio de las tropas que en ambos lados ya había comenzado a manifestarse, causando preocupación a la opinión “respetable” de occidente. Aunque la “deserción rusa” no era una preocupación para los anarquistas, casi todos ellos neutralistas ante el conflicto, el ataque de la gran prensa al Octubre rojo era la manifestación de que algo nuevo había sucedido; a partir de allí la prensa anarquista seguirá minuciosamente los cables procedentes de Europa, buscando leer tras la información “burguesa”, la realidad de los acontecimientos que tenían lugar en Rusia y en Europa central.⁹²

En segundo lugar, porque en Octubre lo que se proclamaban eran principios largamente demandados por el anarquismo: socialización de la tierra, eliminación de la propiedad privada, eran medidas del nuevo gobierno revolucionario que parecían ser el eco de los anhelos libertarios más sentidos, la cristalización –por primera vez– de las aspiraciones por las cuales los

91.- *La Época*, 9/11/1917; citado en Doeswijk, op. cit.

92.- A partir de 1919-20 habrá una nueva agencia de información sobre los acontecimientos en Europa, la Rosta Wien, de la cual levantarán los cables la mayoría de los periódicos de la izquierda.

anarquistas venían luchando sin desmayo. Así, las calificaciones que los anarquistas hacían de Octubre son cada vez más positivas. El 11 de noviembre de 1917, en un artículo titulado “Los prolegómenos de la Revolución”, el articulista de *La Protesta* afirmaba con decisión que “Rusia representa hoy la alborada roja [...] La democracia no pudo resolver los múltiples problemas que la guerra planteó al proletariado ruso [...] el pueblo dio en tierra con la ignominiosa dictadura del nuevo zar. Es la Revolución Social y emancipadora, el levantamiento consciente de los trabajadores contra los amos y el privilegio”.⁹³ Rusia era también presentada, por los articulistas ácratas, como la nueva Comuna parisina, como la emergencia revolucionaria de un movimiento emancipador más que secular. Es este un primer rasgo de la recepción de la revolución rusa: la búsqueda por situarla en un movimiento redentor de larga duración. Por ello, si las reiteradas comparaciones con la revolución francesa o la comuna parisina son por un lado la apelación a un arsenal conceptual y de referencias históricas que posibiliten el análisis, se constituyen, en el propio proceso interpretativo, en la construcción de una genealogía de un movimiento de emancipación universal que, en los acontecimientos que tienen lugar en Rusia, habría llegado a su punto más alto.⁹⁴ La revolución francesa como los acontecimientos de 1848 o la Comuna de París fueron, en tales disquisiciones, los prolegómenos de la más profunda de todas las revoluciones modernas, aquella que parecía anunciar la instauración de la sociedad del Ideal. Si “...la obra emancipadora de los maximalistas rusos, marca un jalón insuperable hasta hoy día en la historia universal de los pueblos, haciendo palidecer los rojizos resplandores de la revolución francesa de 1789...”, era porque esta última estuvo limitada por su carácter burgués, mientras que “...la revolución rusa, tal cual se lleva a cabo [...] es el aplastamiento total del régimen estatal por el gobierno de sí mismo.”⁹⁵

Estas primeras reflexiones ácratas sobre la revolución rusa eran emprendidas desde una diversidad de registros que aludían a distintas dimen-

93.- *La Protesta*, 11/11/1917: “Los prolegómenos de la Revolución”, p. 2

94.- Varios artículos en este sentido en los números de *La Protesta* del 11/11/1917; 13/11/1917; 14/11/1917; 4/12/1917; 17/2/1918.

95.- *La Protesta*, 17/2/1918: “La Revolución Rusa y su influencia moral”, p. 2

siones que los militantes anarquistas creían pertinente destacar. Lecturas e intervenciones desde los sedimentos de un discurso político que debía mucho a la literatura utópica, se combinaban, muchas veces en un mismo artículo, con búsquedas y análisis que, de alguna manera, querían ser lecciones o enseñanzas para la actividad de los grupos libertarios. Todas esta multiplicidad de lecturas e interpretaciones convivían, a pesar de tener demasiadas veces manifiestas contradicciones, en un apoyo y una simpatía generalizada entre las filas anarquistas para con aquella lejana y cercana revolución. Así, puede observarse que entre 1917 y principios de 1919, prácticamente el conjunto de los intelectuales y publicistas libertarios apoyaron y se identificaron con la revolución rusa, aún cuando las conclusiones respecto de sus implicancias para con las concepciones y prácticas del anarquismo local siguieran, todavía larvadamente, senderos distintos. Este común acuerdo caracteriza la primera etapa de la recepción de la revolución rusa por parte de los anarquistas rioplatenses.

IV. 1. Las recepciones en términos de la utopía anarquista

Este inicial rasgo de las lecturas de la revolución rusa como momento culminante de un largo proceso de lucha por la emancipación, se conjugaba con las interpretaciones de aquel evento en las claves del imaginario social revolucionario del anarquismo radical. Las preexistentes representaciones de la revolución, de la transformación del orden social, en las que se articulaban una serie de principios políticos, ideológicos y éticos esenciales en el ideario ácrata, con una dimensión utópico-restauradora también constitutiva de esta corriente de pensamiento, configuraban el entramado conceptual y simbólico desde el cual tenían lugar las primeras recepciones de la revolución rusa. En este sentido, el anarquismo rioplatense había desplegado una profusa literatura utópica en torno a las cuestiones de la revolución y la sociedad posrevolucionaria.

Uno de los tópicos de la noción que sobre la revolución configuraba esta literatura aludía a su carácter apocalíptico, a la destrucción total del mundo del presente para que desde esa destrucción pudiera construirse la

nueva sociedad, la Ciudad del Ideal. Así, y para tomar a uno entre muchos, Edmundo Bianchi describía, en 1904 y en las páginas de *Martín Fierro*, la revolución en estos términos:

“La tierra está maldita. ¡Es necesario que un formidable viento vengativo barra este pudridero en que vegetan las flores de la Muerte solamente! ¡Caiga la lluvia roja y que se lleve todo ese horror inmenso! Que se limpie el santo y virginal seno del mundo, para que broten luego las semillas que sembraron heroicos campesinos; para que surjan flores en la vasta extensión de la Tierra gloriosa...”⁹⁶

Expresiones como ésta, en la cual la representación de la revolución necesaria es construida a partir de imágenes de la naturaleza, estaban muy difundidas en la literatura ácrata. Rafael Barret, Edmundo Montagne, Alejandro Sux, Alberto Ghirardo, por sólo mencionar algunos, deslizaban sus plumas para dejarnos piezas literarias que retomaban una y otra vez estas formas de representar la revolución. Esas “fuerzas naturales” son convocadas, en los textos, a fin de simbolizar el carácter apocalíptico de la revolución, su capacidad de destrucción total de los poderes de este mundo. Una de las más interesantes manifestaciones en este sentido es el texto de Ferrari, la “Leyenda del porvenir”:

“...Del volcán que hasta entonces no había arrojado más que humo, vióse salir imponente y majestuosa, una lengua de fuego que permitía apreciar desde allí el cómodo vivir que llevaban los de la ciudad hermosa, donde imperaba la ambición... Y de pronto, obedeciendo a su máquina interior, el volcán rugió; ruidos sordos se produjeron en sus cavidades, y una verdadera tormenta de piedras de todas dimensiones fueron arrojadas violentamente contra aquella valla que hacía inaccesible el paso a la ciudad de los potentados, hasta dejarla totalmente destruida [...] ¡Y como obstáculos se opusieron muchos, todos quedaron aplastados por la fuerza energúmena de aquel pueblo! [...] Después de concluida la obra demoledora, no quedando ya más que las ruinas, éstas fueron transportadas lejos, muy lejos; porque entre aquel montón de cosas inmundas podía estar la raíz de la enfermedad que padecía aquella ciudad instigadora de todos los males sociales, y después de

96.- Edmundo Bianchi, “Tierra Maldita”, en revista *Martín Fierro*, nº 33, 24/10/1904, p. 9.

haber procedido a una purificación completa, levantóse sobre cimientos sólidos e inquebrantables, el verdadero País de la Igualdad.”⁹⁷

La “lluvia roja” de Bianchi o el “volcán” de Ferrari son los símbolos de una concepción que presenta a la revolución como catástrofe, como cataclismo cuya magnitud sólo puede expresarse a través de esas imágenes de la naturaleza. Este carácter catastrófico, paso ineludible para poder construir la nueva sociedad igualitaria y emancipada de toda autoridad, se combina con un elemento restaurador de un pasado armonioso (mítico o real): es la “purificación completa” o la limpieza del “santo y virginal seno del mundo” que nos muestran los textos transcritos –pero que recorrían también casi toda la literatura ácrata. En tal sentido, los escritores rioplatenses eran dignos herederos de aquel Bakunin que afirmaba que “la pasión destructiva es una pasión creadora”. Sin embargo, lo nuevo que se construya viene también cargado de sesgos redentores. El cataclismo social si destruye las instituciones y los símbolos del poder y la desigualdad, es para dejar paso a una “perdida” comunidad originaria, la de esos hombres y mujeres libres e iguales que, de no ser por la perniciosa emergencia de la autoridad y la propiedad, habrían vivido siempre en armoniosa y feliz asociación. La imagen de las comunidades libres de la era posrevolucionaria remite, entonces, a ese pasado mítico –y en algunos casos concebido como histórico– que subtiende las reflexiones del anarquismo del siglo XIX y principios del XX.

Ese imaginario revolucionario del anarquismo radical se vertebra entonces sobre una visión dicotómica del tiempo histórico y de los espacios sociales correspondientes. Mientras el presente es un tiempo gris e infame, cargado de sacrificios y penurias, sin atisbos de progreso porque en ese orden social están proscriptas la libertad y la igualdad, la sociedad futura es pura perfección, sin antagonismos ni ambiciones de dominio, y en la que predominan las relaciones armónicas entre los individuos y de éstos con la naturaleza. Desde esta visión dicotómica, en la que uno de los términos implica la total exclusión del otro, el pasaje de uno a otro tiempo histórico, de una a otra sociedad, es concebido como un cataclismo, como apocalipsis,

97.- A. Ferrari, “Leyenda del Porvenir”, *El Rebelde*, Buenos Aires, nº 90, 2/8/1902, en Jean Andreu, Maurice Fraysse y Eva Golluscio de Montoya, **Anarkos. Literaturas libertarias de**

como "viento vengativo que barra este pudridero en que vegetan las flores de la Muerte".

Utopía y restauración. Así, por ejemplo, Alejandro Escobar y Carvallo podía combinar los principios rectores de la utopía anarquista, como la cooperación, la igualdad y la libertad, en su descripción de la nueva comunidad anarquista:

"...la producción agrícola e industrial es común: por medio de cooperativas gremiales [...] El consumo se hace también en comunidad [...] como todos aportan su contingente al producto común, todos también consumen en la medida de sus necesidades [...] la asociación por afinidad, por simpatía, a la libre manifestación de los sentimientos y al libre desarrollo de todas las voluntades [...] la felicidad de cada uno por la felicidad de todos [...] no hay códigos ni leyes; no existen gobernantes ni jueces, sacerdotes ni policías..."⁹⁸

Por su parte, Florentino Giribaldi reescribía, en las páginas del *Suplemento de La Protesta*, la historia de la conquista de América en términos de la oposición entre, por un lado, indígenas-naturaleza-libertad, y blancos-civilización-dominio, por otro. El triunfo de la primera tríada no es otra cosa que la restitución del originario estado de libertad, momentáneamente subyugado por la autoridad civilizatoria.⁹⁹ De tal forma, la dicotomía entre "lo natural perdido" y "lo autoritario instituido", se deslizaba hacia una representación de la sociedad deseada como una cuya esencial igualdad impediría la emergencia de toda diferencia que no fuera, justamente, natural. Se asentaba, por tanto, en una oposición entre el carácter natural (*phuseî*) y el convencional (*nomô*), asociando implícitamente a este último con lo arbitrariedad y la autoridad. La revolución que abriría la senda hacia ese mundo podía, entonces, ser también legitimada porque era vehículo de la naturaleza (*physis*), y los lazos sociales de la nueva comunidad son despojados del signo de lo convencional-arbitrario.

Es quizás en la mayor de las obras de la literatura utópica anarquista rioplatense, **La ciudad anarquista americana**, que su autor, Pierre Quiroule

América del Sur. 1900, Buenos Aires, Corregidor, 1990, p. 242-3.

98.- Alejandro Escobar y Carvallo, "La Comuna Libre", *Almanaque Ilustrado de "La Questione Sociale"* (1900), Buenos Aires, en Jean Andreu et. al., op. cit., p. 248 y ss.

99.- Florentino Giribaldi, "El hombre blanco (leyenda indígena)", en *Suplemento de La Protesta*, Buenos Aires, 6/10/1908; en Jean Andreu et. al., op. cit., p. 232-234.

(Joaquín Alejo Falconnet), conjuga con singular maestría estos elementos destructores, aniquiladores, propios de la revolución pensada por los libertarios, con la constitución como un orden totalmente otro, pero con fuertes caracteres restauracionistas, de la sociedad de la Anarquía. Quiroule ya había escrito una primera utopía en 1909, **Sobre la Ruta de la Anarquía**, que se publicó en 1912, y dos años después, editada por La Protesta, se publicaba **La ciudad anarquista americana**.¹⁰⁰ En esta última la revolución es, enteramente, un acto destructivo, necesario para que tras él comience la tarea de creación del comunismo anárquico. La misión aniquiladora es emprendida por un grupo de revolucionarios a través de bombardeos e incendios de los centros políticos, administrativos y militares de la Monarquía de *El Dorado*. Luego del secuestro del rey, la reina y los principales ministros, y habiéndose apoderado de un par de aviones, los "Voluntarios de la Anarquía" emprenden su primer ataque sobre los "dreadnoughts" anclados en el puerto de *Las Delicias*, ciudad capital; tras este primer raid aéreo siguen los cuarteles y las estaciones de telégrafos, la casa de gobierno y los arsenales, los bancos, tribunales y archivos, los "palacios de los colosos de la prensa" y las murallas de las cárceles, las iglesias y conventos. Además, en previsión de una contraofensiva exterior, todas las rutas de acceso al territorio son voladas por los revolucionarios comunistas -en un gesto que recupera a la vez que homenaja la empresa de Utopo.

"La capital del reino ardía por sus cuatros costados, cual gigantesca hoguera, cuando los revolucionarios aéreos dieron por terminada su terrible misión destructora... De todo el poder de la monarquía ya no quedaba nada. Buques de guerra, ejército, edificios de gobierno, de administración o de castigo, los archivos de la nación, donde estaban depositados los títulos y documentos que acreditaban los derechos de la clase dominadora a la posesión de la riqueza social, todo había desaparecido, todo había sido reducido a cenizas por el fuego de los incendios."¹⁰¹

100.- Las primeras ediciones de estas dos obras de Pierre Quiroule fueron: **Sobre la Ruta de la Anarquía (novela libertaria)**, Buenos Aires, Bautista Fuego Editor, 1912; **La ciudad anarquista americana. Obra de construcción revolucionaria con el plan de la ciudad libertaria**, Buenos Aires, Ed. La Protesta, 1914.

101.- Pierre Quiroule, **La ciudad anarquista americana...**, en Luis Gómez Tovar, Ramón Gutiérrez y Silvia Vázquez, **Utopías Libertarias Americanas**, vol. I, Madrid, Fundación Salvador Seguí/Ediciones Tuero, 1991, segunda parte, p. 131.

Sin embargo, la tarea de demolición no termina allí: a la destrucción de los centros administrativos y simbólicos del poder, le siguen "...los inmundos conventillos y demás pocilgas hediondas que servían de viviendas a los proletarios, [que] fueron abundantemente rociadas de petróleo, y tuvieron la misma suerte que las iglesias y conventos"¹⁰². A pesar de haber sido la tarea destructiva un verdadero éxito ("sólo habíanse respetado las casas de aguas corrientes, con sus depósitos y máquinas elevadoras, los almacenes de aduana, repletos de mercaderías de todas clases que habría sido estúpido destruir; los talleres y las usinas, y las casas en buen estado y confortables...", nos recuerda Quiroule), a poco de andar los revolucionarios advierten la imposibilidad de construir el nuevo orden sobre los viejos cimientos conservados: "Hubo que abrir los ojos ante la realidad: sólo la organización tal como la entendían y practicaban los burgueses podía dar resultados aparentemente buenos..."¹⁰³. Todos los mecanismos y dispositivos sociales previos estaban destinados a perpetuar un orden basado en la desigualdad y la coerción; ellos mismos tendían, como la burocracia o la producción de insumos industriales, el ferrocarril o la limpieza, la falta de higiene o las propias megalópolis, a producir poder y autoridad, y por tanto no eran base para la conformación de la sociedad comunista, cuyos principios eran la libertad y autonomía de los individuos. Mientras se tratara de adaptar esos medios a la construcción del orden nuevo, inevitablemente se fracasaría. Pero los anarquistas no habían hecho la revolución para perpetuar lo viejo. La solución era, entonces, abandonar las grandes ciudades del orden burgués, y "derribarlas implacablemente hasta que no quede de ellas piedra sobre piedra, como si fueran ciudades malditas..."¹⁰⁴.

Las nuevas comunas, de tamaño reducido y edificadas sobre una adecuada combinación de producción agraria e industrial, representan un orden social totalmente otro respecto de la sociedad destruida. En las detalladas descripciones que Quiroule plasma en su texto se observa la amalgama de una racionalidad planificadora de corte científicista, con un vuelta a ciertas formas de vida comunitaria propias del imaginario redencionista del

102.- *Ibidem*, p. 131.

103.- *Ibidem*, p. 139.

104.- *Ibidem*, p. 146.

anarquismo radical. Así, si los comunistas son capaces de aplicar los principios de la ciencia y la tecnología tanto en la producción y el trabajo como en el mismo diseño de la ciudad anarquista (cuyo plano configura un muestra ejemplar de una racionalidad orientada a superar todo tipo de desigualdades, incluso aquellas gestadas por lo espacial), el énfasis en el acercamiento a la naturaleza es la expresión de un romanticismo que se ha vertebrado a partir de imágenes de una comunidad original perdida. Porque "lo natural" no es pensado como construcción social (nuevamente la oposición entre *phusei* y *nomô*) sino como un tipo de relación que la gran ciudad burguesa había suprimido, que la convención había anulado; aunque, es preciso agregar, que esos "restaurados" vínculos con la naturaleza ya han sido modificados, metamorfoseados, por la utopía. Si bien es cierto que otros aspectos son centrales en esta novela de Quiroule, la presencia amalgamada de elementos utópicos y restauradores en relación dialéctica entre sí, las trazas románticas del relato, son nodales en la representación del cambio social y de la nueva sociedad.¹⁰⁵ El abandono de *Las Delicias* hacia otro espacio geográfico es la manifestación de la ajenidad absoluta entre los órdenes pre y posrevolucionarios, el radical abismo que separa uno y otro: la utopía, ese no-lugar, no puede construirse en el espacio (social) ni con los materiales (sociales) de topía, este lugar.¹⁰⁶

La presentación de esta literatura obedece a que en ella se expresan con vigor elementos fundamentales del ideario del anarquismo radical, con sus representaciones catastrofistas de la revolución, con esa combinación de utopía y redención, de apocalipsis y abismo total entre topía y utopía, aspectos que dejaron sus marcas en las recepciones primeras de la revolución rusa. Las imágenes que reiteradamente utilizó la prensa libertaria para dar cuenta de la revolución rusa eran aquellas que, en primer lugar, señalaban la radical cesura que ese evento expresaría. La revolución constituía el

105.- El anarquismo rioplatense de principios de siglo tiene mucho de romántico, en el sentido que, como mencioné antes, Michael Löwy define el romanticismo. Ejemplo más que elocuente fue la revista *Martín Fierro*, primer "rescate" de la figura gauchesca desde la izquierda vernácula.

106.- La continuidad de algunos aspectos de la vieja sociedad, como ciertos desarrollos tecnológicos y más específicamente la ciencia, no mella el abismo que separa lo viejo de lo nuevo; en todo caso, para estos anarquistas, la ciencia era portadora de un conocimiento

“...último límite de la senda que trazó una época de brutalidad y crímenes...”, y a partir de ella la humanidad podía construir la sociedad anhelada.¹⁰⁷ Aunque en los primeros meses la información llegaba a través de los cables de las grandes agencias internacionales que privilegiaban a los publicistas opositores exiliados en los países europeos, y por ello cierta incertidumbre respecto del desenlace de la experiencia bolchevique sobrevolaba los escritos de los militantes ácratas, éstos no dudaban que igualmente el cambio había comenzado. Podría argumentarse que generalmente la izquierda, y en especial el anarquismo, invocan la revolución como un futuro inminente; sin embargo, en las notas referentes a la revolución rusa se advierte la utilización de deícticos que reafirman que esa revolución no es inminente sino que es un aquí y ahora.¹⁰⁸

La “alborada roja”, la “tormenta revolucionaria”, el “incendio social” que recorre la vieja Europa y que ya puede también observarse en las tierras americanas, eran las imágenes utilizadas para dar cuenta de la inequívoca señal de que “una nueva era [...] pugna[ba] por nacer a la luz de los siglos”; así planteada, la revolución era una irrupción en la historia, era “el Ideal en marcha”, casi una entidad autónoma e independiente de los sujetos que la promovían.¹⁰⁹ Por momentos, los anarquistas dotaban a la revolución de una vida propia, era una “revolución que venía”, que naciendo en el oriente europeo se propagaba “devastando”, destruyendo, el mundo social que la precedía. Los signos de ese advenimiento estaban ahí y su lectura era transparente para estas miradas anhelantes: “...todo anuncia la llegada de la revolución social. Desde el temor de la burguesía y su prensa mercenaria hasta el incendio de la Rusia Zarista”¹¹⁰. En otros pasajes esa revolución era obra de la tesonera y constante labor de la militancia libertaria:

“...La sociedad burguesa está al caer. Minada en sus cimientos por la obra constante de los que a la evolución impulsan a golpes de revolución; relajada en su autoridad por la mayor conciencia capacitada de las muchedumbres a quienes el dolor les abrió al porvenir un horizonte

objetivo, más allá, y en cierta forma independiente, de las formaciones sociales en las que se desarrollara.

107.- *La Protesta*, 5/3/1919: “De la Revolución. La Dictadura del Proletariado”, p. 1 y 2.

108.- *La Protesta*, 13/11/1917, p. 2; 4/12/1917, p. 2.

109.- *La Protesta*, 17/2/1918: “El Ideal en marcha”, p. 2.

110.- *Tribuna Proletaria*, nº 30, 31/8/1919, p. 1.

de luz, por la obra de la ideas; conmovida en sus puntales por los formidables ataques de los actuales alpinistas del futuro –los anarquistas...”¹¹¹

Esta “nueva era” que la revolución rusa había iniciado resaltaba esa lectura en clave de preludeo, de anuncio de la catástrofe: “...la sociedad burguesa está al caer [...] La derrota burguesa ha comenzado en Rusia [...] de Rusia saltan chispas que iluminan la alborada”¹¹². Remarcada una y otra vez por los escritores libertarios, además de significar un corte en el proceso histórico, era el anuncio de una transformación destinada a ser mundial:

“La sociedad burguesa está al caer [...] su derrota comenzada en Rusia presagia florecimientos magnos, plasmadores de ideales nuevos [...] la revolución en Rusia, las sediciones en España, Francia, Italia e Inglaterra, y las revoluciones en Hungría y Alemania, y los conatos en el mundo todo [...] son las infaltables avanzadas, síntomas del estallido final, nuncios de borrascas sociales que se desencadenarán barriendo todo lo caduco con la potencia huracanada de su empuje”¹¹³.

La apelación alegórica a las imágenes de unas fuerzas naturales desenfrenadas e irresistibles para expresar la densidad del cambio y el poder contenidos en una revolución –apelación similar a la que circulaba en la literatura utópica ácrata–, obedecía a la imposibilidad de testimoniar esa potencia con las nociones habituales de las fuerzas sociales en pugna en momentos no revolucionarios. Los expresiones en este sentido son innumerables. Además, las representaciones apocalípticas se entrelazaban con la idea de la revolución rusa como preludeo de una conmoción social a escala planetaria y con las características redentoras de esa conmoción:

“...la chispa rusa ha provocado el devastador pero purificante incendio de la mundial revolución social”¹¹⁴

En el mismo sentido que la acción del “volcán” de Ferrari o los incendios de Quiroule, la revolución rusa era presentada como “devastador” y “purificante incendio”, es decir como destrucción redentora. De la misma manera se expresaba otro escritor anarquista:

111.- *Tribuna Proletaria*, nº 32, 3/9/1919, p. 1.

112.- *Ibidem*.

113.- *Ibidem*.

114.- *La Protesta*, 17/2/1918, p. 2.

“...Relámpagos de fuego, que anuncian el choque fragoroso de dos potencias, de dos clases sociales en lucha, rasgan a intervalos las tinieblas que envuelven los enigmáticos destinos del porvenir. Y, en lontananza fulgores rojos de una aurora de bonanza y de paz, pugnan por abrirse camino en medio del caos actual, para alumbrar finalmente a una humanidad purificada y redimida”¹¹⁵

Aún con variaciones dentro de las diversas tendencias y perspectivas de este heterogéneo conjunto que era el anarquismo argentino de principios de siglo, el imaginario fuertemente utópico de esta corriente sesgó estas primeras apropiaciones de la revolución rusa. Imágenes y conceptualizaciones que están impregnadas de los elementos simbólicos que vertebraban la literatura utópica y el discurso político ácratas. Las escrituras, casi en términos de profecía cumplida, llevaban los trazos incendiarios y apocalípticos, aunque también redentores, con los que el anarquismo gustaba representarse la revolución. Mezclando sus deseos con la realidad, apelaron a las imágenes de la revolución soñada para caracterizar los sucesos rusos; así, el «devastador incendio», el cataclismo redentor y «purificante», y el inicio de los nuevos tiempos, de la nueva era planetaria, recorrían sus periódicos y publicaciones.

Era ésta tanto una operación discursiva destinada a mostrar la cesura que implicaba aquella revolución como otra que buscaba, implícitamente, entroncarla con el pensamiento y la práctica ácrata. Las intervenciones que buscaban edificar una interpretación sobre la revolución rusa, además de tener como objetivo confrontar con las que se hacían desde los periódicos y revistas liberal-conservadores, radicales o socialistas, se proponían otorgarle un sentido histórico que revirtiera en términos legitimantes sobre las actuaciones locales de los revolucionarios ácratas. Así, la significación de la revolución rusa como “ruptura epocal” era entonces el prelude de una más vasta transformación de orden mundial, ya anunciada por los profetas del anarquismo, y las páginas de los periódicos libertarios seguirán con detenimiento los sucesos revolucionarios que, poco después del Octubre rojo, se desarrollaron en Europa Central, como también los años rojos italianos y españoles y los conflictos sociales en EE.UU, Inglaterra o Francia. Esa ruptura era así el tan esperado inicio del fin del capitalismo, era “la revolución

115.- *Tribuna Proletaria*, nº 34, 5/9/1919, p. 2.

que venía”, y eso influyó también en la lectura de los acontecimientos locales por parte de muchos de los anarquistas que aquí actuaban. El aumento de la conflictividad social, la presencia de la clase obrera como sujeto de envergadura en esta coyuntura, alentaron esas lecturas “anhelantes” de emancipación y fueron vistos a través de la lente de la revolución mundial ya iniciada.

IV. 2. El desafío de la revolución realizada

La relación entre el imaginario anarquista y la revolución rusa tiene dos aspectos que, en su influencia recíproca sólo son discernibles analíticamente y a los fines de esta exposición. Por un lado, la revolución, como traté de mostrar, tiende a ser des-cifrada a través de las figuras que vertebran ese imaginario revolucionario utópico-restaurador; por otro lado, la revolución rusa comporta elementos ajenos a la tradición del ideario anarquista, colocando dichos aspectos de su específica experiencia dotados de la legitimidad propia de una revolución efectivamente realizada. Es que la revolución rusa planteaba un problema sustancial para las corrientes libertarias: si la utopía había dejado de ser un no-lugar y se recortaba como inicio de un nuevo tiempo histórico, la revolución rusa actuaba entonces como nueva referencia histórica. En tanto tal, reafirmar su ejemplo era ratificar, en el propio lugar, la revolución –su necesidad tanto como su ineluctabilidad. Esta constitución de la revolución rusa como referencialidad para el movimiento revolucionario corría el riesgo de erigir el particular derrotero ruso en el modelo que los revolucionarios de otras tierras debían emprender si querían triunfar. Aún cuando la mayoría de los anarquistas no cedieron a esta tentación, en este primer año y medio que sigue a noviembre del '17, y a medias obnubilados por sus deseos y a medias por encontrar allí respuestas a desafíos de orden local, se embarcaron en la exaltación de la revolución tomando de ella incluso cuestiones reñidas con el ideario ácrata.

Uno de los primeros aspectos que promueve numerosas intervenciones en la prensa de esta corriente es la caracterización de los “maximalistas”. No es necesario repetir que los bolcheviques eran absolutamente igno-

rados en estas tierras. Por ello, se quería saber quiénes eran estos dirigentes, cuáles sus orientaciones políticas e ideológicas. En diversos artículos para *La Protesta* y otras publicaciones anarquistas, Juan Romanov, un judío ruso que escribía bajo el seudónimo de *Misha*, planteaba que el término *maximalista*, aún cuando originariamente aludiera a un grupo anarquista, era la designación de una alianza entre los sectores radicales de las distintas corrientes del socialismo ruso: “En un concepto libertario se hizo la coalición entre los más rebeldes, los más activos, los más válidos de los dos partidos [se refiere al socialdemócrata y al socialrevolucionario; RP] junto con los compañeros nuestros”¹¹⁶. De tal forma se veía la revolución dirigida por la unión de los grupos más radicalizados, “socialistas extremos, compañeros nuestros, anarquistas”¹¹⁷. Si la revolución rusa estaba siendo protagonizada, en su dirección, por los sectores libertarios, esto redundaba en una legitimación de las prácticas de esos grupos en la Argentina. Más aún, esa legitimidad ya no estaba dada sólo por un discurso o una teoría: era ahora la Historia la que venía a confirmar el camino emprendido. La profecía se estaba cumpliendo.

Es importante destacar que es justamente en estos años, entre 1916-17 y 1919, que tres corrientes se dibujaron con nitidez en el anarquismo rioplatense. Una de ellas, el “protestismo”, se agrupó justamente en torno a *La Protesta* y la FORA quintista; una segunda corriente, el “antorchismo”, surge a partir del alejamiento de los redactores de *La Obra* –fundamentalmente Teodoro Antillí y Raúl González Pacheco– quienes fundaron sucesivos periódicos, siendo los más importantes *Tribuna Proletaria* y *La Antorcha*, que aparecerán hacia 1919 y 1921 respectivamente.¹¹⁸ Finalmente, una tercera corriente a la que sus detractores denominaban anarco-bolchevique, tiene sus orígenes en el periódico rosarino *La Rebelión* en 1913, para posteriormente editar importantes publicaciones como *Bandera Roja* (1919), *El Comunista* (Rosario, 1920), *El Trabajo* (1921-22) y *El Libertario* (1923-1932), y nuevamente *La Rebelión* (1925). Durante este primer momento todos los

116.- *La Protesta*, 13/11/1917, p. 1.

117.- *La Protesta*, 22/3/1918: “La Revolución Rusa”, p. 1.

principales referentes políticos de las tres corrientes anarquistas apoyaron de una u otra forma la revolución rusa, aún cuando esas recepciones conservaran subterráneamente los disensos. Además todavía compartían las acciones políticas y sociales, y sus plumas circulaban por los periódicos de todas las tendencias, sobre todo cuando alguna de las publicaciones era prohibida por el gobierno (lo que sucederá luego de la Semana Trágica).

La inmediata enseñanza que los anarquistas parecían extraer de la caracterización que hacían del maximalismo era la de la necesidad de la unión de los grupos revolucionarios, sobre todo de los libertarios. Pero esta unidad no estaba limitada a la de las corrientes anarquistas ni tampoco a las que actuaban en suelo argentino: "Las fuerzas revolucionarias del continente americano deberían efectuar a la brevedad posible un congreso para confeccionar un programa máximo y establecer la forma de provocar simultáneamente la revolución en todo el continente. Y las minorías de cada región constituirse en un sólo block bajo la dirección inteligente de un comité secreto, subordinándose en tal forma los subcomités, que nunca pueda saberse de dónde parte la dirección"¹¹⁹. Ya en diciembre de 1917, el diario *La Batalla* de Montevideo publicó una encuesta sobre la revolución rusa que será luego reproducida en *La Protesta*:

1. La Revolución triunfante en Rusia, ¿Puede tener influencia en los demás países?
2. En tal caso, ¿Cuál debe ser la actitud de los anarquistas?
3. ¿Pueden las minorías revolucionarias de cada país, adueñarse de la situación?
4. ¿Es necesario concentrar los esfuerzos de las minorías para el futuro próximo?
5. ¿Es necesario un periódico para preparar las minorías?
6. ¿Habría conveniencia que todos, anarquistas, sindicalistas, etc., se aunaran y formularan, como los maximalistas rusos, un programa?"¹²⁰

Las dos citas precedentes reflejan con meridiana claridad que existía una marcada propensión a pensar en la real posibilidad de la revolución en América y específicamente en la región rioplatense. Que esto fuera así pa-

118.- Utilizo el término "antorchismo" para identificar a los grupos que conformaron esta corriente, la cual va tomando forma desde 1917, y aún cuando su nombre derive del periódico *La Antorcha*, que se editó a partir de 1921.

119.- *La Protesta*, 17/2/1918: "La Revolución Rusa y su influencia moral", p. 2

120.- Citado en Andreas Doeswijk, op. cit.

recería desprenderse, además, de una lectura de la revolución rusa en la que se asignaba un desmesurado peso a la élite de los revolucionarios. El maximalismo leído en clave vanguardista iba constituyéndose en el modelo de revolución. Incluso en un sesgo que no era del todo ajeno al anarquismo, la confianza en las virtualidades de la élite dirigente opacaban todo rol autoemancipador de las masas: "Si la revolución rusa fuera secundada por las minorías de las demás naciones, aunque el pueblo no esté capacitado para gobernarse por sí mismo, en cambio bajo la dirección inteligente de personas capacitadas se llegaría por etapas sucesivas, en un breve tiempo, al fin soñado"¹²¹. No sólo el proceso revolucionario pasaba a ser en esta interpretación una tarea de las vanguardias sino que también era concebido según los criterios de una estrategia de toma del poder, de encumbramiento de dichas élites para, desde la cima, construir el nuevo orden. En no pocas de las formulaciones anarquistas, la vanguardia eran aquellos hombres que con su acción convocaban al ejemplo y a la imitación, o con su prédica "abría cerebros". Pero la experiencia protagonizada por los bolcheviques reformulaba la relación entre una élite revolucionaria y las masas de oprimidos y explotados. Ahora, como diría Lukàcs, el problema de la organización política pasaba a primer plano.¹²² En las elaboraciones más cercanas a los lineamientos del bolcheviquismo, la unidad que se reclamaba era la de los grupos radicales de todas las corrientes de la izquierda en una fuerza política que disputara la dirección de un movimiento obrero también unificado, a través de una estrategia revolucionaria ahora emparentada con la toma del poder.¹²³

No es extraño, entonces, que la controvertida figura de la "dictadura del proletariado" fuera también rápidamente incorporada como parte del legado de la revolución rusa en la prédica ácrata: "La dictadura del proletariado, primera consecuencia de la revolución social, instrumento de progreso que emplean los pueblos para destruir todos los anacronismos sociales y que servirá de base a una organización basada en el principio humano de la producción libre y el libre consumo, es el verdadero peligro que ve [la bur-

121.- *La Protesta*, 17/2/1918: "La Revolución Rusa y su influencia moral", p. 2.

122.- Georg Lukàcs, **Historia y conciencia de clase**, 2 tomos, Madrid, Sarpe, 1985.

123.- Santiago Locascio, *Maximalismo y anarquismo*, Buenos Aires, Atilio Moro, 1919.

guesía]”¹²⁴. Este régimen era concebido no sólo en términos transicionales sino que se mantenían presentes las claves destructoras de la revolución: el objetivo de la dictadura del proletariado no era otro que la destrucción de la vieja sociedad –“los anacronismos sociales”. Además, no era esta dictadura un producto exclusivo del itinerario revolucionario ruso, sino una etapa necesaria e inevitable para toda revolución: “La dictadura del proletariado se opone a la oligarquía de una minoría parasitaria [...] La lucha de clases debe forzosamente conducir a este estado de cosas, ya que el proletariado, al imponer a la burguesía su dictadura, no hace otra cosa que asegurar su futura existencia y librarse del más terrible enemigo: el parasitismo”¹²⁵.

Incluso en relevantes figuras del anarquismo local, que pasados los años “olvidarán” sus posiciones de estos primeros momentos, la dictadura del proletariado y la fase transicional que seguiría a toda revolución eran claramente remarcadas y elogiadas. Emilio López Arango, en las páginas de *La Protesta* afirmaba que “la dictadura constituye la esencia, el fundamento de todo gobierno y en el período revolucionario, la dictadura es necesaria, ineludible para destruir las fuerzas de la oposición y matar el espíritu conservador acomodaticio de la clase productora. No es pues nuestra misión, como anarquistas, censurar la revolución maximalista ni los métodos empleados por el bolcheviquismo para hacerla triunfar”¹²⁶. Aún cuando López Arango separe el anarquismo del maximalismo¹²⁷, la necesidad de la dictadura es planteada tanto como instrumento para enfrentar a la burguesía como a los propios trabajadores (una dictadura, entonces, *sobre* el proletariado). De la misma manera, Diego Abad de Santillán –quien en 1927 afirmará sorprendentemente que *La Protesta* nunca comprometió su apoyo a la revolución bolchevique y a la dictadura del proletariado¹²⁸– afirmaba enfáticamente que “entre las dos dictaduras que luchan entre sí, para imponer su predominio, los anarquistas deberían ponerse del lado de la dictadura pro-

124.- *La Protesta*, 5/3/1919: “De la Revolución. La Dictadura del Proletariado”, p. 1 y 2.

125.- *Ibidem*, p. 2.

126.- *La Protesta*, 9/12/1919: “El Sentido Histórico de la Revolución”, p. 1.

127.- Ya en febrero del mismo año había afirmado que “hemos apoyado a la revolución rusa por su carácter eminentemente proletario, antiburgués [...] Pero, como anarquistas, no hemos depuesto nuestras ideas para abrazar el maximalismo”; *La Protesta*, 9/2/1919: “La República Social y los Anarquistas”.

letaria, para no favorecer a la opinión burguesa [...] En Rusia no se gobierna, se aconseja...”, para luego arremeter, en el mismo texto, contra los “punitanos”, en referencia a quienes para este momento ya eran los críticos de la revolución bolchevique.¹²⁹

También en Pierre Quiroule, que durante un tiempo simpatizará con los anarco-bolcheviques, se reflejó el impacto de la revolución rusa. Ya en **La ciudad anarquista americana** el proceso revolucionario era protagonizado por una selecta élite de revolucionarios europeos reclutados de distintas orientaciones, y la revolución se reducía a la tarea conspirativa y planificada en detalle por estos dos centenares de “Voluntarios de la Anarquía” – que contaban sólo con el apoyo de la Legión Libertaria compuesta por militantes residentes en *El Dorado*. El movimiento obrero no juega en esta revolución ningún papel; sólo es un espectador de la acción revolucionaria. En rigor, ni siquiera hay aquí una idea de vanguardia en el sentido de dirección de un movimiento socio-político de masas; a lo sumo hay una noción de vanguardia ideológica, de un grupo de personas portadora de una saber que las capacita para indicar y realizar el camino al reino de la felicidad. Son en todo caso, los mesías. Donde se nota la influencia del octubre ruso es en el momento inmediatamente posterior a la revolución. Si, como vimos, luego de producida la completa destrucción del orden se abría el momento de la construcción de la nueva sociedad, en su tercer texto utópico, que se publica en 1924 con el título de **En la Soñada Tierra del Ideal**, el autor introduce un período transicional: la Dictadura del Trabajo. De este momento nos dice que:

“En la época inmediata posterior a la Revolución y al derrocamiento del orden burgués imperaba el régimen sindicalista, en el que estaban centralizadas las energías productoras, entrando en las facultades de sus dirigentes el resolver sobre la oportunidad, convención y extensión de las obras a realizarse [...] Esta norma de sindicalismo, que duró 6 ó 7 años si bien menoscabó completamente las ansias de libertad [...] tuvo empero su lado bueno, por lo que hizo que desapareciera el parasitismo de clase y trajo, además, un relativo bienestar social al amalgamar todas las voluntades y orientarlas hacia las ocupaciones beneficio-

128.- Diego Abad de Santillán, “La Protesta. Su historia, sus diversas fases y su significación en el movimiento anarquista de América del Sur”, op. cit., pp. 65-66.

129.- *La Campana*, Santa Fe, 28/9/1919: “La Dictadura Proletaria”; citado en Andreas Doeswijk, op. cit.

sas [...] Pero este sindicalismo tenía en sí el germen de su propia descomposición y desaparición, porque es fatal que, bajo la presión consciente de las energías populares, tarde o temprano caiga para siempre derribado, cuando se alza en medio del camino como un obstáculo, el tesonero avance del espíritu de libertad humana”¹³⁰

Esta “etapa disciplinaria” si estrictamente elude el nombre de Dictadura del Proletariado, evidentemente lleva su marca; en el movimiento elusivo se pone de manifiesto todo lo que molestaba a este pensador el menoscabo de “las ansias de libertad”, pero aún así admite su necesidad como momento histórico ineludible. En **La ciudad anarquista americana** a Quiroule le bastaba con la construcción del reino de la libertad y la igualdad, sin importarle demasiado las condiciones materiales de vida; en su última utopía aparece el tema del bienestar social necesario –porque ineludible– como requisito para la gestación de la sociedad libertaria, bienestar alcanzable a través de ese régimen transitorio el cual, además, era la única forma de derrotar las fuerzas supervivientes al hecho revolucionario.

La revolución rusa colocaba así una serie de temáticas con las que el anarquismo tendría que lidiar. Muchas de ellas estaban ausentes en su imaginario revolucionario –como el problema de las condiciones materiales para la formación de una sociedad emancipada, o dicho en otros términos, la falta de reflexión sobre los problemas económicos, como también la total ausencia de una estrategia de poder–, y otras abiertamente en pugna con sus principios rectores. La cuestión de la política, manifiesta en esa tematización de la unidad de los revolucionarios como algo distinto de la unidad de las sociedades de resistencia o de los sindicatos, ya presente como desafío impuesto por la democratización del sistema político argentino, volvía ahora con la legitimidad inherente a lo que parecía la cristalización de anhelos largamente esperados. También la dictadura del proletariado, acriticamente incorporada en esta primera etapa, planteaba desafíos al ideario y la identidad anarquista; este régimen –aún cuando fuera pensado en términos transicionales– implicaba el mantenimiento del Estado y la autoridad, foco central del combate de las teorías y prácticas ácratas, al mismo tiempo que es-

130.- Quiroule, Pierre, **En la Soñada Tierra del Ideal**, citado en Luis Gómez Tovar, Ramón

cindía, en el momento de la revolución, la libertad y la igualdad. Sin embargo, la dictadura del proletariado podía ser concebida –y así lo era, todavía– como alternativa a la democracia, la cual creían había fracasado en Rusia entre Febrero y Octubre, al no resolver los problemas de los oprimidos. Esta inscripción del régimen soviético como alternativo a la democracia les permitía revalidar su denostación del nuevo sistema democrático en Argentina, a la par que reafirmar su identidad y unas prácticas y discursos seriamente conmovidos por la política yrigoyenista.

Asociado a los problemas de la vanguardia y la dictadura del proletariado, otro tema venía a sumarse y redimensionar las percepciones y los debates entre las filas libertarias: el problema del sujeto de la revolución. ¿Quiénes hicieron la revolución en Rusia? ¿Quiénes ejercían en Rusia la “dictadura”? o en todo caso, ¿quiénes en nombre de quiénes otros la ejercían? Esta cuestión no se evidenciará hasta el momento de los más álgidos debates que sobrevendrán a partir de 1919. Sin embargo ella estaba presente en la potenciación de las estrategias políticas de algunos de los grupos anarquistas más importantes.

Aún cuando las tres principales corrientes que se estaban dibujando en el mundo ácrata de la “región argentina” apoyaron la revolución rusa entre 1917 y 1919, argumentando además sobre la necesidad de incorporar al acerbo teórico y práctico libertario lo que esa revolución –preámbulo de una mundial– estaba demostrando, las lecturas, y los problemas que aparejaban, no terminaban de conjugarse en una interpretación unánime. El clima de contestación social y política de la posguerra, el crecimiento de ambas FORAS, aminoraban las contradicciones tanto de las tendencias anarquistas entre sí como entre el legado de esa tradición y lo nuevo que aportaba la experiencia soviética. Sin embargo las tensiones existían, y se debían también a problemáticas no directamente relacionadas con la revolución rusa. La democracia y las exhortaciones nacionalistas, las políticas de un gobierno populista, ya eran graves problemas para el anarquismo. Las tensiones se exacerbaban, sobre todo a partir de 1919, expresándose en un conflicto

entre los principios del anarquismo y la realidad de la revolución rusa; por detrás de éste, o mejor, junto con él, otros conflictos se adivinan.

V. Los debates en torno a la revolución rusa (1919-1921)

“Para nosotros los que hemos rechazado siempre la perniciosa acción política; para los libertarios de verdad; para los anarquistas sinceros [...] Ante la revolución comunista no hay más que una actitud consecuente: apoyarla. Hemos sido toda la vida hombres de acción y no pueden detenerla en esta hora solemne para el mundo esclavizado, doctrinarios trasnochados, definiciones impertinentes, ni actitudes ambiguas”

Diario *Bandera Roja*, abril 1919.

“Que disuene. Tal un golpe de bombo a destiempo que hace perder el compás a los mismísimos músicos viejos. Que disuene el anarquismo de todos los «ismos», vengan ellos de donde vinieren, de oriente o de occidente.

Que como una nota discordante ante tanto tornadizo, zurdo y adventicio, que se abrazan al último regüeldo «ideológico», al último hipo revolucionario, sea moscovita o musulmán.

Que disuene el anarquismo hasta de la madre que lo engendró y del viejo caduco que nos lo uyaculó.

Nuestro anarquismo de «hoy», no es, no puede ser el anarquismo de ayer, y menos, pero mucho menos el de anteayer.

Cerebros romos, mentalidades reblandecidas, no, y no están con el anarquismo que es rejuvenecimiento, vida, potencialidad y una «explosión de ideas sin bautizar».

No admitamos «putabilidades», ni canongías aquí, en este campo anarquista, ni rabinos, ni jefes, ni directores de orquesta.”

R. González Pacheco, 1919

Como consecuencia de la incrementada agitación social posbélica, emergieron numerosos periódicos de corte libertario, como *La Obra*, *Tribuna Proletaria*, *Bandera Roja*, *El Comunista*, *La Plebe*, *El Sol*, *Frente Único*, *Frente Proletario*, *Bandera del Pueblo*, *El Trabajo*, entre otros.¹³¹ Algunas de estas publicaciones tenían tiradas realmente sorprendentes; por ejemplo, de *Tribuna Proletaria* se editaban unos 10 mil ejemplares, mientras que de *Bandera Roja* se vendían alrededor de 20 mil y del anticlerical semanario *El Burro*, que dirigiera Orestes Ristori, 40 mil ejemplares; cifras que evidencian

131.- Para los periódicos que comenzaron a editarse en ese entonces, véase Diego Abad de Santillán (1927), op. cit., p. 68.

un notable incremento de la circulación de los periódicos anarquistas en estos años y por tanto la existencia de un público y un debate ampliados.¹³² En casi todos ellos y en secciones permanentes, se destaca la información sobre los acontecimientos europeos, sea la guerra civil en Rusia, los levantamientos revolucionarios en Alemania, Hungría o Italia, o los conflictos obreros en el resto de los países. Las más importantes de estas publicaciones periódicas eran editadas por grupos vinculados a alguna de las tres corrientes que se dibujan en el anarquismo argentino durante estos años: el protestismo, el antorchismo y los anarco-bolcheviques. Como decía antes, hasta el año 1919 la convivencia entre estas tendencias era más que aceptable, porque si no dejaron de existir roces y enfrentamientos, ello no mella el intercambio entre los más destacados integrantes de cada corriente. Pero a partir de ese año irán cambiando las opiniones de no pocos anarquistas respecto de la significación de los acontecimientos revolucionarios en Rusia, y estas modificaciones se inscribirán como parte de una disputa de raíces locales en torno a los principios y prácticas que debían regir al anarquismo y a las organizaciones obreras. De todas formas, entre 1919 y 1921 los debates entre las corrientes libertarias respecto de las significaciones de la revolución rusa transitaron todavía los terrenos de la tolerancia.

V. 1. Anarquistas bolchevizados

El sector del anarquismo más profundamente influido por la revolución rusa fue aquel que recibió de sus rivales la denominación de anarco-bolchevique –aunque cabe aclarar que ellos jamás aceptaron tal apelativo. Entre sus principales dirigentes se encontraban Enrique García Thomas, Eva Vivé, Antonio Gonçalves, Elías Castelnuovo, Julio Amor, Sebastián Ferrer, Luis Di Filippo, Hermenegildo Rosales, Julio R. Barcos, Santiago Lo-

132.- De todas formas habría que tener presente que desde la Semana Trágica de enero de 1919 *La Protesta* salió irregularmente hasta fines de marzo, y luego estuvo clausurada por el gobierno yrigoyenista, editándose clandestina y esporádicamente desde julio de 1920 hasta febrero de 1921, cuando le fue levantada la prohibición. A partir de entonces se publicó semanalmente, para volver a hacerlo diariamente desde el 28 de agosto de 1921. Las cifras de ventas de *Tribuna Proletaria*, en Fernando López, op. cit., las de *Bandera Roja*, en Doeswijk, op. cit., y las de *El Burro*, en Fernando Quesada, "La Protesta: una longeva voz libertaria", en **Todo es Historia**, nº 82, marzo de 1974 y nº 83, abril de 1974.

cascio, Pierre Quiroule, José Torralvo, Juan Lazarte, Atilio Biondi, José Vidal Mata, Jesús M. Suárez, Sara Yacoub, Orestes Ristori.

El grupo anarco-bolchevique publicó varios periódicos entre 1918 y 1930, y desplegó una intensa actividad sindical y propagandística. Sus orígenes se remontan, según el informado estudio de Andreas Doeswijk, a un periódico rosarino, *La Rebelión*, el cual comenzó a publicarse en enero de 1913.¹³³ Los redactores de *La Rebelión* se instalan en Campana en febrero de 1918, fusionándose con un periódico local, *Voces Proletarias*.¹³⁴ En abril de 1919 el grupo pasó a editar en Buenos Aires el célebre *Bandera Roja*, del cual sólo salieron 35 números, ya que fuera rápidamente clausurado además de que varios de sus integrantes fueron sometidos a juicio y encarcelados justamente por apología del maximalismo; a pesar de su corta vida, este periódico logró un fuerte impacto no sólo en los ámbitos libertarios sino también entre la militancia socialista (del PS y del recién formado PSI). Su nombre no era otra cosa que la apropiación de la denominación del vocero espartaquista, *Die Rothe Fahne*, y su edición estaba estrechamente ligada a los objetivos que los anarco-bolcheviques pretendían darse a partir de una perspectiva fuertemente influida por una lectura distintiva de la revolución rusa, de la cual, por otra parte, también desprendían una caracterización de la situación social y política en la Argentina.

El impacto de la revolución rusa aceleró ciertas orientaciones en este grupo de libertarios quienes, antes y después de la Semana Trágica, realizaron un enorme esfuerzo por modificar ciertas pautas cristalizadas en el movimiento obrero y también entre las filas de los anarquistas. Respecto de los trabajadores organizados, propugnaron la constitución de "sindicatos por industria", esto es, organizaciones gremiales que tomaran como criterio de

133.- Lo mismo afirma Abad de Santillán, op. cit., p. 68.

134.- En las discusiones para esta "fusión" de grupos también participaron quienes luego serían antorchistas, Teodoro Antillí y R. González Pacheco. Que finalmente no se unieran fue producto de divergencias en torno al nombre del futuro periódico que expresaría al nuevo agrupamiento. Es destacable que los integrantes de *La Protesta* boicotearon sostenidamente esa fusión, demostrando su hostilidad hacia el grupo que lideraba Enrique García Thomas, que luego será estigmatizado como anarco-bolchevique; y, ciertamente, todavía no estaban de por medio las acusaciones relacionadas a su identificación con la revolución rusa, ya que *La Protesta* apoyó sin críticas el régimen soviético hasta 1921. Ver Andreas Doeswijk, op. cit. Sin embargo, luego de ese enfrentamiento, renombrados protestistas como López Arango escribieron asiduamente, hasta 1921, en publicaciones anarco-bolcheviques.

pertenencia el conjunto de la línea productiva y de comercialización, subsumiendo en ellas las agrupaciones por oficio —aún cuando éstas no perdieran toda autonomía. Por supuesto que debían seguir siendo agrupaciones horizontales y voluntarias, pero el propósito del “sindicalismo industrial” era superar el fraccionamiento del movimiento obrero, potenciándolo en la unificación, en la capacidad de acción unitaria. Algunas relevantes organizaciones sindicales de esta posguerra, tanto por los criterios que esos agrupamientos emplearon como por el protagonismo que asumieron en distintos conflictos, fueron fundadas por los anarco-bolcheviques. Desde esta preceptiva, por ejemplo, crearon durante 1919 la Federación Obrera de la Región Portuaria (la FORP, o “la Portuaria”), en la que buscaron nuclear los gremios de estibadores, conductores de carros y carboneros del puerto, con la conformidad de la FOM e incluso con el propósito de ser parte integrante de esta última; pero también incluyeron a estibadores y carreros de las estaciones ferroviarias de la pampa cerealera. Los evidentes objetivos eran darle al movimiento obrero la potencialidad de incidir sobre toda la línea de producción y comercialización de un sector clave de la economía agroexportadora. Un conflicto entre una de las agrupaciones se traduciría, según esta perspectiva, en uno que involucrara desde los estibadores de la pampa hasta los marítimos de la FOM, pasando por todos los oficios involucrados. Aún cuando no lograran unificar a todos los trabajadores portuarios —y demás está decir que a muchos menos trabajadores de la pampa cerealera—, sí llegaron a dominar enteras secciones del puerto, y la misma constitución de la FORP era ya un cambio importante en la tradición más clásica del anarquismo local y más cercana a lo que podría denominarse anarco-sindicalismo —que acusaba el influjo del modelo unionista industrial de la IWW. La influencia anarco-bolchevique en este gremio portuario era tan pronunciada que en su reunión fundacional se discutió el tema de la conveniencia o del rechazo de la “dictadura del proletariado”.¹³⁵ Con los mismos criterios constituyeron la UTA (Unión de Trabajadores Agrícolas), también en el año 1919, logrando una fuerte implantación en la zona sur de la provincia de Buenos Aires, y, para

135.- Andreas Doeswijk, A., op. cit.

seguir ejemplificando, la Federación Obrera Local de Rodados y Transportes, unión de gremios federados de toda la rama.¹³⁶

Esta perspectiva respecto de las organizaciones obreras era coincidente con la que en el mismo momento tenían los sindicalistas de la FORA IX. Esta federación, en su X Congreso de fines de 1918, modificó el artículo 11 de su carta orgánica, derogando el Pacto Federal de 1904 que imponía la sindicalización por oficios que debían adherir a federaciones locales. Desde este momento la FORA sindicalista promovería la creación de Federaciones por Industria. Pero además de esta coincidente orientación de sindicalistas y anarco-bolcheviques, existía una perspectiva común en cuanto a la relevancia del trabajo político-social en lo referente al conflicto entre trabajo y capital por el control del lugar de trabajo, del proceso productivo y de la mano de obra (formas de trabajo, tiempo libre, contrataciones, etc.).

Este privilegio otorgado al proceso de trabajo era mucho más pronunciado entre los sindicalistas, para quienes la ocupación del espacio laboral y la intervención obrera en la selección de la mano de obra o en las condiciones de realización de las tareas productivas, habían pasado a formar un aspecto sustancial de su propia teoría revolucionaria, la "teoría del embrión". En cambio, para los anarco-bolcheviques era una más, por cierto fundamental, de las distintas dimensiones que componían la lucha de clases. De todas formas, y más allá de estas diferencias, ambos sectores otorgaban una centralidad tal al movimiento obrero que, en cierta medida, implicaba disrupciones con la tradición teórica del anarquismo, aun cuando las prácticas de este último estuvieran principalmente desplegadas en ámbitos laborales y su base social fuera eminentemente obrera. En palabras de tres de los más destacados dirigentes sindicales anarco-bolcheviques: "Hemos sostenido –y esto exasperó siempre a los «puros»– que los organismos sindicales, que equivale a decir potencias del trabajo, no son unos simples ostentadores de declaraciones más o menos revolucionarias o filosóficas, sino que encarnan, por esa exclusiva potencia, la redención total del proletariado.

136.- Cfr. Andreas Doeswijk, op. cit., ; también *Bandera Roja*, nº 21, 21/4/1919, p. 3. Según Bilsky la Federación Obrera Local de Rodados y Transportes no llegó a constituirse; cfr. Bilsky (1984), op. cit., p. 29.

Los creemos factores inminentes de revolución y órganos funcionales en la postrevolución...”¹³⁷

Durante los años 1919 a 1921 los anarco-bolcheviques ocuparon puestos de dirección en la FORA Comunista y desde allí reforzaron las tendencias a la unificación de las federaciones obreras, tendencias ya presentes desde 1917. De estas iniciativas fusionistas surgirá un Comité de unificación durante el año 1921, cuyo fracaso obedeció tanto al hostigamiento de los sectores cercanos al protestismo y al antorchismo, como a la nula solidaridad de los sindicalistas con los huelguistas de Las Palmas, primero, y de la Patagonia después. Mientras naufragaban los primeros intentos de fusión de ambas FORAs, y como parte de ese “naufragio del fusionismo” en el seno del quintismo, los anarco-bolcheviques sufrieron la expulsión de sus principales dirigentes de la dirección de la Federación. A partir de ese momento – fines de 1921– los mismos anarco-bolcheviques (que se integraron con varios gremios autónomos a la recién fundada USA, en 1922) protagonizarán un debate interno sobre sus posiciones respecto a la Rusia soviética que finalizará con la escisión del grupo en dos corrientes, una de ellas volcada hacia el anarco-sindicalismo y que rechaza la anterior identificación con la revolución rusa, mientras la otra mantenía en gran medida los principios con los cuales la corriente anarco-bolchevique se había formado.

Por otro lado, y en relación a las formas de asociación libertarias, los anarco-bolcheviques también tuvieron iniciativas disruptoras. Promovieron la conformación de una organización, federada y por afinidad, de los anarquistas rioplatenses, argumentando la necesidad de la existencia de la misma como algo distinto de las organizaciones sindicales. Aunque se negaron a denominarla organización política, al plantear la constitución de un fuerza mínimamente organizada que luchara por la dirección del movimiento obrero, y al concebirla en términos de disciplina y homogeneidad político-ideológica, estaban de hecho propugnando la gestación de una fuerza políti-

137.- “Un proceso de Moralidad Sindical” (29 de junio, 1921), folleto firmado por Antonio Gonçalves, Sebastián Ferrer y J. Vidal Mata, dirigentes sindicales anarco-bolcheviques expulsados de la FORA Comunista en 1921. En un sentido similar se expresaron los anarco-bolcheviques Manuel Porteiro y José Torralvo; Manuel Porteiro, *Orientación del proletariado*, Buenos Aires, Edición de la Unión Desolladores de Frigoríficos de la Patagonia, 1920, pp.

ca. Además, y fundamentando sus perspectivas en Bakunin, Malatesta y Fabbri, argumentaron que era esta organización la que debía ostentar el apelativo de comunista-anárquica, y no la federación sindical, lo que los llevará a enfrentarse con las posiciones del antorchismo primero y del protestismo más adelante. En esta senda y a pesar de que su influencia en las direcciones sindicales estaba ya en declive, los anarco-bolcheviques fundaron en 1923 la Alianza Libertaria Argentina (ALA); no obstante, en el mismo momento de su creación la nueva agrupación contenía en su seno orientaciones distintas respecto tanto de lo que ella misma debía ser –disputar la dirección de los trabajadores al interior de la USA o ser un agrupamiento de formación ideológica adherido a dicha central– como de sus alianzas a nivel internacional –relacionadas con el distanciamiento respecto de la experiencia soviética de la mayoría de los anarco-bolcheviques. La influencia de los más fervientes pro-moscovitas había, para 1923, menguado considerablemente, y la mayoría de los integrantes de esta corriente pasaron a cuestionar la revolución rusa y en la práctica se identificaron con el anarcosindicalismo. Quienes siguieron fascinados con la experiencia soviética, como el propio líder del grupo, Enrique García Thomas, fueron expulsados de las mismísima ALA, para conformar en 1924 un agrupamiento de nombre similar y editar un nuevo periódico que recogió el nombre de la primera publicación rosarina, *La Rebelión*.¹³⁸

Durante la más que interesante trayectoria de este grupo, sus principales referentes –entre los que hay un importante cantidad de dirigentes sociales, agrarios y sindicales–, pretendieron “capitalizar” el impacto de la revolución rusa en dos sentidos: extraer de ella lecciones para la práctica revolucionaria en la Argentina, y al mismo tiempo reformular los principios y las prácticas anarquistas. Sus escritos se caracterizaron por un marcado optimismo y por una permanente invitación a la acción, a la par que declaraban imperiosamente la necesidad de abocarse a un estudio más minucioso de la realidad social y económica argentina. Lo primero que llama la atención de la recepción que estos anarquistas hicieron de la revolución rusa es

75-81; José Torralvo, *La revolución. Estudio constructivo de la civilización del trabajo*, Avellaneda, Centro Cultural “Nuevos Caminos”/Agrupación “Ultra”, 1921, pp. 19-20.

138.- Andreas Doeswijk, op. cit.

que ellos fueron los más predispuestos a ver en la experiencia soviética el inicio de una transformación de alcance planetario, cuyo vertiginoso avance no sólo se evidenciaría en las similares y más radicales revoluciones espartaquista y húngara, sino también en el recalentamiento de las tensiones sociales en lugares tan remotos como la propia Argentina. Para los anarcobolcheviques había llegado el tiempo de la revolución:

“Con la Revolución Rusa el período de los grandes libertadores empieza. Rusia marcará las huellas a las revoluciones nacientes de otros pueblos hermanados en el sacrificio por el ideal, porque no hay que dudar que tras de Rusia se levantarán otras naciones e impondrán a los gobiernos retrógrados su suprema voluntad de surgir a la vida independiente, de gozar del derecho natural que la exuberante naturaleza concede al ser de mente sana y cuerpo fuerte”¹³⁹

El carácter redencionista del imaginario revolucionario anarquista, como puede verse, vuelve a dejar sus marcas. También aquellas trazas que leían en la revolución rusa una ruptura epocal abismal, donde la distancia entre topía y u-topía es inconmensurable: “Este mundo que nace será edificado sobre los escombros del viejo mundo sin valerse de ningún material usado para que su solidez sea bien cimentada”.¹⁴⁰ Este quiebre alcanza incluso al propio pensamiento, porque “si bien el mundo nuevo nace de una vieja teoría, ésta nunca ha pasado de una simple concepción sociológica, la realización de la obra recién se inicia”.¹⁴¹

De la misma manera representaban ese momento histórico en la tapa del n° 30 de su periódico *Bandera Roja*. En el dibujo de esa primera plana – que ocupa casi toda la página – aparece sobre la izquierda un soldado de pie, apoyado sobre la culata de su fusil y cuya bayoneta clava al suelo la mano derecha de un trabajador. Éste, en el centro y semiarrodillado, levanta su mano izquierda hacia un amanecer – que actúa de fondo de la ilustración – en el que la palabra “revolución” reemplaza al sol e ilumina el firmamento. A la derecha del trabajador, una niña repite el gesto, levantando su

139.- Santiago Locascio, op. cit., pp. 5-6. Más adelante afirma: “Un mundo nuevo nace. El pueblo ha comprendido la injusticia social. El pueblo ha intuido su inferioridad y la posibilidad de su elevación, y ya se dispone para recuperar su autonomía. Esa intuición ha sido claramente interpretada por todos los hombres de cerebro y de corazón, y todos se preparan a saludar la aurora del mundo que nace” (p. 32).

140.- Santiago Locascio, op. cit., p. 46.

141.- *Ibidem*.

mano derecha. Este número de la publicación es del 30 de abril de 1919, y su portada viene a saludar el 1º de mayo. Al pie de la ilustración, un texto anuncia al lector:

“Ya amaneció, y la estrella aparece magestuosa [sic] por el oriente europeo, llenando de júbilo nuestra alma. El capitalismo, encharcado en sangre, no quiere verla, y pretende impedir el advenimiento del día magnífico que presagia, arrojando sombras sobre la aurora que viene a deshacerlas...”¹⁴²

El uso por el autor de este texto del deíctico *ya*, que hace referencia al aquí y ahora, es la afirmación del momento presente como uno revolucionario, a diferencia de las apelaciones usuales a la revolución como un momento por-venir. Paralelamente, la metáfora del “amanecer” expresa tanto el nacimiento, el inicio, como que el mismo tiene lugar por el este, por ese “oriente europeo” que no es más que la revolución rusa. Estas imágenes, que se repetían en las publicaciones anarco-bolcheviques, reafirman esa primera recepción de la revolución rusa como ruptura epocal e inicio de otro tiempo histórico, y por tanto como preludio del “advenimiento del día magnífico”. Pero además de encontrar una justificación a estas percepciones a través de resaltar los rasgos de heroicidad y magnificencia, y de su extensión por el continente europeo, los anarco-bolcheviques fundamentaban también estas impresiones apelando a la comparación histórica con la Revolución Francesa: “...cuando la conmoción del ochenta y nueve puso los destinos del mundo en manos del capitalismo, éste se lanzó audazmente a las más grandes empresas [...] Todo se puso en movimiento...”, y ese movimiento correspondería ahora a la expansión vertiginosa de la nueva sociedad emancipada.¹⁴³ Cuando lo que se producía era un ruptura del tiempo histórico, un quiebre en la continuidad de un orden social para ser reemplazado por otro, nada puede ya detener ese proceso revolucionario. Al igual que la francesa, la revolución rusa era un movimiento ecuménico.

También el conocimiento científico brindaba un sostén argumentativo para esta lectura del cambio social. Desde aquella revolución burguesa, la

142.- *Bandera Roja*, nº 30, 30/4/1919, p. 1-2. Apreciaciones similares en *Bandera Roja*, nº 21, (21/4/1919), nº 23 (23/4/1919), nº 29 (29/4/1919), nº 31 (2/5/1919), nº 32 (3/5/1919), 33 (4/5/1919) y 34 (5/5/1919).

143.- *Bandera Roja*, nº 30, 30/4/1919, p. 2.

ciencia se habría orientado "...hacia el estudio de los orígenes de los seres, las instituciones y las sociedades humanas, dejando asentada como una verdad científica la transformación continua del cosmos, del mundo y de la vida, y demostrando falso el concepto que sostenía la teoría de las especies fijas en el campo biológico y la persistencia de las mismas instituciones políticas y sociales [...] La burguesía niega, entonces la ley natural de la transformación constante, al creer en la perpetuidad de su predominio; y los trabajadores están ubicados en un terreno estrictamente científico al luchar por la implantación del concepto de justicia, perfeccionado por la evolución moral individual y colectiva"¹⁴⁴. La inevitabilidad del triunfo residía precisamente en que era la manifestación de un proceso evolutivo que parece estar más allá de las voluntades humanas:

"Si nuestras esperanzas tiene el apoyo de los más seguros postulados del saber; si la burguesía está colocada en el movedizo terreno de la mentira, el triunfo de los ideales simbolizados en el día 1º de Mayo, es un hecho que nadie puede contrarrestar. Y la verdad ya está triunfando. Los pueblos sumidos en el caos más horrendo por la manía dominadora del capitalismo, abren los ojos a la luz que surge en los países más grandes de Europa, y que pronto, muy pronto, iluminará al mundo, llevando a él paz, orden y justicia"¹⁴⁵.

El conocimiento científico viene, en estas consideraciones, a brindar un nuevo sustento argumentativo a las expectativas revolucionarias, porque ellas tendrían así un fundamento objetivo, más allá de los puntos de vista individuales o de clase. Al mismo tiempo, la dicotómica construcción argumentativa donde la verdad pertenece a los revolucionarios y la falsedad (o la mentira) a quienes sostienen el *statu quo* porque se privilegian del mismo – contrariando las leyes objetivas de la evolución de las sociedades–, adicionaba a la posición revolucionaria un criterio moral del que sería indigno sustraerse. Esa moralidad estaría dada por una peculiar mixtura entre el predominio de la verdad –ella misma una preceptiva moral– y la necesidad de subvertir una realidad oprobiosa, fundamentada también desde una ética de la libertad y la igualdad. Sin embargo, para que ese proceso se coronara hacían falta la acción y voluntad humanas; era aquí donde entraba en juego

144.- *Ibidem*.

145.- *Ibidem*.

decisivamente la revolución rusa, pues los anarco-bolcheviques fueron entre los anarquistas quienes sostuvieron por más tiempo la obligación de incorporar al acervo revolucionario ácrata las enseñanzas que la experiencia rusa brindaba.

Pero para 1919 esto ya no era tan simple. A esta altura era más que conocido que los “maximalistas” rusos no eran anarquistas, ni una conjunción de distintas vertientes revolucionarias entre las cuales estuvieran estos últimos. Los bolcheviques se definían como marxistas y como tales eran, para el anarquismo, *políticos y estatalistas*. Es cierto que **El estado y la revolución** de Lenin permitió una lectura “anarquista” del bolchevismo, e incluso como mencionaba más arriba la revolución rusa impregnó con nuevos términos y conceptos a un anarquismo que, más allá de sus tendencias, uniformemente aceptaba la reformulación de su propio ideario a la luz de la revolución efectivamente realizada. Pero el hecho de que los bolcheviques fueran marxistas cambió ciertas apreciaciones sobre la revolución rusa, sobre todo en lo referente a la continuada existencia del estado, que para algunos anarquistas no era tan diferente de cualquier otro estado. Dado que desde mediados de 1919 las críticas a la revolución rusa comenzarán a emerger entre las filas libertarias, los anarco-bolcheviques se vieron en la obligación de desplegar una batería de argumentos que implicaban tanto una defensa como una distancia respecto de la experiencia que tenía lugar en el país de los soviets.

Uno de los discursos de esta corriente libertaria buscaba separar a los bolcheviques de la tradición socialista democrático-parlamentaria. En un largo artículo que finalmente queda inconcluso por la prohibición del periódico *Bandera Roja*, Manuel Porteiro buscaba refutar una a una las objeciones que los socialistas “reformistas” hacían al maximalismo; lo interesante es que la operación político-discursiva de Porteiro se ubicaba en el terreno del marxismo, para demostrar la posibilidad de ambas lecturas de Marx:

“En estos tiempos en que la figura de C. Marx aparece como la de Cristo en tiempos de los mártires del cristianismo, todo el mundo recurre a las fuentes del marxismo, y las palabras del «maestro» andan en boca de tirios y troyanos [...] sucede con las sentencias de Marx, lo que con los preceptos cristianos: Los partidarios de la sumisión, que todo lo esperan de Dios, citan en su apoyo aquello de que hay que presentar

la mejilla izquierda cuando a uno le abofetean la derecha, y los partidarios de la rebeldía, los latigazos con que el Nazareno fustigó a los mercaderes del templo. Hay, pues, en toda fuente doctrinaria, agua para todos los gustos...”¹⁴⁶.

Si ambas lecturas eran posibles, sus consecuencias políticas eran antagónicas. Fue la interpretación de Marx en clave parlamentarista la que llevó a los socialistas “democráticos”, según Porteiro, a oponerse a la revolución rusa y a los métodos bolcheviques, arguyendo su repudio a la violencia y su pretensión de lograr la transformación social por vía parlamentaria y pacífica. Pero –agrega– fue también esa lectura la que los llevó, entre los marxistas, a descargar sobre los pueblos de Europa la mayor de las violencias, apoyando en nombre de la civilización y el nacionalismo la más cruenta de las guerras.¹⁴⁷ Ataques al PS como el anterior recorrían casi diariamente las páginas de *Bandera Roja*. La intención de los articulistas, que seguían atentamente los debates al interior del socialismo argentino, era destacar las contradicciones entre el carácter conservador de su cúpula dirigente y el ímpetu revolucionario de su militancia y su base obreras: “Este espíritu reaccionario en los dirigentes del PS se fue acentuando en oposición al espíritu libertario de las masas, cada vez más intenso, en razón de las noticias optimistas que, relativas a la revolución, llegan de Europa diariamente...”¹⁴⁸. El ataque al socialismo parlamentarista no sólo se debía a la vieja disputa con el PSA por el espacio y la identidad de izquierda y a una búsqueda por atraer sus bases militantes hacia las corrientes libertarias¹⁴⁹; también tenía como objetivo la institución de otra tradición del socialismo marxista: el socialismo revolucionario, como lo designaban los anarco-bolcheviques. Si “los socialistas reformistas han olvidado el concepto revolucionario del marxismo y hacen tabla rasa de él, esperándolo todo de la diosa «Democracia»...”¹⁵⁰, los socialistas revolucionarios pueden reconocerse en las figuras de Karl Liebknecht y Rosa Luxemburg, de Jaurés y Adler, de Bela Kun, Lenin y Trotsky, “hermanos de causa, aunque ellos obren en nombre del socialismo

146.- *Bandera Roja*, nº 34, 5/5/1919, p. 2.

147.- *Ibidem*.

148.- *Bandera Roja*, nº 23, 23/4/1919, p. 1-2. Ver también *Bandera Roja*, nº 21, 21/4/1919, y el editorial y el artículo de Santiago Locascio en el nº 25, 25/4/1919.

149.- *Bandera Roja*, nº 21, 21/4/1919, p. 1.

y no lo hagan invocando el ideal más perfecto y más sublime que sustentan los defensores del comunismo libertario”¹⁵¹.

Las críticas a los socialistas se extendían al recién formado Partido Socialista Internacional –luego Partido Comunista. En un reportaje aparecido en *El Comunista*, García Thomas opinaba que no podía haber acuerdos con el PC si éste no abandonaba su política de avasallamiento bajo su dirección de las organizaciones de trabajadores, y agregaba que “...no basta haberse sumergido en las aguas lustrosas de Moscú para acreditarse revolucionario”¹⁵². Con los comunistas argentinos había tanto una controversia político-ideológica como una disputa por las relaciones con la III Internacional. Los anarco-bolcheviques intentaron establecer una línea independiente del PCA para vincularse a los bolcheviques. Un ejemplo de ello fue el denominado “Affaire internacional”, designación con que *La Organización Obrera* –órgano del quintismo– refirió las entrevistas que en Montevideo y Buenos Aires mantuvieran destacados dirigentes anarco-bolcheviques y un tal Watson Davis, supuesto representante de Moscú.¹⁵³

Es que este grupo de anarquistas no pretendía renegar de sus ideales para abrazar el marxismo, sino que creía hallar en la revolución rusa elementos capaces de enriquecer su propia tradición revolucionaria, y que incluso venían a confirmar perspectivas que ellos habían comenzado a proponer y desarrollar antes de 1917. Su apoyo a la revolución rusa nunca dejó de marcar cierta distancia: “...sin perder de vista nuestro ideal [...] estamos en el deber de apoyar decididamente, valientemente, sin peros y sin controversias, la acción revolucionaria más intensa, más heroica y más sincera que hayan presenciado los siglos, a cuyo calor se incubaba la realización de nuestros ensueños de igualdad económica y de libertad social”¹⁵⁴. Esto no

150.- *Bandera Roja*, nº 34, 5/5/1919, p. 2. Ver también *Bandera Roja*, nº 31, 2/5/1919, p. 2 y 4.

151.- *Bandera Roja*, nº 25, 25/4/1919, p. 1; ver también *Bandera Roja*, nº 34, 5/5/1919; Santiago Locascio, op. cit., p. 38 y ss. “Hemos afirmado rotundamente que los politiqueros del socialismo que actúan en el parlamento nada tienen que ver con el verdadero socialismo...”, *Bandera Roja*, nº 21, 21/4/1919, p. 1.

152.- *El Comunista*, 21/1/1921: “Reportaje a García Thomas”, citado en Doeswijk, op. cit. El periódico *El Comunista* lo editan en Rosario los anarco-bolcheviques luego del cierre de *Bandera Roja*, bajo la dirección de Jesús M. Suárez.

153.- Citado en Doeswijk, op. cit. Que los anarco-bolcheviques querían vincularse sin mediaciones con la III Internacional, ya lo había mencionado Bilsky (1984), op. cit., pp. 160-161.

154.- *Bandera Roja*, nº 21, 21/4/1919, p. 1.

implicaba resignar los ideales del anarquismo ante la realidad de la revolución, sino saber de las discrepancias entre las aspiraciones y su hechura material; el problema era sobre la actitud a adoptar ante un evento cuya densidad revolucionaria no podía negarse pero que de todas formas no era la plena cristalización de los sueños libertarios:

“¿Cabe, entonces, ni siquiera plantear el problema de la diferencia que pueda existir entre la tendencia que tiene la revolución iniciada en Rusia y nuestro ideal? No. Porque un libertario, por muy poco que comprenda el ideal que sustenta, sabe perfectamente que el comunismo que se está implantando en medio de dificultades enormes, no está sino en su punto inicial, no ha dado en su evolución más que unos cuantos pasos. Los «sabios» que insisten en la manía de señalar diferencias que todo el mundo conoce, pierden lastimosamente el tiempo y lo hacen perder a buenos compañeros, que distraídos por discusiones académicas, no pueden dar a su acción toda la energía que reclama el momento”¹⁵⁵

La actitud del anarquismo, según los militantes de esta corriente, debía ser el apoyo y la orientación del movimiento revolucionario, porque si el mismo no era plenamente libertario, su alcance podía llegar a serlo; para que esto ocurriera, los militantes anarquistas debían estar *con* la revolución.¹⁵⁶ Por otro lado, los anarco-bolcheviques acusaban a quienes desentendiéndose de la suerte de Rusia, implícitamente facilitaban las tareas represivas de la burguesía.¹⁵⁷ Aún cuando la revolución rusa no fuera lo que los anarquistas soñaron, aún cuando en ella encontrara el pensamiento libertario más de una cuestión que le decepcionara y hasta le repugnara, la actitud de los revolucionarios ante ese formidable evento era atender a todos los condicionantes que no permitían su realización plena como revolución anárquica —desde la particular situación rusa hasta la guerra civil desencadenada por la reacción blanca, pasando por el hecho de ser la primera experiencia revolucionaria triunfante con una dirección revolucionaria que no era anarquista—; teniendo todo esto presente, y justamente por ello, el apoyo no podía ser negado.¹⁵⁸

155.- *Ibidem*.

156.- *Bandera Roja*, nº 29, 29/4/1919, p. 2.

157.- *Ibidem*.

158.- Debatiendo con los antorchistas, el principal dirigente de los anarco-bolcheviques, Enrique García Thomas expresaba: “...Lo enunciamos así: ¿los anarquistas de la región argentina debemos solidarizarnos con el primer ensayo de revolución social verdadera, o,

La realidad de Rusia marcaba los límites de una revolución que no era más que paso inicial, pero también señalaba, en tanto revolución triunfante, las limitaciones y las necesidades de la propia tradición teórica anarquista. El intento anarco-bolchevique era, entonces, conjugar su propia herencia teórica con los nuevos elementos proporcionados por la revolución rusa. Como decía Santiago Locascio, el anarquismo “es una fracción del Socialismo, o mejor dicho, ambos se complementan”, para agregar que “el anarquista es el partidario de un estado sin gobierno (poder de estado) y regido simplemente por acuerdos mutuos, procediendo desde el reducido círculo seccional hasta la enmarañada federación internacional. Federaciones libres de ciudadanos que compondrán el libre concierto de las naciones. El espíritu de la constitución de la República Socialista Federativa de los Soviets de Rusia está de acuerdo con ésta mi definición [...] ¿Por qué, pues, no estudiar la nueva actitud revolucionaria de los pueblos y no poner en ella un poco de inteligencia y un poco de amor?”¹⁵⁹. De la revolución triunfante era preciso extraer enseñanzas. Pero ello implicaba la elaboración de una justificación del bolchevismo y de la dictadura del proletariado.

La inscripción teórica y práctica del “maximalismo” en el ideario anarquista era ensayada por los anarco-bolcheviques en función de responder a las críticas que comenzaban a esbozarse respecto de los métodos bolcheviques y del itinerario de la revolución rusa, pero también porque el corpus teórico-práctico del anarquismo debía ser renovado a la luz de la experiencia histórica. Implícitamente era además una operación que significaba una reformulación de la identidad ácrata. Ya lo percibía así Locascio, cuando argumentaba, respecto de las contradicciones entre “maximalismo” y anarquismo, que “...[e]ste choque aparente con las teorías nuestras producirá seguramente trastornos entre los adeptos: Las mentes sofisticadas y teóricas, sin nociones de la realidad, nos gritarán que somos los adaptados, los nuevos verdugos, quizás también los que abjuramos del ideal”¹⁶⁰. Énfasis en la

por el contrario, lo hemos de repudiar por no ajustarse con toda estrictez a los cánones del doctrinarismo anarquista?”, en *Tribuna Proletaria*, nº 42, 14/9/1919: “La Dictadura del Proletariado. La actitud anarquista ¿nos solidarizamos con los fines de la revolución rusa o los repudiamos?”, p. 2.

159.- Santiago Locascio, op. cit., p. 4.

160.- *Ibidem*, p. 39.

realidad frente a los principios abstractos. Para estos libertarios los principios del ideario anarquista no debían conducir a una impugnación en bloque de una realidad revolucionaria que presentaba variadas y obvias objeciones. Inversamente, las nociones e ideas rectoras del anarquismo no podían seguir intocadas por esa realidad. Así, la integración del bolchevismo y la apropiación de la experiencia soviética pretendía ser lograda tanto por esa apelación a la realidad verificada, como a la postulación de esa experiencia como momento de un proceso de más largo alcance. Desde las páginas de *Bandera Roja* afirmaban que al "...apoyar y propiciar la revolución rusa no apoyamos y propiciamos el maximalismo. ¡No! El maximalismo es circunstancial; la modalidad característica de un momento; el período de transición, ya previsto por Malato..."¹⁶¹. Esta limitada temporalidad del maximalismo ("el maximalismo es transición", afirma Locascio¹⁶²) intenta responder las discrepancias entre lo que sucedía en Rusia y los ideales anárquicos, diferencias que el avance del proceso revolucionario en Europa parecía disipar, porque según estos anarquistas "...la revolución que en Rusia empezó maximalista, en Alemania es espartaquista y en Hungría ya es la nuestra"¹⁶³. Ubicado como imperfecto momento inicial de una revolución que avanzaba hacia su perfección libertaria, el maximalismo pretendía así ser integrado a un corpus anarquista por ello mismo reformulado.

Esta integración teórica del bolchevismo conllevaba una decisión práctica para los anarquistas; frente a una revolución que no era plenamente anárquica, la actitud de los libertarios debía ser la de darle orientación, conducirla hacia la sociedad emancipada. Frente a los maximalistas, "...lo inmediato es estar con ellos [...] luego, procurar que se oriente[n] hacia un norte más bello; más humano y más justo"¹⁶⁴. Este énfasis en la acción tendiente a orientar el proceso, construida como oposición a la crítica doctrinaria que se desentiende de la marcha de esa historia, guardaba estrecha relación con las conceptualizaciones que, como se verá más adelante, elaboraron los anarco-bolcheviques como intento de síntesis entre el legado y las pro-

161.- *Bandera Roja*, nº 29, 29/4/1919, p. 2.

162.- Santiago Locascio, op. cit., p. 39.

163.- *Bandera Roja*, nº 29, 29/4/1919, p. 2.

164.- *Ibidem*.

yecciones emancipatorias del anarquismo y las “lecciones” prácticas de una realidad revolucionaria y revolucionada.

Sin embargo, a esta altura y frente a las críticas, la cuestión realmente a explicar era la paradójica situación de un grupo anarquista que, desde principios antipolíticos y antiestatalistas, sostenía la pertinencia de la dictadura del proletariado, es decir, la existencia de un estado en la sociedad posrevolucionaria. Sobre este último punto se centraron los debates en el anarquismo entre mediados de 1919 y fines de 1921. Las reflexiones de los anarco-bolcheviques respecto de la “dictadura del proletariado” eran por demás interesantes, y merecerían vincularse con la evolución de las discusiones y debates que sobre la revolución rusa tuvieron lugar en las mismas organizaciones gremiales, algo que lamentablemente escapa a los objetivos de este trabajo. En un primer momento, como ya señalé, la cuestión de la dictadura del proletariado fue tomada acríticamente por el conjunto de los anarquistas, suscitando además expectativas en torno a un régimen que, aparentemente, era una alternativa a la democracia parlamentaria. Entre 1919 y 1921, años cruciales para esta corriente anarco-bolchevique, sus principales referentes siguieron justificando el régimen soviético ante las críticas de la corriente antorchista, pero sus posiciones fueron variando paulatinamente frente a la realidad del gobierno ruso, manifestándose en desacuerdos cada vez más antagónicos, que luego de 1922-23 se tornaron en agrias disputas, expulsiones y “vueltas” de la mayoría de los integrantes de esta corriente a un anarquismo transfigurado en anarco-sindicalismo.

La justificación histórica, política y teórica de la “dictadura del proletariado”, se desprendía, en los análisis de estos pensadores, de la necesidad de derrotar la contrarrevolución y de sentar las bases para la sociedad futura —que no era otra cosa que abolir las distinciones sociales basadas en la propiedad privada. En un artículo publicado en *Tribuna Proletaria*, en momentos en que el periódico anarco-bolchevique *Bandera Roja* estaba ya prohibido, García Thomas se defendía de los ataques de los editores antorchistas a la revolución rusa, apelando primero al apoyo que le brindaban al

régimen de los soviets los anarquistas rusos¹⁶⁵, en particular Kropotkine, y en segundo lugar argumentando la transitoriedad del régimen gubernamental ruso:

“...[La] dictadura del proletariado ...[es] un modo de lucha puramente circunstancial, destinado a salvar el momento difícil para el desarrollo de la revolución”. [...] considerada como medida defensiva y transitoria, la dictadura proletaria nos parece una medida que en nada afecta el doctrinarismo anarquista [...] el momento es el menos propicio para buscarle defectos a ese gran ensayo comunista [...] Porque nos resistimos a creer que ... es preferible vegetar en la miseria paupérrima del régimen capitalista [...] Llegaremos a la perfección anarquista mediante una serie de tanteos y fracasos. La revolución rusa es el primer experimento en vastas proporciones [...] El canon doctrinario anarquista no corre riesgo alguno en la actual prueba revolucionaria. Si tal riesgo se presentara, creemos que la capacidad de los anarquistas rusos sería suficiente para sortearlo...”¹⁶⁶

Esta era una opinión muy diferente de la que el mismo García Thomas sostuviera sobre la revolución rusa en las páginas de *La Rebelión*, en 1918, afirmando que se trataba de “una total revolución de carácter anarquista”¹⁶⁷. Aún cuando siguió calificándola de “revolución social” –calificación que le otorgaba porque continuaba en la creencia de la preeminencia del anarquismo y el socialismo revolucionario en la dirección del proceso¹⁶⁸– el desplazamiento en cuanto a su carácter es evidente. Si los anarcobolcheviques, y también los protestistas, siguieron sosteniendo en este segundo momento (1919-1921) la necesidad histórica de la dictadura del proletariado en tanto fase transitoria e ineludible de todo proceso revolucionario, su permanencia requería de nuevos soportes teórico-políticos, y aún así es evidente un cambio en la caracterización del gobierno ruso, manifiesto en

165.- En realidad García Thomas se basa, curiosamente, en la falta de noticias respecto de la posición de los anarquistas rusos: “...que si no hemos recibido noticia de la oposición del vigoroso movimiento ruso [se refiere al movimiento libertario; RP] a la revolución es porque tal oposición no existe...”, *Tribuna Proletaria*, nº 42, 14/9/1919: “La Dictadura del Proletariado...”, p. 2.

166.- *Tribuna Proletaria*, nº 43, 16/9/1919: “La Dictadura del Proletariado (segunda parte)”, p. 2.

167.- *La Rebelión*, nº 44, 22/2/1918, p. 2. Este decenario se editaba, para esta fecha, en Campana, y era producto, como mencioné antes, de la fusión entre el grupo rosarino que publicaba un periódico del mismo nombre y el periódico *Voces Proletarias*, que en Campana editaba la agrupación “Mijail Bakunin”. Ver Andreas Doeswijk, op. cit.

168.- Decía García Thomas: “Es público y notorio que Pedro Kropotkine –una de las columnas más fuertes del anarquismo– trabaja en perfecto acuerdo con los soviets”; y agregaba que otros anarquistas ocupaban importantes funciones encomendadas por los soviets. *Tribuna Proletaria*, *Tribuna Proletaria*, nº 42, 14/9/1919: “La Dictadura del Proletariado...”, p. 2.

la distancia –mayor que en los primeros momentos– que los anarco-bolcheviques toman respecto del mismo.

En un debate que se hacía cada vez más espinoso y antagónico, otros partidarios de la revolución rusa escribían en *Tribuna Proletaria* sus reflexiones, orientadas a legitimar el maximalismo y las instituciones que ejercerían la dictadura proletaria, los soviets. Gabriel Biaggiotti volvía sobre la caracterización del maximalismo como fuerza revolucionaria: aún cuando no llevara a término la plenitud de las ideas anarquistas, “su obra de transformación, no es más que la anchurosa carretera por la cual se marcha hacia el equilibrio y la igualdad”, para agregar que si apoyar y cooperar con el bolchevismo no conducía a la sociedad del Ideal, “más se perdería [...] tolerando que la revolución cayera en poder de tendencias parlamentarias [...] que a la revolución cortaran su vuelo”¹⁶⁹.

Las intervenciones de los anarquistas partidarios de la revolución rusa tendían a entablar el debate desde dos perspectivas. Por un lado, demostrar que el apoyo a los soviets y la legitimación del gobierno bolchevique no comprometía ni significaba una renuncia al credo anarquista, basándose para ello en el comportamiento de los anarquistas rusos como en su propia independencia de criterios. En segundo lugar, reclamaban realismo a sus contrincantes libertarios: era la revolución rusa una efectivamente realizada, con todas las dificultades y problemas que ello conllevaba. Contraponer la realidad revolucionaria a las ideas que previamente se formaron de cómo esa revolución debía ser era, según los anarco-bolcheviques, un camino inconducente, que sólo llevaba a la inacción. Pero si esa realidad mostraba el proceso revolucionario tal cual era, resultaba vital, entonces, explicar el momento de la dictadura de clase ya no como una peculiaridad rusa sino como una resultante necesaria de todo proceso de transformación social. Uno de los argumentos justificaba la dictadura proletaria en tanto defensa frente a la contrarrevolución armada de los ejércitos blancos financiados por las potencias occidentales y frente a una resistente burguesía: “...todos sabemos que es un arma esgrimida tan sólo contra la burguesía y sus privilegios”, afirmaba García Thomas, y comparaba el gobierno soviético con el

169.- *Tribuna Proletaria*, nº 44, 17/9/1919: “El Maximalismo y los Anarquistas”, p. 2).

terror jacobino. A través de la dictadura del proletariado se lograría “la eliminación pacífica de los elementos recalcitrantes de las viejas instituciones y la absorción por la revolución de todos los restos utilizables del régimen caduco”, etapa absolutamente necesaria porque la burguesía no cedía voluntariamente sus privilegios.¹⁷⁰ Es más, la consideraba humanitaria, pues no había ocurrido “una noche de San Bartolomé de los burgueses”¹⁷¹.

Otra argumentación resaltaba que era la enorme mayoría de la población, de los explotados y oprimidos, la que se expresaba en la dictadura proletaria:

“...la clase afectada [dominada y explotada], debe imponer su dominio sobre el dominio ficticio de los actuales dominadores y reducirlos a la impotencia para después volverlos miembros iguales de los otros miembros de la sociedad.

Esta imposición se llama Maximalismo, estado transitorio entre el mundo viejo y el mundo nuevo, imposición que nace de la fuerza real de la sociedad, pues es la imposición de la mayoría efectiva...”¹⁷²

Esa “mayoría efectiva” la conformaban “...obreros, soldados, estudiantes, profesionales, escritores, maestros, y todos cuantos sienten la necesidad de una vida más equilibrada y más justa.”¹⁷³ El anarquismo nada debía temer de este régimen impuesto por los revolucionarios a fin de transformar relaciones sociales y conciencias, pues su carácter era evidentemente transitorio. La necesidad de este momento de la ley, de la violencia, provenía del hecho de que el cambio social “desgraciadamente... no se producirá ni uniforme ni pacífico. Hay muchas resistencias. Se imponen etapas fatigosas, sensibles desgarramientos”¹⁷⁴. Al mismo tiempo su transitoriedad residiría en la misma definición teórico-práctica que hace de esa situación una dictadura revolucionaria: al ser sus objetivos la abolición del privilegio basado en las inequidades sociales y la extinción de la minoría explotadora y dominante, como también la configuración de nuevas y fraternas formas

170.- *Tribuna Proletaria*, nº 43, 16/9/1919: “La Dictadura del Proletariado (segunda parte)”, p. 2.

171.- *Ibidem*, p. 2.

172.- *Ibidem*, p. 33.

173.- *Ibidem*, p. 47.

174.- *Ibidem*, p. 51. Unas páginas antes afirmaba que “...es una ley dictada por necesidad colectiva, es una ley impuesta por los más que son los productores contra los menos que han sido los amos [...] Lo que el amor y la persuasión aún no han podido alcanzar, lo hará la ley que es violencia, que es disciplina, que es dureza” (p. 46-47).

de relación entre las personas, cuando “esos menos hayan desaparecido como peligro social, cuando los más se hayan solidarizado intensivamente, entonces desaparecerá la ley, con ella la violencia y la dictadura”.¹⁷⁵ Esa minoría “parasitaria” es descrita en los mismo términos que la constitución de la R.S.F.S. de Rusia: “...los que perciben rentas del trabajo ajeno, los que viven sin trabajar, rentistas, industriales, terratenientes y otros parásitos, los comerciantes y comisionistas, los monjes y los sacerdotes de los diferentes cultos, los polizontes y los nobles”¹⁷⁶.

Sin embargo, los argumentos basados en la necesidad de la defensa de la revolución y en la transitoriedad del nuevo régimen, parecen no haber sido suficientes, por lo que los anarco-bolcheviques procuraron establecer con más precisión el carácter del estado revolucionario soviético. El mismo Locascio ya había entrevisto esta necesidad, al postular al maximalismo y a la dictadura del proletariado como las formas históricas en que se tornaron concretas las ideas del comunismo y la anarquía: “El anarquismo era la aspiración indefinida de libertad y el comunismo la aspiración indefinida de igualdad; faltaba empero la amalgama que la hiciera realidad, esa amalgama se ha producido con una sanción práctica, esta sanción es el grito de los más, es la militarización de la mayoría efectiva de la sociedad, es la imposición de los que trabajan”¹⁷⁷. Continuando el debate en las páginas de *Tribuna Proletaria*, otro articulista concentraba sus esfuerzos en determinar las singularidades de los soviets y del gobierno revolucionario ruso:

“Rusia, cual coloso inconcebible, sostiene en sus poderosas brasas encendidas la tea de la revolución social

[...] Los Soviets: ¿Soviet quiere decir consejo?, ¿qué son los consejos de las sociedades, agrupaciones y federaciones obreras, en el país que habitamos? Son lo más capacitado, lo más inteligente [...] que boga por hacer efectivas las ansias de todo el organismo.

Los CONSEJOS son la única autoridad, el único gobierno. Por encima de ellos no pesa más voluntad que la del pueblo [que] los eligió de entre sus filas y los releva ni bien lo cree conveniente.

En Rusia los soviets existen (por todos lados), [...] todos los consejos tienen nombrado un delegado para el Consejo General o Congreso

175.- *Ibidem*, p. 47.

176.- *Ibidem*, p. 54-55 [subrayado en el original].

177.- *Ibidem*, p. 46.

Permanente [...] éste celebra sus asambleas a la luz de todo el mundo”¹⁷⁸

El propósito era presentar el estado soviético ya no en los términos de la estatalidad impugnada por el anarquismo sino como un entramado institucional más cercano a las federaciones libres que el credo libertario siempre propició. Sin embargo no era ésta la posición mayoritaria de los anarcobolcheviques. Ellos concebían la dictadura del proletariado como momento necesario pero *previo* a la sociedad emancipada (“El maximalismo es la Revolución. El Anarquismo es la realización integral del derecho real del hombre” afirmaba Locascio¹⁷⁹). De tal forma, la revolución rusa era la revolución de la igualdad económico-social, era el momento del comunismo; posteriormente habría un nuevo momento en el proceso revolucionario, el de la libertad, y por tanto, el de la Anarquía. Pero nunca llegaron a elaborar una teoría de la nueva transición; por momentos –por ejemplo en el citado texto de Locascio– se argumentaba, como mencionaba más arriba, que ese momento posdictatorial sobrevendría por la autodisolución de la misma dictadura obrera, en función de que desaparecidas las causas que la engendraron se extinguirían también su necesidad y sus sustentos sociales.

Esta visión etapista de la revolución chocaba fuertemente con las imágenes previas que nutrían el pensamiento anarquista. Era la aceptación de la escisión teórica y práctica del comunismo –entendido como igualdad económica– y el anarquismo –esfera de la libertad individual y social. El etapismo de los anarco-bolcheviques era, como veremos luego, uno de los puntos centrales del ataque de los antorchistas. Recuértese que esta admisión de dos momentos diferenciados en el curso de la revolución, a lo que se suma una escasa argumentación sobre la naturaleza y las vías de la segunda transición, ya estaban presente en la reformulación de la utopía de Quiroule (ver *supra*). Lo que probablemente interesa más son las consecuencias políticas de esta reconsideración del imaginario revolucionario anarquista, porque en función de esta nueva concepción se diseñaron y pusieron en juego discursos y prácticas innovadoras –aunque de escasa vida– entre las huestes ácratas.

178.- *Tribuna Proletaria*, nº 45, 18/9/1919: “Saludemos a Rusia”, p. 2.

La revolución rusa vista como preludeo de una revolución universal imprimió a las miradas sobre la realidad social y política un sesgo que descifró sus rasgos como augurios de ese futuro anhelado que supuestamente se estaba haciendo presente. A través de esas expectativas, a través de este prisma, la ascendente conflictividad social era concebida, por los integrantes del grupo anarco-bolchevique, como la emergencia local de esa revolución mundial ya iniciada. Hasta tal punto esto era así que los violentos enfrentamientos de la Semana Trágica fueron evaluados como una revolución sin dirección revolucionaria, que si mostraba la madurez del proletariado también denunciaba su incapacidad para transformar la huelga general en una revolución.¹⁸⁰ El optimismo no decayó en los meses que siguieron a la represión de las jornadas de enero del '19; y es que el grupo anarco-bolchevique ganaba influencia en la dirección de la FORA (V) y contaba con la simpatía de numerosos grupos anarquistas y de intelectuales críticos: "Hace bien pocos años, en la Argentina las fuerzas de la Revolución estaban representadas por un núcleo obrero comunista anárquico más o menos numeroso y sindicalmente organizado [...] Hoy, ese primitivo núcleo es una muchedumbre que, en los cuatro ámbitos de la República, no cesa en su glorioso afán por sacudir, descentrar, aniquilar la casta criminal, vandálica y desordenada del capitalismo y su político y opresivo instrumento de dominación".¹⁸¹ Parecería que en el marco de los conflictos sociales este grupo se muestra mucho más sólido y capaz que sus adversarios antorchistas y protestistas; recién cuando esa conflictividad decaiga tras la violenta intervención militar en la Patagonia, estas dos últimas corrientes arremeterán sobre las posiciones conquistadas por los anarco-bolcheviques en el seno del movimiento obrero anarquista.

Mientras los anarco-bolcheviques orientaron la FORA del V Congreso desplegaron una política que tenía como uno de sus ejes la ya mencionada organización de los trabajadores en "sindicatos de industria", lo cual se complementaba con una prédica y labor constante a fin de reunificar las federaciones anarquista y sindicalista y también los numerosos gremios autó-

179.- Santiago Locascio, op. cit., p. 40.

180.- Andreas Doeswijk, op. cit.

181.- *El Comunista*, nº 38, 11/5/1921: "La Revolución Argentina", p. 1.

nomos. Este privilegio de los trabajadores –que se expresaba en una serie de cuestiones ya mencionadas– corría paralelo a una cada vez mayor elaboración teórico-política de corte clasista, en la que no faltaron influencias derivadas de la revolución rusa. A través de esta última redoblaron el énfasis en el proletariado como sujeto de la revolución pero en calidad de fuerza social hegemónica, por lo que no circunscribieron a él las tareas político-organizativas ni le reservaron el exclusivo protagonismo:

“Éramos ayer gente de fábrica. Hoy, confundidos e identificados con nuestras claras e indiscutidas orientaciones, hay jóvenes de universidad y apóstoles del aula [...] En tanto que el grueso del proletariado evidencia elocuentes inclinaciones a materializar sus instintivos deseos de revolución social, esas ardorosas juventudes universitarias y ese abnegado profesorado, constituyen minúsculas partidas de soldados arrancadas al dominio burgués”¹⁸².

Las lecturas de la revolución rusa con el fin de encontrar en ellas claves para el proceso revolucionario en general, llevaron en los primeros años a los anarco-bolcheviques a construir, aunque algo difusamente, un “modelo” de revolución. Este “uso ejemplar” del particular itinerario ruso fue, inicialmente, algo acriticamente empleado. Por ejemplo, extrajeron de Rusia la necesidad de un trabajo político en las filas de las fuerzas armadas; para ello llegaron a editar un periódico clandestino, *El Soldado Rojo*, que parece que circuló con bastante intensidad.¹⁸³ La perspectiva que los alentaba era “conquistar el ejército” porque ese era el “primer deber” de los revolucionarios:

“La sabia experiencia rusa nos indica que la Revolución exige en su estallido inicial el hecho de la sublevación armada y la reorganización del ejército sobre la base de guardias rojas [...] La Revolución necesita trabajar la sublevación armada, como exige también la formalización – una vez iniciado el período final– de un fuerte y compacto ejército rojo”.¹⁸⁴

El “modelo” concebido incluía lo que denominaron “método revolucionario”, en alusión a la relación entre vanguardia y clase en el proceso emancipatorio. Autopostulándose como vanguardia revolucionaria de la región

182.- *Ibidem*, p. 1.

183.- Andreas Doeswijk, op. cit.

184.- *El Comunista*, nº 38, 11/5/1921: “La Revolución Argentina”, p. 1.

argentina¹⁸⁵, pretendían lograr ese cometido a través de orientar ese unificado movimiento obrero que proyectaban y por el que hacían ingentes esfuerzos. La necesidad de una dirección del proletariado revolucionario importaba, nuevamente según el “modelo” ruso, determinadas características para el grupo dirigente. El anarquismo argentino, como corriente política e ideológica, se había caracterizado por una dispersión y fragmentación en grupos diversos; lo que los anarco-bolcheviques procuraban era unificar esos numerosos agrupamientos en una fuerza cohesionada, ya que “hacer la revolución como en Rusia” requería de “un nuevo partido con nuevos métodos”, una organización vertebrada en torno a la “unidad de acción, solidaridad revolucionaria y acuerdos objetivos”.¹⁸⁶ Estas marcas de la organización bolchevique quedaron grabadas en la “Declaración de Principios y Finalidad de la Alianza Libertaria Argentina”, organización constituida en 1923 y en la que se quisieron plasmar los anhelos de los anarco-bolcheviques. En ese texto fustigan a los pensadores libertarios que se dedicaban exclusivamente a la crítica, puesto que en los momentos revolucionarios –como el presente que los anarco-bolcheviques creen estar viviendo– ello no redundaba en un mayor desarrollo e influencia del anarquismo entre las masas, “que si bien poseen el instinto de la libertad y capacidad para destruir regímenes, reclaman, no obstante, la presencia de una fuerza organizada para asumir las funciones directivas, crear los nuevos órganos de relación y estabilizar la situación revolucionaria”.¹⁸⁷ Era la Alianza Libertaria Argentina (ALA) una “asociación de cultura y de combate”, cuyos objetivos eran “el comunismo para reemplazar las prácticas explotadoras de la burguesía y la Anarquía como coronamiento de las luchas para la conquista de la libertad integral del hombre”¹⁸⁸. Para alcanzar estas aspiraciones los anarquistas debían participar activamente en las organizaciones obreras y coordinar sus esfuerzos con el resto de las “izquierdas extremistas”, porque aunque el advenimiento de la Anarquía sólo era posible si el camino revolu-

185.- “Hoy, el comunismo-anárquico, verdadera e inconfundible vanguardia de la Revolución...”, *El Comunista*, nº 38, 11/5/1921: “La Revolución Argentina”, p. 1.

186.- Santiago Locascio, op. cit., p. 46-47.

187.- “Declaración de Principios y Finalidad de la Alianza Libertaria Argentina”, incluido como apéndice en Enrique García Thomas, **Comentarios a la primera Conferencia Regional de la Alianza Libertaria Argentina**, Bs. As., Edición de la A.L.A., 1924.

cionario era recorrido por las masas, esas mismas masas requerían para hacerlo de una vanguardia que las orientara. Con la revolución se abriría un período transicional “cuya durabilidad dependerá del espíritu autoritario o anárquico de quienes retengan la dirección de los órganos funcionales”¹⁸⁹. La perspectiva sobre la situación inmediatamente posterior al estallido revolucionario era la de la instalación de la dictadura del proletariado: “la disparidad existente entre las doctrinas y las necesidades de la lucha [...] hablan de la conveniencia de vencer insensatos escrúpulos para prepararnos a ejercer la dictadura férrea e implacable adueñándonos como dirigentes, de los destinos de la Revolución”¹⁹⁰. A pesar del tono elitista, vanguardista y autoritario es preciso destacar que cierta distinción entre una etapa transicional pensada bajo dirección de las organizaciones obreras y otra que pudiera acaecer bajo la dirección de un grupo político, se mantuvo desde el inicio en las formulaciones anarco-bolcheviques.

Evidentemente el “uso ejemplar”, en el sentido de que la revolución rusa podía servir de referente histórico o teórico, o incluso de paralelo histórico, cedía su lugar, en las concepciones y elaboraciones anarco-bolcheviques de 1919-20, a la construcción de un arquetipo de revolución, un paradigma al que debía ajustarse el “método revolucionario”.¹⁹¹ Esto es particularmente destacable para este grupo, que al mismo tiempo que no resignaba su credo anarquista se consideraba —a imagen de los bolcheviques en Rusia o los espartaquistas en Alemania— el grupo de vanguardia de la revolución en la región rioplatense. Recordemos que en función de esta autopercepción buscaron relacionarse con la III Internacional con el argumento de que eran ellos, y no el PC (los “comunistas políticos”), quienes tenían capacidad para dirigir el movimiento obrero más radicalizado y movilizad; la imagen que proponían para la vanguardia internacional de la revo-

188.- *Ibidem*.

189.- *Ibidem*.

190.- *El Comunista*, nº 38, 11/5/1921: “La Revolución Argentina”, p. 1. El mismo tono está presente en la Declaración de Principios de la ALA: “Que al producirse el derrocamiento capitalista, la Alianza no se opondrá a que la dirección del nuevo orden recaiga en la central de los sindicatos libremente organizados. En presencia de vacilaciones peligrosas, la Alianza asumirá la dirección”, Declaración de Principios y Finalidad de la Alianza Libertaria Argentina, op. cit. Ver también el artículo 5º de la misma Declaración, en el que se manifiestan, en caso necesario, por ejercer la dictadura.

lución mundial era, entonces, una coordinación internacional de las vanguardias reales y específicas de cada región, marxistas en algunos lugares, anarquistas en otros –lo que guardaba coherencia con esa voluntad por ver en la dirección maximalista una coalición o alianza entre distintos grupos de la izquierda revolucionaria.

En el mismo sentido, hacer la revolución *como* en Rusia requería contar con un “plan revolucionario”. Uno de los elementos primordiales del mismo eran los medios de propaganda, en particular los periódicos, que los anarco-bolcheviques concebían como instrumentos organizadores y de agitación en torno a alguno de los objetivos que se fijaban. Así, *Bandera Roja* fue fundado en función de la coordinación de una serie de conflictos que los anarco-bolcheviques creían desencadenantes potenciales de la revolución en la región según el modelo que construyeron a través de sus lecturas de la revolución rusa: a partir de la mencionada caracterización de la Semana Trágica, se planteaban combinar, entre noviembre de 1919 y diciembre de 1920, las movilizaciones por la libertad de los presos (muchos de ellos eran los propios editores anarco-bolcheviques) y la guerra de cosechas (el citado movimiento agrario liderado por la UTA en el sur bonaerense), a las que se sumaría la llamada “huelga de las bombas” (marzo de 1920), donde el “plan revolucionario” consistía en combinar un estallido rural con otro urbano, ambos bajo dirección de la vanguardia revolucionaria (los propios anarco-bolcheviques).¹⁹² Esta función del periódico como órgano coordinador se repetirá cuando los anarco-bolcheviques editen *El Trabajo*, sólo que entonces se tratará de un periódico enteramente dedicado a lograr la unificación de las dos federaciones obreras.

Las interpretaciones que los anarco-bolcheviques formularon sobre la revolución rusa estuvieron sesgadas, sobre todo a partir de 1919, por sus debates con los sectores del anarquismo que empezaron a poner el ojo sobre aquellas cuestiones en las que el proceso revolucionario se apartaba de las ideas que sobre la transformación del orden había elaborado el anarquismo. En cierta forma, como también observara Sarlo para los intelectua-

191.- Respecto de la noción de “uso ejemplar”, véanse los análisis de Georges Haupt sobre las interpretaciones acerca de la Comuna; Georges Haupt, op. cit.

192.- Andreas Doeswijk, op. cit.

les de fines de los '20 y principios de los '30, apoyar la revolución rusa significaba “volverse experto en ignorar las contradicciones y los ‘detalles”¹⁹³. Pero, como decía antes, el grupo anarco-bolchevique no negaba la existencia de esos “detalles” o “contradicciones”; justamente esta admisión de que no todo en Rusia marchaba “correctamente” fue lo que les permitió superar, por lo menos desde 1920, esa identificación acrítica y dogmática de los años iniciales. Aún así, lo que esta corriente expresó en el seno del pensamiento y la militancia libertaria en tanto búsqueda de renovación de ese ideario y de sus formas de acción –una búsqueda que creyó ver en la Rusia bolchevique elementos centrales para esa reformulación–, quedó en gran medida perdido, ya sea porque nunca alcanzó a ser una renovación sistemática y profunda que cuajara en una nueva perspectiva sobre la situación argentina y mundial –lo que requería subsanar lo que ha sido uno de los mayores problemas del anarquismo, su desinterés por formular respuestas específicas que completaran sus análisis globales y abstractos–; ya sea por la fuerza de las viscerales reacciones de los sectores libertarios que condenaron esa “fusión” entre anarquismo y bolcheviquismo desde la propia teoría anarquista o desde las necesidades prácticas de preservar la influencia e identidad libertarias tal como había existido hasta entonces.

V. 2. Los primeros críticos: los “antorchartas”

Durante esos años que van de 1919 a 1921 las tensiones entre las distintas corrientes del anarquismo se irán incrementando para estallar sobre mediados de 1921. Estos años, que conformaron lo que podría llamarse la segunda etapa de la recepción de la revolución rusa entre los anarquistas rioplatenses, vieron profundizarse las polémicas, por lo que todos los polemistas se vieron obligados a profundizar los argumentos tendientes a justificar su identificación o su impugnación respecto de la revolución rusa. Frente a los anarco-bolcheviques se alzaron, como los primeros críticos de la experiencia soviética, quienes luego serían identificados como los “antorchartas”.

193.- Beatriz Sarlo, op. cit., p. 123.

Los orígenes de esta corriente podrían remontarse al quincenario *La Obra*, que comenzó a publicarse como suplemento de *La Protesta* a partir de junio de 1915. Al poco tiempo de iniciarse su publicación, las disidencias entre sus redactores y la nueva administración de *La Protesta*, produjeron el alejamiento de los animadores de *La Obra*. Entre los que se fueron se encontraban Rodolfo González Pacheco y Teodoro Antillí, quienes inmediatamente pasaron a publicar un periódico en clara competencia con el protestismo: su nombre *La Protesta Humana*, que tendrá cortísima vida.¹⁹⁴ Posteriormente continúan con *La Obra*, ahora como semanario independiente y en 1919 fundan el diario *Tribuna Proletaria*, que deja de publicarse al año siguiente y del cual se editaron 183 números.¹⁹⁵ El 25 de marzo de 1921 este grupo de anarquistas, principalmente intelectuales, crean el célebre hebdomadario *La Antorcha*. Además de González Pacheco y Antillí, forman parte como redactores y colaboradores de los periódicos de esta corriente, libertarios como Alberto S. Bianchi, Mario Anderson Pacheco, David Valdés, Teodoro Dúctil, J. González Lemos (algunos de los cuales terminaron alejándose del antorchismo). Esta corriente, que nunca se estructuró orgánicamente, fue capaz de combinar cierta homogeneidad y suficiente diversidad en su seno; unían a sus simpatizantes y promotores ciertas definiciones y nociones que sus rivales libertarios censuraban con la calificación de “purismo” o “doctrinarismo académico”. Pero, a diferencia de la altamente homogénea y sin fisuras escritura de los anarco-bolcheviques —ejemplificada en el diario *Bandera Roja*—, en las páginas de las publicaciones de orientación “antorquista” las polémicas y los puntos de vista se contraponían a veces hasta ácidamente, aunque siempre teniendo como telón de fondo esos principios “definitivos” del anarquismo.

Las elaboraciones y conceptualizaciones de esta corriente la identificaron, en estos años, como el sector del anarquismo que sustentaba los ideales decimonónicos de esa orientación, gran parte de los cuales seguían

194.- Esta “recuperación” de la primera denominación del periódico *La Protesta* evidencia los alcances de la disputa.

195.- Diego Abad de Santillán (1927), op. cit.; por su parte, Fernando López, en el texto ya citado, menciona que sólo pudo ubicar 121 números en la Federación Libertaria Argentina. Por mi parte, pude consultar esa incompleta colección que posee la FLA y unos 40 números

animando al forismo quintista. Evidentemente muchos de esos principios y nociones vertebraban los discursos de otros grupos y corrientes libertarias, como por ejemplo el antiparlamentarismo y el antiestatalismo, y lo que en el lenguaje ácrata era el apoliticismo –y que podría traducirse como una postura “antipolítica”, en el sentido de constituirse como discurso político con pretensiones de alternativizar las formas de la política que eran hegemónicas. Sin embargo muchos de estos términos, de uso corriente en la prensa ácrata, estaban lejos de tener un sentido unívoco aún entre los propios anarquistas, y gran parte de los debates sobre la revolución rusa pivotaron sobre la polisemia de voces como política, estado, dictadura, proletariado, etc., incluso si a dichas voces se las circunscribe a los intercambios discursivos al interior del campo anarquista –algo, por otra parte, difícil, pues ese mundo político-cultural era inescindible fragmento del universo de la izquierda, pertenencia que fuera ahondada en esta coyuntura por las repercusiones de la revolución rusa. Por ejemplo, el término comunismo, que hasta la revolución rusa era patrimonio casi exclusivo de los grupos anarquistas, pasó desde entonces a ser objeto de duros debates, entre los propios libertarios y frente a socialistas marxistas. De tal forma, un vocablo que antes de 1917 servía para demarcar precisas fronteras políticas e ideológicas dentro de la izquierda y para afianzar identidades, se convirtió en objeto de un combate político-ideológico por su apropiación y significación, y puso en crisis esas fronteras e identidades.

Uno de los aspectos centrales de esta corriente fue su permanente pronunciamiento en favor de constituir organismos con clara identidad ideológica, fueran esos agrupamientos los mismos periódicos, revistas, entidades culturales, sociedades de resistencias u otros organismos sindicales o sociales; promovían además que esas asociaciones estuvieran basadas en la afinidad y fueran irreductibles a cualquier forma de centralismo. Los anarchohistas, por tales motivos, se ubicaron claramente con los gremios que se escindieron de la FORA en su noveno congreso (1915), cuando los sindicalistas –ganando la partida– derogaron del Pacto Federal el apelativo de co-

en la Biblioteca Popular “José Ingenieros”, algunos de los cuales no se encuentran en la FLA.

munismo-anárquico para la central de los trabajadores; desde entonces colaboraron activamente con la FORA del V Congreso. Para ellos la unidad del movimiento obrero no debía lograrse al precio de resignar el posicionamiento ideológico; en todo caso debían obtenerse ambas condiciones, unidad de los trabajadores en una organización con clara definición ideológica, con explícito pronunciamiento acerca de los fines. Frente a los planteos “neutralistas” de los novenarios –y también de los anarco-bolcheviques, que adoptaron ese punto de vista cuando se aproximaba el Congreso pro-Unidad–, el *finalismo* era la única forma de posibilitar el cambio social, pues éste dejaba de ser factible si no se actuaba tras metas finales, tras “finalidades”: “no se cambia la sociedad si no se tienen *finalidades*, de otro modo se trabaja para el enemigo de clase”, argumentaban los antorchistas, agregando que “el neutralismo en la organización obrera es un hibridismo suicida que anula las mejores disposiciones combativas del proletariado”.¹⁹⁶ Es evidente que esta problemática de la definición ideológica de las diversas instancias sociales era un punto nodal del perfil y la identidad anarquista, tal y como había existido entre fines del siglo XIX y primeros años del XX.

Desde el antiestatalismo, el antiparlamentarismo y el finalismo, el permanente ataque del anarquismo a los socialistas, y después de 1915 a los sindicalistas, tenía un lugar casi diario en las páginas de las publicaciones antorchistas, y esas críticas permiten observar el lugar que esta corriente pretendía ocupar en el campo político. Frente a los socialistas, el conjunto del espacio anarquista esgrimía desde siempre y con cierta efectividad –al menos hasta esta coyuntura– el discurso reprobatorio de la participación política, y específicamente del parlamentarismo. Las delimitaciones ante el socialismo estaban construidas tanto en torno al divisorio tema de la autoridad (política) como mediante la presentación de ambas tradiciones de la izquierda en los dicotómicos términos de reforma (evolucionismo) y revolución. La guerra mundial y la revolución rusa permitieron renovar el arsenal argumentativo contra los socialistas de la Argentina, a los que ya no sólo atacaban por su participación en el sistema político, sino que también acusaban de haber echado por la borda toda la tradición revolucionaria de esa

196.- *Tribuna Proletaria*, nº 26, 27/8/1919, p. 1 [subrayado en el original].

corriente. Así criticaron la postura del Partido Socialista (PS) frente a la guerra y a la revolución rusa¹⁹⁷, porque con esos posicionamientos ha abandonado lo que fuera su bagaje doctrinario: el colectivismo, la acción directa, el antimilitarismo y el internacionalismo. Los antorchistas, a través de su periódico *Tribuna Proletaria*, asumieron entonces la “Defensa de la Revolución” y editorializaban contra el evolucionismo socialista utilizando al mismo Marx.¹⁹⁸ Trazando “fronteras” con el socialismo, afirmaban que:

“Luego de la Revolución Francesa [...] la consolidación del régimen capitalista importaba de suyo la consolidación del Estado [...] El régimen capitalista [...] ha adquirido la más completa generalización en un régimen universal, [...] la *universalización del Estado* [...] Los verdaderos enemigos del régimen debían ser también anti-estatales e internacionalistas, lo que se pudo ver en los comienzos de la Internacional y más precisamente en la fracción libertaria en contraposición a la autoritaria. [...] Terminado el ciclo de las luchas nacionales, sobrevivía aún la ilusión republicana [...] Apareció luego el nuevo peligro del reformismo, el mayor de todos, cuya gravedad ha podido comprobarse en la acción deletérea del «socialismo científico», que ha venido a resultar el más poderoso puntal del régimen [...] ha abandonado todo principio internacionalista, para ser un simple partido de política patriota y burguesa [...] Durante la guerra muchos enemigos del régimen han dejado de serlo, al luchar por la estabilidad de las naciones [...] Quedan como verdaderos enemigos del régimen los anarquistas”¹⁹⁹.

En la cita precedente puede notarse que la crítica sufre un desplazamiento respecto de la tradicional crítica libertaria al PS. El socialismo justista (y en general la mayor parte del socialismo internacional) ya no era denostado sólo en virtud de su “evolucionismo”, sino que se lo censuraba porque se habría convertido en la nueva salvaguarda del orden burgués y estatal. La original dicotomía reforma/revolución para construir identidades alternativas entre socialistas y anarquistas, que estos últimos expusieron básicamente a partir de la diferente actitud hacia la política y el estado, se ampliaba ahora hacia otros pares antagónicos: nacionalismo/internacionalismo, militarismo/antimilitarismo, estabilidad/revolución.

Respecto de la demarcación de las diferencias con el sindicalismo, éstas eran más difíciles de señalar. El sindicalismo se presentaba a sí mis-

197.- Durante 1917, cuando tiene lugar el Congreso Extraordinario del PS en el que los delegados discutieron agriamente la posición del partido ante la guerra –si neutralista o partidaria de la Entente–, varias publicaciones ácratas siguieron minuciosamente ese debate.

198.- *Tribuna Proletaria*, nº 17 (16/8/1919), nº 23 (23/8/1919) y nº 31 (2/9/1919).

mo como fuerza que recuperaba definiciones caras a la tradición libertaria. Rechazaba discursivamente la política y el parlamentarismo en tanto actividades que no se correspondían con una prédica y unas prácticas revolucionarias, y poseía una mayor elaboración en cuanto a la importancia de la actividad organizativa del movimiento obrero y su relación con la sociedad futura. La crítica antorchista —que era similar a la que elaboró el protestismo— se desplegaba en dos argumentos principales. Por un lado, le reprochaba a los sindicalistas el ser una vía intermedia entre los “legalitarios” —socialistas— y los “antilegalitarios”²⁰⁰, por lo que sería ésta una actitud “desviacionista”, ya que la lucha debía ser integral, es decir, contra la burguesía y contra el Estado.²⁰¹ En el mismo sentido rechazaban la crítica que el sindicalismo les enrostraba respecto de impedir la unidad del movimiento obrero, replicándoles que al escudarse en esa “fingida unidad de los gremios”, cediendo al neutralismo y a costa de la definición de la Federación como comunista-anárquica, la pérdida de identificación de los objetivos finales condenaba a los proletarios a la impotencia y a la permanente recaída en “transacciones nocivas”.²⁰²

En segundo lugar, también se separaban de la FORA IX por el privilegio que otorgaban a la acción —sea el boicot, el sabotaje o la huelga—, por sobre los resultados obtenidos en un conflicto. Para los redactores de *Tribuna Proletaria* el énfasis debía colocarse no tanto en la satisfacción de mejores condiciones de trabajo —ya que ellas no podían ser auténticamente mejorables en los marcos del capitalismo—, sino en avanzar en los niveles de concientización y ánimo de los trabajadores y en la organización de los grupos gremiales, único camino para avanzar a paso seguro, y sin perder el rumbo, hacia la transformación social —que era, a su vez, la finalidad de fondo, real, de la lucha obrera. Era una crítica a todo gradualismo y a toda

199.- *Tribuna Proletaria*, nº 36, 7/9/1919, p. 1 [subrayado en el original].

200.- “El sindicalismo es un punto medio entre ambas tendencias [...] pero sin finalismo”, *Tribuna Proletaria*, nº 29, 30/8/1919, p. 1.

201.- Utilizando una retórica incisiva, *Tribuna Proletaria* trazaba una analogía entre los conflictos sindicales en Estados Unidos y los diversos papeles que cumplían la AFL y la IWW, con las actitudes y posturas de la FORA IX y la FORA V respectivamente, señalando además que Marotta era el Gompers local; *Tribuna Proletaria*, 13/9/1919, p. 2.

202.- *Tribuna Proletaria*, nº 29, 30/8/1919, p. 1.

práctica que se justificara a través de la posibilidad de obtener reformas parciales :

“La lucha obrera tendiente sólo a la conquista de mejoras, carece de toda trascendencia en la marcha de los pueblos hacia su reivindicación total [...] La coalición estatal y capitalista, la unión de sus fuerzas prepotentes en un solo bloque defensivo y la inocuidad misma de la lucha por la conquista de mejoras son las dos evidencias que deben determinar a los gremios todos a dar a sus luchas reivindicadoras el necesario *virtualismo* que deben tener, esto es, la acción revolucionaria frente al despotismo capitalista y la autoridad del Estado, ya que surge de los hechos la demostración de que únicamente con la fuerza se impone la efectividad de los derechos”.²⁰³

Esto llevaba a la crítica del arbitraje estatal de los conflictos y de las relaciones de los sindicalistas con el gobierno yrigoyenista: “No puede haber conciliación entre grupos sociales de antagonismo irreductible [...] Aceptar el arbitraje es abdicar de la integridad de las reivindicaciones obreras”.²⁰⁴ Pero el punto crucial del debate con los sindicalistas lo constituía el énfasis que estos últimos le otorgaban, como ya señalé, al control de proceso de trabajo, lo que derivaba en un enfoque clasista mucho más elaborado que el vago clasismo del anarquismo tradicional, y en una valoración del trabajo como fuente de derechos. Los antorchistas no otorgaban al sindicato un rol preponderante, vertebrador del campo de los explotados: “El sindicato como célula social, está lejos de nuestra concepción de las agrupaciones libres y por afinidad”, sostenía Teodoro Antillí, uno de los principales intelectuales de esta corriente del anarquismo.²⁰⁵ Desde esta perspectiva, los antorchistas fueron acérrimos contradictores del “sindicalismo industrial” –que propiciaban sindicalistas y anarco-bolcheviques–, oponiéndole la clásica formulación de los sindicatos por oficios, federados local y regionalmente. El contrapunto entre una y otra orientación era relevante tanto en relación con la hegemonía que al interior de las filas libertarias disputaban las distintas corrientes ácratas, como en lo referente al alineamiento internacional del movimiento obrero de la Argentina. La revolución rusa y los organismos internacionales que tras ella se crearon, avivaron esta latente polémica, confundándose en las disputas los argumentos que tenían su origen en los conflictos internos al

203.- *Tribuna Proletaria*, nº 31, 2/9/1919, p. 1 [subrayado en el original]

204.- *Tribuna Proletaria*, nº 35, 6/9/1919, p. 1.

anarquismo de la región –y que evidenciaban la presencia de otros desafíos para el pensamiento y la acción de los libertarios–, con aquellas conceptualizaciones que fueran puestas en debate por el evento revolucionario ruso. Era un debate que también remitía a ideas distintas sobre el sujeto revolucionario y a las formas de su constitución histórica; en cierto sentido, podría describirse, por lo menos en lo referente a esta cuestión, que los antorchistas representaban el anarquismo de cuño individualista.

De todas formas, esto no implicaba, más allá del claro distanciamiento frente a socialistas y sindicalistas, que los antorchistas se negaran a emprender acciones conjuntas con estas fuerzas, o que promovieran tal actitud en la FORA Comunista; por el contrario, aclaran su posición respecto de esta cuestión: “...si combatimos a socialistas y sindicalistas ... es porque anhelamos que se produzca cuanto antes el momento de librarnos para siempre de la casta privilegiada, usurpadora y maldita. Y juzgamos que los medios que otras fracciones emplean no son los que debieran emplearse [...] ello no quita que sea nuestro enemigo más grande el parasitismo económico y político”.²⁰⁶ Es que, de manera similar al procedimiento que los anarco-bolcheviques hicieron para “rescatar” una vertiente revolucionaria en el socialismo marxista, los antorchistas buscaban reafirmarse en su identidad ácrata a través del contraste con los socialistas y sindicalistas (además de la contraposición al Estado y la burguesía).

La polémica con el sindicalismo se trasladó al debate con los anarco-bolcheviques, cuyo motivo explícito era la “cuestión rusa”. En ese debate los antorchistas aspiraban a resguardar su propio perfil –y el de la FORA Comunista– de la “marxistización” que se estaría dando en otras corrientes libertarias. Quienes fueron los primeros críticos de la experiencia soviética iniciaron su recusación de la misma tomando distancia de los potenciales significados de la dictadura del proletariado. Reproduciendo un artículo aparecido en *La Vie Ouvriere* comenzaban por plantear una serie de dudas en relación a los soviets: “...nosotros tenemos recelos de ciertas superfectaciones políticas resultantes del dualismo de organización económica (soviet

205.- *Tribuna Proletaria*, nº 14, 13/8/1919, p. 2.

206.- *Tribuna Proletaria*, nº 26, 27/8/1919, p. 1.

económico o sindicato) y de organización política centralizada (soviet político). Tememos la formación de una nueva burocracia, incompetente y extraña a la producción, y dictando sin embargo leyes y reglas sobre todas las cosas...²⁰⁷. Si la dictadura del proletariado sólo remitiera a una organización de combate en función de la defensa de la revolución, el problema sería menor; pero si la misma significaba “la intromisión en la vida económica, moral e intelectual, en la reorganización educativa y técnica de la sociedad...” se convertiría, entonces, en “un nuevo Estado burocrático, cuya ingerencia impertinente, superintendencia inquisidora e implacable centralización, en breve subordinarían por la fuerza las asociaciones de productores a un nuevo *credo* político-económico...”²⁰⁸.

Estas prevenciones se relacionaban con la capacidad que en esos momentos estaba demostrando el grupo anarco-bolchevique que orientaba la FORA Comunista, y la atracción que la revolución rusa despertaba en las filas de la militancia ácrata. El riesgo que los antorchistas creían entrever era la difuminación del perfil propio de los anarquistas, o sea su bolchevización. En un extenso artículo, Teodoro Antillí trataba de brindar una visión equilibrada de las consecuencias de la experiencia rusa en referencia a la formación de partidos comunistas alineados con la III Internacional: si ellos eran los remanentes internacionalistas del socialismo –cuya importancia no debía ser desconocida–, si el bolchevismo parecía ser una vía más rápida a la revolución, esto comportaba, como lado negativo, la colaboración con la burguesía a través de la participación política, tal cual lo probaría el recién formado Partido Socialista Internacional –que por ello mismo se convertirá rápidamente, pronostica Antillí, en un partido socialista nacionalista. ¿Quiénes podrían ser en estas latitudes los que formaran la rama local de la III Internacional, se preguntaba este autor? Y respondía que sólo los anarquistas que, deponiendo sus principios, adoptaran “el comunismo de Lenin, Liebknecht o Bela-Kun, que es lo que hizo *Bandera Roja*”; lo cual no era recomendable aún si apresura efectivamente la revolución.²⁰⁹ Antillí planteaba ya lo que sería uno de los ejes sobre los que se edificaron las opiniones críticas

207.- *Tribuna Proletaria*, nº 14, 13/8/1919, p. 1.

208.- *Tribuna Proletaria*, nº 14, 13/8/1919, p. 1 [subrayado en el original].

209.- *Tribuna Proletaria*, nº 27, 28/8/1919, p. 1

que los antorchistas vertieron sobre la revolución rusa: una oposición a la experiencia bolchevique desde los "principios" libertarios, que sería reforzada sobre la base de lo incorrecto que resultaría escindir medios y fines: en dicha escisión se perderían de vista los objetivos libertarios e igualitarios del anarquismo y su irremediable resultado sería, quizás, otra sociedad, pero no aquella soñada tierra del Ideal.

Por ello, una de las objeciones que hicieran de la revolución rusa era que la misma distaba de ser una revolución anarquista. No se habían conformado allí las federaciones de asociaciones libres, y la continuidad del estado, más allá de las justificaciones, venía a marcar la permanencia de la dominación política. Los libertarios, agregaban los antorchistas, no podían ceder ante ninguna "ficción política", ni siquiera aquellas que, como la bolchevique, estaban dispuestas al derrocamiento del régimen burgués, pues sólo significarían "entronizar en su lugar otro, regido por normas estatales que causarían la descomposición inmediata del cuerpo social".²¹⁰ Los editores de *Tribuna Proletaria* iniciaron entonces una crítica de la cuestión que se constituyó en los años 1919-1921 en el meollo de la posición a adoptar ante la revolución rusa, la dictadura del proletariado. En primer lugar cuestionaban las razones que se esgrimían a fin de justificar ese régimen, fueran éstas la necesidad de la defensa de la revolución triunfante o el carácter transitorio del gobierno bolchevique. Salvaguardar la revolución rusa no podía llevarse a cabo a través de la implantación de otro estado, por más que fuera éste un estado proletario; así argumentaba Fernando del Intento, y luego agregaba: "Nuestra oposición al régimen [burgués] es fundamental, lo atacamos en sus bases mismas: la propiedad y la autoridad, no para repartirla o concentrarla a la una, y atenuarla a la otra, sino para suprimirla lisa y llanamente. Contra toda autoridad y toda propiedad, así sea la del Estado, estamos nosotros"²¹¹.

Respecto de la transitoriedad del régimen soviético, Antillí planteaba que "...no hay tal transitoriedad, ni puede pasarse de un Estado social de-

210.- *Tribuna Proletaria*, nº 38, 10/9/1919, p. 1 y 2.

211.- *Tribuna Proletaria*, nº 46, 19/9/1919, p. 2. Fernando del Intento era el director de Ideas (La Plata), que junto a los editores de *Tribuna Proletaria* y luego *La Antorcha*, y los editores de *Pampa Libre* (La Pampa), conformaban los principales grupos del "antorchismo".

mócrata, como el que ensaya consolidarse en Rusia, al comunismo anárqui-
co, sino por medio de otra revolución que derribe precisamente a este Esta-
do social-demócrata”²¹². Esto era así porque la base de ese estado que el
autor designaba como socialdemócrata era el mantenimiento del régimen de
asalariado —que encubría, bajo la forma del salario, la permanencia de la
autoridad. Basándose en Kropotkin —a quien cita largamente—, Antillí su-
perpone, a un conflicto económico, otro de tipo político por la libertad, al que
otorga la primacía²¹³; la igualdad sin libertad no sería, entonces, verdadera
igualdad. Postulando la inescindible unidad de igualdad y libertad, los antor-
chistas querían quebrar la antinomia dictadura burguesa/dictadura proletaria,
oposición falsa porque concebir la revolución como tránsito de la primera a
la segunda de las estatalidades mencionadas no era otra cosa que mante-
ner la sujeción de los individuos. Este comunismo sería un “comunismo de
cárcel, comunismo de cuartel”.²¹⁴ Siguiendo esta argumentación, Alberto
Bianchi, miembro de la redacción y compañero de ruta durante muchos
años de González Pacheco y Antillí, en un artículo titulado “Quien mal em-
pieza, mal acaba”, centraba su crítica en el marxismo y en los anarquistas
que se habían acercado al mismo. Sostenía que no había un éxito con la
revolución rusa, porque si lo que se quería era una sociedad libre, la misma
no sólo no se había logrado sino que no se lograría jamás por el camino
emprendido, porque los bolcheviques habían impuesto sus condiciones, que
implicaban gobierno, diplomacia, ministerios, policía represora, moneda le-
gal, nacionalización de la propiedad, etc. Los anarquistas que “...se han da-
do a bregar por el maximalismo, con muy buena fe, creemos, pero con muy
mala orientación también [...] se ha[n] desviado de la línea de plomada de
nuestro ideal, para seguir la línea de la plomada marxista. Y la obra que
culminen, si es que logran culminarla, será autoritaria siempre, y nunca
anarquista, por lo mismo que responde a la plomada marxista”²¹⁵.

212.- Teodoro Antillí, *Comunismo y Anarquía*, Buenos Aires, Grupo Editor Acracia, 1919, p. 13.

213.- Entre otras reflexiones de Kropotkin, Antillí reproduce la siguiente: “Así, pues, la busca de la libertad, el deseo de conservarla en mitad de los escollos, es el fondo mismo de la Historia”, en Teodoro Antillí, op. cit., p. 16.

214.- *Tribuna Proletaria*, nº 28, 29/8/1919, p. 1.

215.- *Tribuna Proletaria*, nº 42, 14/9/1919, p. 1.

El rechazo de la dictadura del proletariado recorrió ampliamente las páginas de *Tribuna Proletaria* desde agosto de 1919, y será un tema presente también en *El Libertario* y posteriormente en *La Antorcha*.²¹⁶ Incluso frente a las argumentaciones que resaltaban los avances de la experiencia soviética en términos de bienestar social o de avances en la productividad²¹⁷, los antorchistas las recusaban porque poco valía ese bienestar sin libertad, y esa ausencia opacaba las realizaciones maximalistas, entre cuyos objetivos no se encontraba la extinción del Estado:

"Las demás tendencias sociales –aún la marxista o maximalista–, no tienen por finalidad la afirmación del hombre contra el Estado. No buscan destruir la autoridad, sino sólo transformarle, y por lo tanto, no procuran restituir al hombre a su condición natural: la libertad, sino sujetarlo a la rigidez de nuevas formas sociales que, por más avanzadas que sean, y por más que aseguren el bienestar para todos, tendrán el descontento, la rebeldía, y la acción revolucionaria de los pueblos, por lo mismo que conservan el principio de autoridad, contra el cual se determina fatalmente el levantamiento de los sometidos..."²¹⁸

Frente a las acusaciones de sus adversarios, Teodoro Antillí se encargaba de diferenciar la solidaridad que mantenían con la revolución de su crítica al régimen político de los soviets, contra el cual tiene esperanzas que todavía lucha parte de la revolución, porque no era ese sistema el que le parece conveniente para ofrecer al pueblo. El anarquismo, en su larga cruzada por la libertad, era una fuerza que combatía contra toda tiranía o dictadura, más allá del carácter proletario que se le asignara. Para evidenciar que la continuidad del Estado no era coyuntural, citaba las definiciones de Lenin y Trotsky cuando afirmaban que el Estado proletario era el poder político en

216.- Este periódico *El Libertario* se publicó en 1920, y era editado por miembros de la corriente antorchista; no debe confundirse con el que con el mismo nombre publicaron los anarco-bolcheviques a partir de 1923.

217.- Estas informaciones, que empezaban a desplegarse en ciertos medios anarquistas –sobre todo en los que orientaban los anarco-bolcheviques– y más aún en las publicaciones del PSI, intentaban oponer a la situación de caos de los cables de las agencias internacionales, imágenes que resaltarán el orden y la envergadura de los cambios iniciados, como por ejemplo las prisiones transformadas en talleres, la organización y productividad de la industria metalúrgica soviética –de la que se menciona su superioridad ante la capitalista–, las campañas contra el analfabetismo o, simplemente, el hecho de que una antigua mansión del zar se había convertido en casa de reposo para los trabajadores. Lo destacable es que muchas de estas imágenes pretendían construir un juicio positivo de la Rusia bolchevique tanto desde la idea de justicia social como desde una noción de progreso histórico.

218.- *El Libertario*, nº 7, 12/7/1920, p. 1

manos de los soviets u organismos similares. Pero Antillí avanzaba un poco más.

En una intervención sintomática porque cargada de demarcaciones ideológicas que quieren precisar perfiles identitarios puestos en crisis, enfatizaba que el término comunismo difería en las doctrinas marxista y anarquista. Para el marxismo, comunismo sería sinónimo de dictadura del proletariado, al estilo jacobino, un “medio de dictar leyes para un Estado colectivista, haciendo entrar por la fuerza a la nación en él”, o, en otras palabras “la dictadura para uno o dos jefes de partido”. La creación de los soviets era la materialización de estas ideas, porque a través de ellos se “crea[ba] en realidad la centralización de todas las clases de fuerzas en el Gran Soviet, o Soviet de los Soviets; y en él de dos personas: Lenin y Trotsky”²¹⁹. Pero los soviets no eran ningún tipo de comité revolucionario sino “una perfecta forma de democracia proletaria”, difícilmente distinguible, según el autor, de las formas parlamentarias y los sistemas electorales que regían en el capitalismo; a través de ellos se consultaba a los obreros —únicos con derecho de voto—, y esos proletarios elegían delegados. Los soviets constituían, por lo tanto, nada más y nada menos que otra forma de poder político.²²⁰ Desde esta perspectiva, y a diferencia de la primera etapa en la recepción de la revolución rusa, la dictadura del proletariado o el sistema soviético dejaban de ser una alternativa al sistema democrático, pues no serían más que una de las formas que tomaría la democracia, parlamentaria aquí, soviética allá. Se entrecruzaban así elementos que eran provistos por el juego político local con tensiones emergentes entre lo que la revolución rusa efectivamente era y el ideario ácrata.

El sistema político soviético, tal cual lo retrataba Antillí, adolecía de todos los problemas frente a los cuales edificó su postura antipolítica el anarquismo, e implicaba una escisión entre los objetivos finales de igualdad y libertad, de comunismo y anarquía. De allí que la actitud de los anarquistas rusos que participaban o colaboraban con el poder bolchevique fuera censurada agriamente: al haberse convertido en un partido del orden se habían

219.- T. Antillí, op. cit., p. 19 y 20.

220.- T. Antillí, op. cit., p. 21 y 22.

apartado definitivamente de la anarquía.²²¹ Los antorchistas reiteraban una y otra vez los argumentos críticos a la vez que resaltaban la permanente misión del anarquismo que no podía ser la de contribuir “a dictar ni a ejecutar las leyes, sean las que sean, sino procurar la destrucción de todas”; y menos aún “estar con un Estado, ni aún social-demócrata, sino contra todos los Estados, y por esta cosa: la libertad individual, la anarquía”²²².

Como se desprende de varias de las citas precedentes, la crítica a los bolcheviques y a la dictadura del proletariado que realizaron estos intelectuales anarquistas era también una crítica al marxismo como corpus teórico y como práctica política, crítica que si contaba con lejanos antecedentes en la tradición anarquista seguramente se relacionaba en este momento con la apropiación que de ese pensamiento realizaron los anarco-bolcheviques. En respuesta a un artículo de Luis María López en las páginas de *Tribuna Proletaria*, los redactores se vieron obligados a diferenciarse de la valoración que este autor hacía de las luchas pasadas como de las categorías que utilizaba, insertando el siguiente texto al final de dicho artículo:

“Nota de la Redacción: Se remarca que la FORA desde su Vº congreso en 1905 se definió por el comunismo anárquico, y siendo la FORA la organización más vigorosa y numerosa del proletariado argentino, no puede aceptarse que éste fuera “hasta hace pocos años” tras las mejoras y el reformismo. Se hace reserva de la expresión “lucha de clases” —expresión marxista— destacando el concepto anárquico de “lucha social”.²²³

Pocos días después, en un editorial titulado “Para qué se lucha”, profundizaron esta diferenciación, relacionándola con los objetivos de la militancia libertaria y con las consecuencias que el enfoque marxista conlleva, haciendo explícita alusión a la dictadura del proletariado no como hecho circunstancial sino como destino ineluctable de la estrategia del socialismo de cuño marxista:

“Lucha social como la entendemos nosotros, no es solamente que se dirija a la revolución y a extinguir la existencia burguesa: es también porque en lo social entendemos lo sociable, la eliminación de toda im-

221.- T. Antillí, op. cit., p. 25.

222.- T. Antillí, op. cit., p. 25.

223.- *Tribuna Proletaria*, nº 43, 16/9/1919, p. 2. Es esta una observación de Fernando López, op. cit.

posición, especialmente política, de un hombre sobre otro hombre [...] Lucha social es, pues, cosa humana y amplia; no sólo se dirige a cambiar la sociedad, sino que ésta sea sociable con los hombres, elimine toda causa de opresión o tiranía, sea verdadera libre sociedad [...] Llevamos a la revolución una lucha social también. La lucha de clase llevada a la revolución, tiene por fin la *dictadura proletaria*. La lucha social llevada a la revolución, tiene por fin la libertad de la humanidad, ennoblecida en todos sus miembros”²²⁴

Tras el contrapunto entre “lucha de clases” y “lucha social” puede entreverse tanto una concepción del sujeto revolucionario como ciertos presupuestos acerca del camino a recorrer para alcanzar la transformación social. El concepto de lucha social, en palabras de los miembros de *Tribuna Proletaria*, implica observar el conflicto social ordenado por las categorías de “explotados” y “explotadores”, y la lucha entre estos dos sectores es tanto una lucha económica para abolir el salario y el capitalismo, como social —por la renovación de las costumbres— y, aún, política —por la emancipación y por el autogobierno.²²⁵

Hacer converger estos tres aspectos de la realidad y poner el énfasis del discurso en la modificación de los estilos de vida, de las prácticas cotidianas, costumbres y tradiciones, da la posibilidad de incluir una mayor diversidad social entre el potencial público de la prédica revolucionaria que aquel interpelado por un discurso clasista en su formulación tradicional. *Explotados y explotadores* son así amplias categorías que incluyen tanto lo que podría denominarse estrictamente explotación económica, como los elementos no económicos de la dominación y del poder. Por ello, si con la noción de lucha social se estaba impugnando la idea de Estado de transición bajo la forma de dictadura del proletariado, a la par se estaba definiendo un sujeto de la revolución que abarcaba mucho más que la clase obrera. Lo que faltaba en estos intelectuales anarquistas que reflexionan a orillas del Plata, era la elaboración de las relaciones entre los procesos de subjetivación y las determinaciones sociales e históricas que trazan límites y ejercen presiones sobre esas subjetividades constituidas o en constitución.

Los editorialistas de *Tribuna Proletaria* percibían, entonces, el conflicto central de las sociedades modernas a través de la antítesis entre “ex-

224.- *Tribuna Proletaria*, nº 47, 20/9/1919, p. 1.

225.- *Tribuna Proletaria*, nº 38, 10/9/1919, p. 1.

plotadores" y "explotados" —términos que eran indistintamente intercambiados con "opresores" y "oprimidos"—, donde cada uno de los conceptos poseía connotaciones de expoliación económica y de opresión política. Entendiendo lucha de clases como un conflicto cuya raíz es esencialmente la relación de capital —pero considerando a ésta sólo compuesta por una dimensión económica—, el argumento de *Tribuna Proletaria* intentaba reconceptualizar el conflicto social para que englobara también la crítica y la lucha contra toda autoridad, contra toda coerción —en particular, pero no sólo, contra el Estado. Esta noción de lucha social, de acción directa, remitía inmediatamente a los peligros de contar con una "dirección revolucionaria"; justamente esta pluridimensionalidad de la lucha social imponía la no delegación, la no representación de las agrupaciones sociales capaces de llevar a buen puerto la lucha emancipatoria. El concepto de lucha social quería así significar la diversidad de esferas y ámbitos, de motivaciones y perspectivas que implicaba la búsqueda de una sociedad liberada y en libertad. ¿Quién podría entonces dirigir esa búsqueda? La respuesta negativa a la posibilidad de dirección del proceso de transformación social por parte de estos anarquistas los llevaba, casi sin mediaciones, a rechazar prácticamente toda forma organizativa porque en su entramado institucional se escondía siempre la posibilidad del retorno del poder. Las únicas formas de asociación que admitían eran las regidas por la afinidad y el acuerdo voluntario, y éstas podían ser verdaderamente revolucionarias si asumían claramente la doctrina anarquista. Así, por medio de la crítica de la "dirección revolucionaria" —que necesariamente importaba organización, y recíprocamente, una organización no podía significar más que la voluntad de dirección—, lo que explícitamente se quería excluir era la política. De todo ello se desprendía un mismo corolario: el rechazo de la democracia, aún cuando fuese la "democracia proletaria".

También puede inferirse de esa diferenciación —y hasta contraposición— entre "lucha de clases" y "lucha social" un esfuerzo por sustraerse a la influencia que el lenguaje marxiano habría cobrado luego de la revolución

rusa.²²⁶ En cierta forma puede leerse como una “depuración” del ideario anarquista de las “incrustaciones marxistas”, y como una desprendimiento respecto de las simpatías y cierta fascinación que estos mismos escritores sintieron hasta ese momento por esa revolución. Son elocuentes al respecto, y en gran medida contrastantes con las posturas del epígrafe que inicia esta sección, las afirmaciones de Rodolfo González Pacheco:

“La lucha que se empezó hace más de medio siglo fue por toda la anarquía contra la autoridad toda. Fue una idea definitiva de Bakunin, contra una idea transitoria de Carlos Marx ... de la filosofía contra la política [...] Los anarquistas son hombres definitivos. Mirad sus hechos, sus vidas, sus pensamientos, y les veréis rectos, coherentes, rotundos. Sus medios son sus fines, y viceversa. ¡Toda la justicia quieren; toda la libertad exigen; en ningún enjuague se complican!”²²⁷

El último movimiento de la crítica antorchista era el de contestar la realidad desde una ética revolucionaria que impugnaba toda disociación entre medios y fines. El etapismo, la noción de dos momentos en la revolución, de un tiempo para el comunismo y otro para la anarquía, eran todas ideas recusables por el pensamiento y la tradición anarquista.²²⁸ Reafirmar esa ética libertaria era reafirmar la distintiva identidad ácrata; era además una recuperación de esa representación de la revolución como corte abismal y definitivo con el pasado:

“Ideas transitorias: ¿para qué?... si ellos [los anarquistas] creen que pueden llevar, de un viaje, todas las tuyas al éxito! ...Ejércitos colorados ¿con qué objeto?... si ellos se sienten más fuertes y más bravos que las armas! ...Dictadura Proletaria, ¿contra quién?... si la batalla es social, contra todo privilegio, sin distinciones de clases [...] Ideas definitivas sí; con ellas es que se ha erguido la conciencia de los hombres...”²²⁹

226.- Me refiero a que la idea de lucha de clases, presente también en el anarquismo, se deslizaba a partir del impacto de la revolución rusa, hacia la prefiguración de los trabajadores como sujeto privilegiado de la transformación social. Y esta privilegio otorgado a un proletariado concebido de manera distinta a los “oprimidos” del discurso ácrata, realimentaba las estrategias sindicalistas y anarco-bolcheviques en el mundo del trabajo.

227.- *Tribuna Proletaria*, nº 48, 21/9/1919, p. 1.

228.- “La libertad no admite el más y el menos, o se conserva el principio o se le anula: este es el dilema”, *Tribuna Proletaria*, nº 46, 19/9/1919, p. 1.

229.- *Tribuna Proletaria*, nº 48, 21/9/1919, p. 1.

VI. La revolución rusa objetada (1921-1924)

Entre 1917 y 1920 el más importante de los periódicos anarquistas, *La Protesta*, quedó virtualmente bajo la orientación de Emilio López Arango y Diego Abad de Santillán. Como se ha visto, con respecto a la revolución rusa y el gobierno bolchevique, y por lo menos hasta mediados de 1921, *La Protesta* mantuvo su simpatía y apoyo –incluyendo la “transicional dictadura del proletariado”–, atacando por “doctrinarios académicos” y “puristas” a sus críticos antorchistas. Todavía a fines de 1920, colaborando en una publicación que los anarco-bolcheviques editaban en Avellaneda, Emilio López Arango arremetía contra las críticas antorchistas a la revolución rusa en los siguientes términos:

“No se puede juzgar la importancia de la revolución iniciada en Rusia, desde el punto de vista unilateral de los dogmáticos. Para poder apreciar en toda su trascendencia ese hecho histórico, es necesario despojarse de todo preconceito y analizar las condiciones de lugar y de tiempo en que actúan los orientadores de la revolución y el plano de cultura en que se agita el pueblo que realizó el milagro de tan portentosa resurrección espiritual”²³⁰

Al igual que los anarco-bolcheviques, López Arango invocaba la realidad como campo de prueba y eventual rectificación de las ideas; las características peculiares de la sociedad rusa, con su bajo despliegue político y cultural prerrevolucionario debían entonces ser punto de partida para el análisis de la significación y proyección del hecho histórico, y no un ideario que, si bien servía de guía, no podía ser adecuado elemento de juicio.²³¹ Sus adversarios, “dogmáticos e intransigentes”, parecían no tomar en cuenta “el grado de degradación” que el zarismo había impuesto al pueblo ruso, cuyas prolongaciones en la “imperfecta organización comunista” que luego de la revolución se ensayaba eran, para el anarquista español, evidentes. A quie-

230.- Emilio López Arango, “Características esenciales de la revolución rusa. Las teorías frente a la realidad de los hechos”, en *Nuevos Caminos*, Publicación quincenal del Centro Cultural y Artístico “Nuevos Caminos”, Avellaneda, nº 5, 20/9/1920, p. 7.

231.- Más adelante agregaba que “[e]l error fundamental de los que juzgan una revolución desde el punto de vista establecido por una doctrina, está en creer que los hechos se ajustan a la disciplina doctrinaria de los teóricos [...] Pero los hechos tienen otras causas que los determinan y son, no la imagen y semejanza de una teoría, sino la representación impersonal y multiforme de todo un pueblo, la síntesis de un grado de evolución conquistado después de múltiples esfuerzos y cruentos sacrificios”. *Ibidem*, p. 7.

nes objetaban la revolución, López Arango respondía con una reflexión que retomaba los motivos que esgrimieran los anarco-bolcheviques:

“No es necesario hacer conjeturas sobre lo que es y lo que nosotros quisiéramos que fuera la revolución rusa. Aceptémosla tal cual es, con sus imperfecciones, como hecho revolucionario que tiende a torcer el curso de la historia, y a acelerar el ritmo pausado e isócrono de la evolución, tal cual la conciben los reformistas y los conservadores del régimen burgués”.²³²

Desde este reconocimiento de la situación local y de las diferencias entre la revolución imaginada y la efectivamente acaecida, López Arango ubicaba los mismos problemas y exhibía argumentos similares a aquellos que ponían en juego los anarquistas “bolchevizados” para justificar su apoyo y simpatía con la experiencia soviética. En primer lugar, la dictadura del proletariado es conceptuada como arma defensiva, como “instrumento revolucionario que impide la regresión hacia el capitalismo” y que, eventualmente, impediría también la cristalización de una nueva burocracia. Su necesidad nacía de la “situación de fuerza” en que se encontraba la Rusia revolucionada, que precisaba de la permanente vigilia obrera sobre “los actos de los enemigos enmascarados y de los arribistas que pretenden sacar provecho” de la situación. Pero además, la revolución estaría todavía en su fase inicial, caracterizada por el elemento destructivo del viejo orden: es entonces el aniquilamiento de la sociedad prerrevolucionaria el objetivo distintivo de la dictadura obrera.²³³ Al mismo tiempo, López Arango intentaba despojar de todo “sentido político” al gobierno soviético, presentándolo como una estructura piramidal de gremios y apelando, al igual que lo hiciera Ingenieros, al concepto de democracia funcional para calificar al “gobierno de los soviets”; aducía, además, que dicho sistema, al que denomina “Estado-sindicato”, era la representación de “voluntades e intereses concordantes” justamente por ser “una federación de sindicatos” que representaba “a todos los trabajadores en su diversidad de oficios”.²³⁴ Tal como lo presenta, el sistema soviético es descrito casi en los mismo términos que la organización federativa de la FORA. Más notable aún que esta llamativa equipara-

232.- *Ibidem*, p. 8.

233.- *Ibidem*, p. 7.

234.- *Ibidem*, p. 8.

ción implícita resulta la aprobatoria existencia de un nivel político “de representación pública” (el comisariado), una idea difícilmente argumentable desde las concepciones anarquistas.²³⁵

Evidentemente, estas coordinadas político-teóricas desde las cuales López Arango razonaba la revolución rusa –al igual que otros “protestistas” que en este momento colaboran en las publicaciones anarco-bolcheviques dada la prohibición gubernamental para editar *La Protesta*–, manifiestan el fuerte impacto ideológico que ésta provocara entre los militantes ácratas. Incluso este autor, tan influyente entre el anarquismo vernáculo desde entonces hasta su trágica muerte, desdibujaba, en sus análisis, el perfil marxista de la revolución y de los bolcheviques rusos en particular. En primer lugar aducía que denominar “maximalista” a la revolución rusa significaba eludir “el verdadero carácter de ese hecho histórico”, pues la revolución resultaba de un sinnúmero de opiniones diversas y de un conjunto de actividades, a veces convergentes y a veces opuestas, que en choque y debate daban por resultado un proceso todavía en elaboración. Los pasos que ese proceso revolucionario estaba dando eran el producto “de una diversidad inmensa de materiales sacados de viejas enseñanzas” y de “valores nuevos descubiertos entre los rescoldos de esa inmensa hoguera social que destruyó las bases seculares del imperio moscovita” y amenazaba “envolver al mundo en su llama purificadora”.²³⁶ Por ello no era lógico “llamar maximalismo a esa multiplicidad de acontecimientos que se desarrollan en el vasto escenario de la Rusia soviética”; en todo caso, el maximalismo era sólo una “expresión política”, un partido que, aprovechándose de las circunstancias, hiciera suya una revolución “inorgánica”, “espasmódica”. Pero, en segundo lugar, aún el maximalismo no sería definitivamente marxista, pues si sus modalidades autoritarias expresadas en sus actos de gobierno permitían reconocer ese acervo doctrinario, su acción no respondía a “los cánones colectivistas, sino que interpreta[ba] un término medio entre el colectivismo y el

235.- Luego de describir sucintamente al gobierno soviético como una estructura de representación piramidal, decía: “Los comisarios del pueblo no son otra cosa que representantes generales de cada industria o necesidad pública, dentro del consejo federal y dependen de la voluntad de la mayoría”; *Ibidem*, p. 8.

236.- *Ibidem*, p. 7.

comunismo".²³⁷ En los términos del debate epocal, los bolcheviques representarían tanto una tendencia socialista marxista como una comunista anárquica.

El esfuerzo de la argumentación de López Arango —como el de muchos otros que por entonces todavía simpatizaban con la revolución rusa— parece estar orientado por dos objetivos. Uno de ellos es el debate con la franja anarquista crítica de la revolución bolchevique; sus dardos se dirigen, entonces, a los antorchistas. Un segundo objetivo es evitar la identificación entre la revolución rusa y el Partido Socialista Internacional, el cual, a pesar de su reciente fundación, llevaba adelante una importante tarea de edición de artículos de y sobre Rusia, obviamente apuntando a legitimarse como la encarnación local de los bolcheviques. Las razones para que esos objetivos parezcan ser tan importantes no son claras, al menos a partir de las fuentes que fueron consultadas; indagar en esas motivaciones, como se dijo en la introducción de este trabajo, exigiría una revisión de las fuentes sindicales y una reconstrucción de los vínculos entre la militancia ácrata y el movimiento obrero, una tarea que excede esta investigación y que espero realizar con posterioridad. Lo que, de todas formas, me interesa destacar aquí es el hecho de que, por lo menos hasta mediados de 1921, la militancia de la corriente anarquista que he denominado "protestista", adhería a la revolución rusa y las precauciones y distancias frente a la misma eran de tono menor.

Es, entonces, a partir de mediados de 1921 que el posicionamiento de esta corriente ante la revolución rusa cambió de manera drástica. Seguramente ese viraje estaba relacionado con ciertas noticias que llegaban desde Rusia y con una serie de pronunciamientos de algunos de los principales líderes del anarquismo a nivel internacional, como Rudolf Rocker, Schapiro, A. Berkman y Emma Goldman. La persecución, encarcelamiento, censura y represión de los anarquistas en Rusia —por lo menos de una importante fracción— fueron los hechos que los protestistas esgrimieron a la hora de explicar este cambio de posición. Pero existían también otros motivos.

237.- *Ibidem*, pp. 7-8.

Una de las principales cuestiones que se entrelazaban con el reposicionamiento del protestismo ante la revolución rusa era el rumbo que estaba tomando la FORA quintista. A fines de septiembre y principios de octubre de 1920 tuvo lugar el Primer Congreso Extraordinario de la FORA Comunista, y algunas de las resoluciones de ese congreso tendían a desdibujar su perfil anarquista tal como había sido hasta entonces, y a reelaborar parte de sus principios y prácticas. Las más de 250 entidades participantes, si bien se pronunciaron por mantener “la organización federalista”, le daban a la perspectiva del sindicalismo industrial un nuevo lugar, pues “las diversas ramas o especialidades de un gremio” conformarían ahora “la federación o sindicato local”, el cual era parte integrante de la federación local de diversos oficios, es decir se admitía cierto “unionismo” de inspiración *wobblie* a nivel local.²³⁸ Además se hacía una notable excepción con la FORP: “Las secciones de la Portuaria, dependerán directamente de su respectiva federación local o comarcal... en todos los asuntos de orden administrativo [...] pero manteniendo con la F.O.R.Portuaria relaciones directas en lo que se refiere a los asuntos del trabajo: pliego de condiciones, huelgas generales en los puertos, etc., cotizando con una cuota especial al consejo federal de la misma...”²³⁹

Respecto del problema de la unidad del movimiento obrero, este Congreso extraordinario tomó el compromiso de evaluar todo “proyecto fundamentado” que no afectara los medios de lucha y la finalidad social de la FORA Comunista, a la vez que evaluaba que hasta el momento las propuestas fusionistas no tenían un sostén cierto.²⁴⁰ Sin embargo, cierta ambigüedad en esta resolución podría deberse a que la creciente tendencia a la unificación de las Federaciones obreras se manifestaba entre las bases de los sindicatos quintistas y autónomos. En su investigación, Doeswijk menciona la existencia de una encuesta entre las bases de la FORA Comunista realizada pocos meses después de ese Congreso extraordinario, la cual da-

238.- *Tribuna Obrera*, nº 4, 28/9/1920, p. 1. También en *La Organización Obrera*, suplemento extraordinario, 1/5/1921, p. 69.

239.- *La Organización Obrera*, suplemento extraordinario, 1/5/1921, p. 69.

240.- De todos modos proponía la conformación de una Entente con la FORA Sindicalista para la coordinación de diversas luchas (por los presos, por la libertad de prensa y de orga-

ba como resultado una abrumadora mayoría en favor de la unidad obrera.²⁴¹ Esta “tendencia” a la unidad de los trabajadores probablemente se nutría, más allá de las propuestas anarco-bolcheviques, de la percepción de su necesidad frente a la homogénea cohesión lograda por los sectores dominantes, tanto a través de la Asociación Nacional del Trabajo como de la Liga Patriótica, y cuya capacidad de movilización y de apelación a la violencia – ciertamente con cierta connivencia del Estado– quedó demostrada desde su formación, en los días de la Semana Trágica, hasta los sucesos patagónicos. Ante un frente patronal tan sólido y decidido, ante tamaña cohesión de las clases dominantes, es más que probable que el discurso de la unidad obrera encontrara suficiente eco entre los trabajadores (y sobre todo entre los más activos).

Otra cuestión en la que dicho Congreso extraordinario adoptó una fórmula “conciliatoria” –casi como postergando su resolución– era el problema del alineamiento internacional. Si se rechaza tanto la adhesión a Amsterdam como a la Internacional Sindical Roja, sin embargo, se decide enviar ante esta última un delegado forista –Tom Baker– sin mandato para integrarse a dicha internacional, a la espera de la conformación de la Internacional Sindical Revolucionaria continuadora del espíritu de la I Internacional.²⁴²

La posibilidad cierta de una nueva y unificada Federación obrera, hegemónizada por los sindicalistas, con presencia anarquista a través del grupo anarco-bolchevique y con la participación del PC, motivó la reacción de los protestistas. Desde junio de 1921 la acción de estos últimos estuvo dirigida a desplazar del Consejo Federal de la FORA Comunista a los anarco-

nización obreras, ante los ataques del Estado u organismo conservadores, etc.), *La Organización Obrera*, suplemento extraordinario, 1/5/1921, p. 70

241.- Andreas Doeswijk, op. cit.

242.- “...se faculta al Consejo Federal para que emprenda los trabajos necesarios a fin de reconstruir la Internacional Sindical Revolucionaria [...] La nueva Internacional tenderá a contrarrestar la obra negadora de la llamada Internacional con asiento en Amsterdam”, *La Organización Obrera*, op. cit., p. 70-71. Las instrucciones del Consejo Federal de la FORA a Tom Baker como delegado al Congreso Constituyente de la ISR especificaban que “no puede adherir definitivamente al organismo que representa a la Internacional Sindical Roja [...] debe defender insistentemente la autonomía de la Internacional Sindical Roja, no permitiendo de manera alguna que quede subordinada al Soviet o a la III Internacional Comunista”, proponiendo además que abrazara los ideales comunistas y libertarios, antipolíticos y antiestatales, y que su futura sede no fuera Moscú; *La Organización Obrera*, suplemento extraordinario, 1/5/1921, p. 77.

bolcheviques, lo que finalmente lograron en agosto de ese año. El motivo explícito fue el supuesto desconocimiento del Consejo Federal de la delegación de Tom Baker al Congreso de la ISR; pero la cuestión formal oculta, evidentemente, otras razones (además de que no existía tal desconocimiento, pues el Consejo Federal conocía la resolución de enviar a Baker a la reunión de la ISR). Lo notable es que, todavía, la adhesión a la revolución rusa del grupo que lideraba García Thomas no era un argumento suficiente como para separarlos de la federación quintista.²⁴³ Las tendencias fusionistas para constituir una única Federación obrera, y las características que podría tener esa organización de las fuerzas del trabajo, amplificaron el debate sobre la revolución rusa. No era sólo un problema de potencial hegemonía sindicalista en una única federación obrera; para ciertas corrientes del anarquismo (como el protestismo y el antorchismo) era una cuestión de supervivencia, pues se relacionaba directamente con el mantenimiento de una identidad anarquista que había sido construida junto con un sector y un perfil del mundo del trabajo. La desaparición de una federación autodenominada anarquista –con “clara definición ideológica” como sus militantes gustaban decir– en las aguas de la unidad obrera implicaba el riesgo cierto de que se perdiera una de las principales referencias “políticas” de la militancia libertaria local, a lo que se sumaba la imposibilidad político-teórica, inherente a estas perspectivas del anarquismo, de construir un referente específico distinto de las organizaciones gremiales.²⁴⁴

La forma que asumió la crítica protestista-forista (ya que desde fines de agosto el emblocamiento entre el grupo que dirige *La Protesta* y la direc-

243.- El texto de la descalificación fue publicado varios meses después en *La Organización Obrera*, y decía lo siguiente: “El Consejo Federal de la FORA Comunista de acuerdo con la autorización que le dio la Reunión de delegados regionales efectuada el sábado 20 del corriente [se refiere al 20/8/1921; RP], acusa de agentes políticos introducidos en la organización obrera, obrando bajo la inspiración de elementos extraños y enemigos de nuestra federación y de sus principios, a los individuos Julio R. Barcos, Nemesio Canale, Jesús Suárez, Alejandro Alba, Enrique García Thomas, Antonio Gonçalves y Sebastián Ferrer...”, *La Organización obrera*, suplemento extraordinario nº 2, mayo 1922, p. 60; salvo García Thomas, el resto perteneció, en algún momento, al Consejo Federal de la FORA. Según el manifiesto “Un Proceso de Moralidad Sindical” ya citado, también fue expulsado Vidal Mata, sólo que unos meses antes.

244.- La Unión Comunista Anarquista Argentina (UCAA), formada durante 1921 y motorizada principalmente por los anarco-bolcheviques como un intento de constitución de una referencialidad específica de los grupos anarquistas desde la cual influir sobre un movimiento sindical organizado, desapareció luego de la ruptura entre dicha corriente y el protestismo.

ción de la FORA Comunista era casi total) era desprender “lógicamente” de la influencia de la revolución rusa las “nocivas” características del emprendimiento fusionista. Para ello, la revolución en Rusia debió ser reexaminada. De todas formas, las primeras críticas de los protestistas guardaron un equilibrio entre el apoyo a lo que efectivamente era una revolución obrera y campesina, y el cuestionamiento a las instituciones gubernamentales y coercitivas que, en lugar de extinguirse, acrecentaban su poder y capacidad de decisión. Mientras se manifestaba la grave situación de los anarquistas presos en Rusia y se hacían votos para que la revolución superara el “socialismo de Estado”, esa misma crítica se veía obligada a marcar sus diferencias con la que se publicaba en los medios de prensa burgueses. En el “Manifiesto Colectivo de las Agrupaciones sobre el estrangulamiento de la propaganda anarquista en Rusia”, las organizaciones protestistas y antorchistas firmantes se esfuerzan por separar sus simpatías revolucionarias de los ataques al régimen soviético:

“Las Agrupaciones que subscriben creen de su deber expresar sus simpatías y su más calurosa aspiración por la Revolución Social en todos los países, y notablemente por lo que en este sentido fue hecho por el pueblo de Rusia en toda la primera parte que va del derribo del zarismo a la expropiación de la burguesía, rechazando el pasaje del parlamentarismo o la república burguesa (gobierno de Kerensky, asamblea constituyente, etc.); pero manifiestan su desacuerdo con el socialismo de Estado, con el régimen actual de gobierno y centralización que se ha impuesto en Rusia...”²⁴⁵.

Es más que probable que el cuestionamiento de la revolución rusa fuera todavía problemático entre la militancia anarquista, cuya solidaridad con la gesta rusa parece ser una de las claves de las dificultades para la crítica de la experiencia soviética, máxime cuando muchas de las medidas coercitivas y represivas del gobierno bolchevique podían ser leídas como medidas defensivas ante un mundo hostil o como necesaria represión a una burguesía que ~~no~~ jamás aceptaría el nuevo orden sin resistencia –argumentos utilizados frecuentemente por los anarco-bolcheviques, pero también, como se ha visto, por personalidades tan influyentes como José Inge-

245.- *Manifiesto Colectivo de las Agrupaciones sobre el estrangulamiento de la propaganda anarquista en Rusia*, agosto 1921, firmado, entre otros por el *La Protesta, Tribuna Obrera*,

nieros. Además, esa solidaridad también había sido parte de la prédica de *La Protesta* desde octubre de 1917. Los razonamientos que colocaban toda crítica a la revolución rusa como una crítica burguesa y como una falta de solidaridad circulaban con facilidad y tenían potentes efectos –vale recordar nuevamente la disyuntiva de hierro que formulara Ingenieros, homologando posición revolucionaria con apoyo a la revolución rusa mientras calificaba de reaccionarios a quienes la discutieran. Por ello, en este mismo Manifiesto, unos párrafos más adelante, los firmantes señalaban que sus reprobaciones eran “por izquierda”:

“Las Agrupaciones que suscriben creen su deber, para borrar todas las calumnias o propalaciones interesadas contra el desarrollo o la influencia del anarquismo, delimitar el campo de los **anarquistas revolucionarios**, de aquel de la **burguesía reaccionaria**, que si bien combate a los bolcheviques, y aun a los socialistas del parlamento –como últimamente al senador socialista–, lo hace con el objeto bien visible, que nadie puede confundir con el del anarquismo, de combatir a la revolución en todas sus manifestaciones”²⁴⁶

Desde septiembre de 1921 las críticas de los protestistas se hicieron más agudas, y en gran medida repitieron las formuladas desde mediados de 1919 por los antorchistas. Desde el enjuiciamiento de la dictadura del proletariado pues era el mantenimiento de la autoridad y por tanto la ausencia de libertad, al repudio de las medidas represivas del gobierno bolchevique, pasando por las responsabilidades que en esas consecuencias había tenido la teoría marxista, *La Protesta* y la FORA Comunista se sumaron a las filas de los anarquistas objetores de la revolución rusa.²⁴⁷ Para apoyar estos nuevos análisis acerca de la revolución rusa y del sistema de soviets, comenzaron a publicarse en Buenos Aires, desde 1921, varios folletos de renombrados anarquistas a nivel internacional, como “La crisis del anarquismo” de Luigi Fabbri, “El congreso de Bolonia de la Unión Comunista Anárquica Italiana”, la compilación “¿Soviet o Dictadura? El gran dilema de la revolución rusa”, con textos de R. Rocker, E. Goldman, A. Berkman, P. Kropotkin y Makno; también la “Primera Conferencia de las Organizaciones

La Antorcha, Ideas (La Plata), Editorial Argonauta, Liga de Educación Racionalista, la UCAA (Unión Comunista Anarquista Argentina) y la FORA Comunista.

246.- *Ibidem* [subrayado en el original]

247.- *La Protesta*, 6/9/1921, p. 1.

Anarquistas de Ucrania 'Nabat'" cuyo subtítulo –"Documento para la historia del anarquismo en la revolución rusa"– expresa la voluntad de construir una contrahistoria a las versiones que equiparaban anarquismo y bandolerismo o anarquismo y contrarrevolución en el país de Gorki.²⁴⁸ En el mismo sentido, páginas y páginas del *Suplemento Semanal de La Protesta* –el cual según sus editores estaba destinado a debatir "problemas de orden internacional y de carácter puramente doctrinario"²⁴⁹– servirán para exponer numerosos artículos de anarquistas locales y del exterior destinados a construir una diferente versión de la revolución en Rusia, destacando en ella el rol de los militantes ácratas. Asimismo, la mayoría de los principales referentes internacionales del movimiento libertario –Fabri, Pestaña, Goldman, Rocker, Berkman, Schapiro– colaboraban directamente, o sus artículos eran traducidos y publicados casi de inmediato en este suplemento de *La Protesta*, sobre temáticas relativas a la revolución rusa.²⁵⁰

Como sus predecesores antorchistas aunque más explícitamente, quienes editaban *La Protesta* también trazaban una línea demarcatoria entre lo que fuera una auténtica y profunda revolución social y el momento de lo que ahora pasa a ser calificado como la traición bolchevique. En un artículo de *La Protesta* de febrero de 1922, se afirmaba que Lenin desplegó "la bandera de Bakunin" para hacer la Revolución; aún cuando secretamente era movido por la conquista del poder, el dirigente bolchevique debió apelar a los principios anarquistas porque "el pueblo ruso estaba inclinado a formas de vida social sin gobierno"; luego el autor del artículo agregaba:

"Lenin aparentó ser intérprete de los trabajadores y de los campesinos de Rusia, pero sólo hasta que pudo implantarse y afirmarse en órganos estatales el gobierno bolchevique. Logrado esto comenzó el estrangulamiento del pensamiento y de la actividad revolucionaria de Rusia [...] El jesuítico bakuninismo de Lenin en 1917 se convierte ahora en el teó-

248.- Luigi Fabri, "La crisis del anarquismo", Buenos Aires, Argonauta, 1921; R. Rocker et al., "¿Soviet o dictadura? El gran dilema de la revolución rusa", Buenos Aires, Argonauta, 1920; "Primera Conferencia de las Organizaciones Anarquistas de Ucrania 'Nabat'", Buenos Aires, Editorial La Protesta, 1922; "El Congreso de Bolonia de la UCAI", Buenos Aires, Argonauta, 1920; "Hacia una sociedad de productores. Lucha de ideas sobre los organismos de la revolución proletaria en Italia", Buenos Aires, Argonauta, 1921.

249.- *La Protesta. Suplemento Semanal*, n° 1, 9/1/1922, "Nuestros Objetivos", p. 1.

250.- Durante 1922 y 1923, entre el 30 y el 40 % de los artículos del Suplemento Semanal de *La Protesta* se referían a, o estaban estrechamente vinculados con, la revolución rusa. A partir del año 1924 su presencia es menor, aunque en todos los números existe algún texto referido a esa cuestión.

rico de la consolidación de las conquistas de la revolución ¿Qué conquistas? ... al hablar Lenin de conquistas revolucionarias no tiene presente más que a los miembros del comité ejecutivo del partido comunista; si habla del proletariado... lo hace por compromiso”²⁵¹

Las medidas del gobierno bolchevique, en esta perspectiva, pasaron a tener como objetivo la supresión de las libertades conquistadas “en el primer período de la subversión libertaria”²⁵².

Este desdoblamiento del proceso revolucionario ruso obedecía a distintos motivos, uno de los cuales era el de establecer alguna conexión entre esa revolución y las ideas anarquistas.²⁵³ Desde una mirada que construye dos momentos antitéticos en la experiencia rusa, destacando el primero de ellos como revolución social de contenido y forma libertarias y el segundo momento como el de su traición, estos escritores buscaban constituir un efecto legitimador sobre su propio discurso —en pugna con otros discursos sobre la revolución—, con el objetivo de consolidar su militancia y la adhesión de sus simpatizantes, como también intervenir sobre los sectores que en ese momento pudieran estar indecisos.

En el viraje hacia la crítica de la revolución rusa una de las cuestiones que en primer lugar ocuparon la agenda protestista fue la resignificación del gobierno bolchevique, abandonando esa efímera calificación del mismo como “socialismo de estado”. Lo que antes era visto como una necesidad para la supervivencia de la revolución —la “dictadura del proletariado”— pasó a ser estigmatizado como la razón de su sepultura; no se trataba, entonces, de un momento excepcional debido a las urgencias defensivas de una transformación incompleta porque acosada por fuerzas internas y externas que pugnan por volver al pasado. Por el contrario, la dictadura del proletariado era la nueva forma que asumían las fuerzas que pretendían aplastar lo genuinamente revolucionario de la gesta rusa. De allí que no existiera, como argu-

251.- *La Protesta. Suplemento Semanal*, nº 8, 27/2/1922, “La consolidación de los derechos adquiridos”, p. 1.

252.- “El Problema de la unidad obrera”, Buenos Aires, edición de *La Protesta* y Consejo Federal de la FORA Comunista, enero de 1922, p. 6.

253.- De la misma manera, es notable el esfuerzo por establecer *otra* historia de la revolución rusa, en la que se destaquen sus “originales” caracteres libertarios. Artículos de Ángel Pestaña —el prestigioso líder de la CNT española— sobre Majno, de Rocker sobre Kronstadt, y de varios autores sobre el anarquismo en los primeros tiempos de la revolución, componían una suerte de contrahistoria a la versión que se estaba “oficializando” en el mundo de la izquierda. Cfr. *La Protesta. Suplemento Semanal*, años 1922 y 1923.

mentaban los promoscovitas, una complementariedad entre soviets y sindicatos, sino que lo que existía entre ambas institucionalidades era un irreducible antagonismo: la dictadura del proletariado significaba la sumisión de los sindicatos a los soviets, los cuales no eran más que instituciones autoritarias, o sea, nuevas encarnaciones de la autoridad cuyo real propósito era la ruina de los sindicatos en tanto asociaciones voluntarias de productores libres.²⁵⁴

El Estado soviético no era ningún estado provisional o transitorio sino la manifestación más elocuente de “la nueva casta surgida del partido comunista”²⁵⁵. En rigor, en el razonamiento de los anarco-protestistas, el régimen bolchevique es una dictadura *sobre* el proletariado, lo que no podía ser de otra manera si se mantenía la continuidad de la institución estatal:

“La conservación y fortalecimiento del Estado, todo ese engranaje jurídico y económico elaborado para organizar la nueva vida y someter a una regla invariable, absoluta, a esa enorme población [...] trajo como consecuencia –para el proletariado– la pérdida de su propia individualidad, la anulación de todo espíritu de iniciativa y la más degradante esclavitud moral...”²⁵⁶

De ello inferían en forma inmediata, y lo remarcaban una y otra vez en las páginas de *La Protesta*, la comprobación de la justeza de la prédica antiestatal, antipolítica y antiautoritaria del anarquismo.²⁵⁷ El viejo principio según el cual todo partido en el gobierno se transformaría fatalmente en una burocracia asfixiante cuyos intereses particulares se opondrían, *vis á vis*, a los de las masas, estaría logrando en la experiencia rusa una nueva confirmación. Incluso –aducían estos anarquistas– aquellos que honestamente creyeron en la viabilidad de la concepción revolucionaria bolchevique no tenían más que observar la actual situación de la Rusia soviética para comprender que ese proyecto no conducía a la Ciudad del Ideal. “Dictadura comunista”, “tiranía bolchevique”, eran las nuevas designaciones para el régimen estatal soviético. De tal manera, Octubre de 1917, anteriormente nominado como el inicio de una revolución destinada a ser la aurora de una nue-

254.- *La Protesta. Suplemento Semanal*, nº 4, 30/1/1922, “Sindicatos y soviets”, p. 1.

255.- *La Protesta. Suplemento Semanal*, nº 2, 16/1/1922, “Estado y burocracia” por R. Escalante, p. 5.

256.- *Ibidem*, p. 5.

257.- *Ibidem*, p. 5.

va época, pasó a ser designado como el “golpe de Estado” que permitió a los bolcheviques encaramarse en el poder, y punto de corte entre los dos momentos de la revolución rusa, el momento libertario y el momento autoritario. La dictadura del proletariado no sería, entonces, más que la “dictadura del partido”; la formación de una casta burocrática privilegiada que, mediante la monopolización de los resortes sociales básicos ejercía un asfixiante y absolutista control de toda la vida social. Por ello, la realización plena de los “intereses proletarios” precisaba de una nueva revolución que implicara el definitivo derrumbe de todo poder estatal en Rusia.²⁵⁸

En esta línea de razonamiento, que como se ha visto recupera la mayoría de las críticas que en 1919 comenzaron a producir los antorchistas, las características altamente negativas de la experiencia bolchevique eran asociadas con el espíritu marxiano que alentaba a esa formación política. En numerosos artículos, durante los años 1922 a 1924, los militantes protestistas establecieron una continuidad entre el socialismo de cuño marxista, la “revolución política” que desembocaría indefectiblemente en la dictadura y la llamada “dictadura del proletariado” que implicaba el mantenimiento de la dominación estatal y por tanto de la opresión. La práctica bolchevique, orientada hacia “la conquista del poder”, no podía más que desembocar en la formación de una nueva forma de dominación, pues a diferencia de la “revolución social” que propugnaba el anarquismo, la “revolución política” no tenía connotaciones de transformación del orden social sino tan sólo la apropiación del poder por una “nueva casta” –una argumentación que, como se ve, retoma las críticas que formulara Bakunin.²⁵⁹

Esta característica “política” del marxismo –además de sus concepciones de un “estrecho clasismo”– constituían una “valla infranqueable” que lo separaba del anarquismo, a pesar del reconocimiento, por parte de estos anarquistas, de un origen común de ambas corrientes.²⁶⁰ La neta diferenciación con el marxismo que las principales plumas de *La Protesta* buscaban

258.- *La Protesta. Suplemento Semanal*, nº 8, 27/2/1922, “La consolidación de los derechos adquiridos”, p. 1. Cfr. También, entre otros números, el nº 2 (16/1/22), nº 4 (30/1/22), nº 10 (13/3/1922), nº 14 (10/4/22), nº 15 (17/4/1922).

259.- *La Protesta. Suplemento Semanal*, nº 1, 16/1/1922, p. 1. El mismo razonamiento se esgrime en numerosos artículos posteriores.

establecer a través de la crítica a la experiencia soviética, por medio de un despliegue argumental que rescatara para las corrientes ácratas todos los aspectos positivos de la revolución y emblocara los negativos con los grupos revolucionarios de orientación marxista, obedecía, en mi opinión, a una reacción por resituar la identidad anarquista, minada por una serie de procesos, la mayoría de los cuales escapaban largamente al campo de visibilidad de los propios pensadores libertarios. Una de las pocas cuestiones que lograron ubicar con meridiana claridad era el significativo impacto que para su conformación identitaria estaba teniendo la revolución rusa, expresado no sólo en la emergencia de una corriente anarco-bolchevique entre sus propias filas, sino en la nueva disputa que por la militancia revolucionaria tenían con el nuevo partido comunista. Más imperceptiblemente, pero evidente en las temáticas que se abordaron, lo que estaba siendo conmovido era el imaginario de la revolución construido por el anarquismo, un imaginario que aunque vagamente elaborado tenía de todas formas una profunda inscripción como aspecto legitimador del discurso y la práctica ácratas.

Los protestistas debían, de todas maneras, establecer tanto una argumentación del fracaso revolucionario en Rusia –teniendo en cuenta esa noción de una etapa libertaria “ahogada por la mano de hierro de la política marxista”– como una caracterización de la situación en la que estaba desembocando el proceso ruso. Respecto del primer problema las explicaciones oscilaron; en una de las interpretaciones, debida a López Arango, la revolución rusa no habría sido más que la “resurrección del espíritu indomable de un pueblo que no pudo ... domesticar la civilización”, pero cuyos resabios de cultura asiática cargados de misticismo religioso lo predispusieron asimismo a abrazar una nueva fe religiosa que cristalizó en “una nueva casta privilegiada: la burocracia bolchevique”²⁶¹. En otras palabras, el “atraso” cultural del pueblo que hizo la revolución, a la vez que explicaba esa rebelión marcaba sus límites. En un sentido próximo pero distinto, el editorial del Suplemento Semanal de *La Protesta* del 24 de setiembre de 1923 afir-

260.- *La Protesta. Suplemento Semanal*, nº 2, 16/1/1922, “Estado y burocracia” por R. Escalante, p. 5.

maba, desde una matriz evolucionista, que si el gobierno bolchevique era la consecuencia del fracaso revolucionario, ello no se debía a que el anarquismo no había sabido estar a la altura de aquel momento o a que la revolución no estuviera impregnada inicialmente de anhelos libertarios, sino simplemente a que todavía no era el tiempo de la revolución anarquista en la “lenta evolución moral de los pueblos”.²⁶²

Negado el carácter revolucionario del nuevo régimen de los soviets, *La Protesta* pasó a caracterizarlo como un “régimen social capitalista”. No habiendo sido modificada la estructura económica, los trabajadores seguían siendo asalariados, sólo que bajo el Estado-patrón era un partido político el que se había transformado en el único burgués. También brindaba argumentos a esta caracterización de la Rusia de los soviets como un sistema capitalista la implementación de la NEP: “En Rusia existe el capitalismo privado, con todas sus prerrogativas y privilegios, quedando reducido el Estado a sus funciones jurídicas: a su misión de perro guardián de los intereses capitalistas”²⁶³. Al equiparar la estatización de los medios de producción con la trustificación del capitalismo occidental no sólo sostenían que el sistema soviético había dejado intacto el orden social sino que era la más reciente forma que asumía el capitalismo, ya que “el capitalismo de Estado no es otra cosa que el Super-Estado capitalista, esto es, el capitalismo transformado de hecho en Estado”²⁶⁴.

Si la revolución bolchevique significaba la continuación del capitalismo, era posible, para los protestistas, extraer de ello una lección: los bolcheviques habrían demostrado “cómo no hay que hacer una revolución”.

“Yéndose en sangre, murió la revolución en Rusia; la revolución, que despertó tantas esperanzas ardientes y anhelos y que abrió heridas tan grandes, fue ahogada por los “amigos del proletariado”...

[...] Los bolcheviques no son tan sólo culpables del exterminio de la revolución rusa, sino también del fracaso de la revolución universal. Porque con su implacable centralismo estrangulador, bajo la máscara de

261.- *La Protesta. Suplemento Semanal*, nº 1, 9/1/1922, “Comentarios” por Xáxara (seudónimo de Emilio López Arango), p. 2. López Arango agregaba: “Substituyendo a Buda, Marx es el apóstol y el profeta de esa religión oficializada por el gobierno «comunista»”.

262.- *La Protesta. Suplemento Semanal*, nº 88, 24/9/1923, “Los anarquistas y la revolución rusa”, pp. 1-2.

263.- *La Protesta. Suplemento Semanal*, nº 22, 12/6/1922, “¿Capitalismo de Estado o Estado capitalista?”, p. 1.

264.- *Ibidem*, p. 1.

los soviets y la "dictadura del proletariado", y con su concepción del dominio de los comisarios, mataron toda creación de las masas en Rusia y restaron las simpatías de la clase obrera universal. El capitalismo universal obtuvo otra vez más una victoria, y debe agradecer al bolcheviquismo su salvación temporal"²⁶⁵

Por otro lado, y en función de contrarrestar las apelaciones a la realidad de sus rivales político-ideológicos dentro y fuera del anarquismo, Enrique Nido –cuyas colaboraciones en *La Protesta* eran cada vez más frecuentes y relevantes– se proponía refutar las argumentaciones que colocaban a la dictadura del proletariado y al estado transicional como consecuencias absolutamente inevitables de todo proceso revolucionario. Nido planteaba que, en rigor, la dictadura del proletariado era uno de los dos conceptos erróneos del marxismo –el otro era la idea de la creciente concentración del capital–; el marxismo presentaba a ese estado posrevolucionario como inevitable basándose en un "determinismo estructural" o a partir del "principio de sucesión de clases". Sin embargo, este autor se preguntaba en base a qué leyes de la sociología histórica los partidarios del marxismo podían demostrar "que el proletariado, como clase, tiene que recorrer la misma trayectoria recorrida por las clases nobles y capitalista". En una impugnación del "realismo" que se adjudicaban sus contrincantes políticos, Nido alegaba que el marxismo no podía apelar al campo experiencial para validar sus argumentaciones sobre la necesidad histórica de la dictadura del proletariado, pues carecía de los instrumentos teóricos que le permitirían "mensurar" el desarrollo o crecimiento de la historia.²⁶⁶ Si bien el análisis de Nido es objetable y poco sólido, su idea de eliminar el antagonismo entre ideas abstractas y encarnaciones concretas de la revolución a partir de objetar caminos ineludibles para las transformaciones sociales, permitía resituar el debate, intentando, además, anular las acusaciones de "doctrinarismo abstracto" que ya habían recibido los antorchistas.

265.- *La Protesta. Suplemento Semanal*, nº 15, 17/4/1922, "La lección de la Revolución Rusa", p. 2, tomado de *Arb Freind*, nº 5, 18/2/1922 y firmado por Sacha Pietro.

266.- *La Protesta. Suplemento Semanal*, nº 14, 10/4/1922, "El Dogma de la Dictadura" por Enrique Nido, p. 2. Véase también Enrique Nido, **Páginas de Afirmación**, Rosario, s/e, 1922.

La conjunta crítica de antorchistas y protestistas, y la notoria dirección única del Estado soviético por el partido de Lenin, obligó a los anarcobolcheviques a replantear parte de sus argumentaciones respecto de la revolución rusa y la dictadura del proletariado. Las aclaraciones, a cargo de Enrique García Thomas, ya no recorrían el tema de la transitoriedad de ese estado excepcional ni planteaban su estricta necesidad, como etapa ineludible de toda revolución:

“Si bien es cierto que en Rusia se denomina «dictadura del proletariado» al poder que ejerce el partido comunista, por nuestra parte entendemos que en un Estado proletario, si es necesario un Estado de fuerza, él debe ser ejercido por los mismos trabajadores mediante las organizaciones obreras. | sea

[...] Si el partido comunista en Rusia ejerce lo que se denomina «dictadura del proletariado», ello se debe a que las organizaciones obreras bajo el régimen zarista no habían adquirido el desarrollo necesario para poder asumir la gestión económica y política del nuevo régimen”²⁶⁷

Habría sido entonces la particular situación de la Rusia revolucionada, en la cual el bajo desarrollo del movimiento obrero impidió que éste, directamente, tomara las riendas del proceso revolucionario lo que llevó a los bolcheviques, a través del partido comunista, a hacerse cargo del estado y reemplazar lo que en rigor sería la dictadura del proletariado –un estado orientado por las organizaciones obreras y no por los partidos políticos– por la dictadura del partido. García Thomas recusaba las interpretaciones que, a su juicio, asimilaban “dictadura del proletariado” y “dictadura del partido”. Esta última, propiciada sólo por los “comunistas políticos” –o sea el PC–, no podía ser equiparada ni conceptual ni históricamente con lo que sería el gobierno de los trabajadores a través de sus organismos propios, sin mediación partidaria alguna. De todas formas, subyacía a esta interpretación una justificación de la posibilidad de sustituir al sujeto de la transformación si las condiciones históricas lo ameritasen. Quizás consciente de la “falla” en su argumentación, el propio articulista debió aclarar cómo concebía el proceso para la Argentina, y en qué casos estaría dispuesto a aceptar un estado en manos de una fuerza política:

267.- *El Trabajo*, 16/9/1921, p. 5.

[...] Pero si el poder del partido comunista en Rusia puede justificarse en parte, no ocurre lo propio en todos aquellos países en que los organismos sindicales han adquirido un regular desarrollo, encontrándose por ende, habilitados para tomar las riendas del poder. Ninguna de las tantas fracciones que se disputan el predominio en la dirección del proletariado organizado, puede ejercer un estado de fuerza en su nombre.

[...] Finalmente, decimos que al defender la dictadura del proletariado no defendemos la dictadura del partido, que es la que preconizan los comunistas políticos, y la aceptamos sólo en el caso que sea necesario un estado de fuerza para mantener las conquistas de la revolución”²⁶⁸

Las argumentaciones de los anarco-bolcheviques para defender sus simpatías con la Rusia soviética debían ahora remarcar el carácter excepcional y específicamente ruso de la institución de un estado dirigido por un partido político, como también explicitar las diferencias que los separaban radicalmente del novel Partido Comunista de la Argentina.

Estas consideraciones eran los soportes de la réplica a protestistas y antorchistas, quienes cada vez más construían su discurso de oposición al bolchevismo sobre el emparentamiento de comunistas –que en el argot ácrata eran los “comunistas políticos”– y anarco-bolcheviques casi hasta la mimesis, lo que producía un desdibujamiento de los rasgos libertarios de estos últimos. Al mismo tiempo era imperioso no sólo para el grupo de García Thomas sino para el anarquismo en general disputar el sentido y la propiedad del término comunismo. Los anarco-bolcheviques querían separarse de los comunistas políticos poniendo de relieve los diferentes proyectos en relación a la sociedad futura: “Así como el anarquismo trata de orientar la revolución hacia el comunismo libertario, el Partido Comunista procura encauzarla hacia el comunismo de Estado. Siendo por esto mismo dos concepciones completamente distintas”²⁶⁹. Las distintas aspiraciones de comunistas libertarios y comunistas políticos, en el razonamiento de García Thomas, enraizaban en sus divergentes concepciones del sujeto de la transformación revolucionaria y del rol de las organizaciones políticas. Esa divergencia, omitida por los anarquistas que pretendían refutar al anarco-bolcheviquismo tergiversando así sus verdaderas ideas y prácticas, no obstaba para que la revolución rusa no sólo debiera contar con la solidaridad de

268.- *Ibidem*, p. 5.

269.- *Ibidem*, p. 5.

los revolucionarios de todo el mundo, sino también para que a partir de ella se revelaran no pocas lecciones; entre esas enseñanzas se encontraba la concepción de la dictadura del proletariado como un concepto teórico e histórico distinto –y hasta opuesto– a la dictadura del partido.

En la nueva conceptualización que los redactores anarco-bolcheviques de *El Trabajo* hacen de la situación rusa, la figura de la “dictadura del proletariado” aparece despojada de casi todo rasgo opresivo, o, en palabras propias del léxico ácrata, no sería estrictamente un estado de dominación política. Esta reelaboración provenía de un cada vez mayor énfasis en una perspectiva “clasista” y en una preeminencia de la dimensión económica en la determinación del conflicto social y cultural. La desigualdad económica del capitalismo constituía el impedimento central para la existencia de la libertad, la cual brotaría espontáneamente si esa desigualdad se trocara en igualdad económica. Por ello, y dado que en el seno de la sociedad moderna se enfrentaban principalmente capitalistas y trabajadores, las imposiciones que estos últimos aplicaran en función de abolir la explotación no estarían minando la libertad:

“Con la dictadura del proletariado no se ataca pues la libertad, que no existe, sino la arbitrariedad y el predominio económicos, sustentáculo de la esclavitud del hombre”²⁷⁰

Los mecanismos defensivos de la dictadura del proletariado frente a los sectores resistentes al cambio social se limitarían, entonces, a imponerles el nuevo orden social –en rigor, instituir la igualdad económica bajo la fórmula de obligatoriedad del trabajo–; si eso significaba un recurso a la violencia, el anarquismo, que había recurrido siempre a la fuerza para imponerle a los burgueses la transformación social, también habría estado ejerciendo una “dictadura”.²⁷¹ Así, para los anarco-bolcheviques, sólo habría un estado posrevolucionario represivo en el caso de que el mismo estuviera dirigido por un partido y no por las organizaciones obreras, pues ese partido,

270.- *El Trabajo*, 20/9/1921, p. 1.

271.- *Ibidem*, p. 1, donde dice: “Porque si bien hay anarquistas que odian la dictadura del proletariado, palabra que no significa otra cosa que la imposición del nuevo orden económico a la clase que defiende las viejas desigualdades, todos los anarquistas están de acuerdo en el uso de la fuerza para llegar a la implantación de sus ideales, y la fuerza, tome los disfraces que tome, es siempre una dictadura”.

sea cual fuere, implicaba un mediación de la clase obrera. Estas ideas buscaban tanto ser una respuesta a los ataques que los anarco-bolcheviques sufrían desde el flanco anarquista como también un impugnación al Partido Comunista, que se presentaba como encarnación local de la dirección revolucionaria internacional:

[...]...la revolución rusa no ha sido realizada por el Partido Comunista sino por el proletariado ruso, habiendo participado en ella también elementos que a pesar de no ser obreros simpatizaban con la causa de la emancipación proletaria. Por nuestra parte entendemos que para que los trabajadores puedan emanciparse completamente de la clase dominante deben concretar su acción en el terreno de la lucha de clases practicada por medio de las organizaciones obreras. Son los sindicatos obreros y no los partidos políticos, llámense como se quieran, quienes deben también efectuar la reconstrucción de la sociedad sobre bases más equitativas y justas, asumiendo la dirección del nuevo régimen tanto en el orden económico como político”²⁷²

El acento en las organizaciones obreras implicaba una derivación hacia un clasismo entendido a partir de la dimensión “económica”, aunque esta misma dimensión abarcara mucho más que la relación salarial. Esta ratificación del rol irremplazable de la clase obrera y de sus organismos propios, los sindicatos, como protagonistas verdaderos del proceso revolucionario, se desplegó junto a una nueva elaboración de significado de la revolución, que pasó a ser entendida como proceso; se objetaba así la reducción de la noción de revolución a la de “conquista del poder político”. Sin negar la existencia de un momento de derrocamiento del poder burgués, los militantes anarco-bolcheviques sostenían que concebir en esos estrechos términos a la revolución significaba confundir “un accidente de la revolución con la revolución misma”²⁷³. Por ello, la revolución proletaria, siendo la más compleja de todas las revoluciones precedentes, no podía ser obra de minorías, ni siquiera si ellas eran efectivamente fuerzas obreras. La más relevante enseñanza de la revolución rusa habría sido, justamente, el haber presentado

272.- *El Trabajo*, 18/9/1921, p. 5. Y agregaban: “Al defender la revolución rusa, reconocemos la virtualidad innovadora que ella encarna y al combatir al Partido Comunista cuando pretende erigirse en director y orientador de los trabajadores sindicalmente organizados, no hacemos sino defender los atributos principales que constituyen los fundamentos básicos de las organizaciones obreras”.

273.- *El Trabajo*, 22/9/1921, p. 2.

ese complejo y creativo cuadro de emergencia de originales formas de intervención del proletariado.²⁷⁴

Los anarco-bolcheviques, entonces, ubicaban en primer plano la cuestión de la “unidad sindical”. Por un lado, porque los sindicatos eran los organismos específicos de la clase y, por tanto, los únicos para protagonizar verdaderamente una lucha de clases; cualquier otra institución, por más valederos motivos y justicieros propósitos que albergara, estaba incapacitada para desplegar una auténtica lucha clasista porque carecía de los fundamentos económicos para ello.²⁷⁵ Por otro lado, en un desplazamiento hacia posiciones anarcosindicalistas, los sindicatos eran pensados como instituciones cuyas potencialidades excedían largamente el conflicto económico; ya no eran concebidos como simples medios de defensa o búsqueda de reformas sin objetivos de alteración del orden social, sino que eran “escuelas” donde la clase se preparaba para las funciones directivas del orden revolucionario. Los anarco-bolcheviques iban incluso más lejos al plantear que las aspiraciones y anhelos de cambio social, de construcción de una sociedad igualitaria y libre, se expresaban a veces inconscientemente en las luchas sindicales por cuestiones que generalmente habían sido tematizadas como “reformistas”. A través de las organizaciones gremiales veían la emergencia de un mundo nuevo:

“El sindicato es la corporación revolucionaria de la clase obrera, sus luchas diarias, su moral divergente de la moral burguesa que va creando en estas luchas, su unión basada en los intereses económicos que representa, le dan un carácter de seguridad y firmeza que convierten el sindicato en el arma más poderosa de la revolución.”²⁷⁶

La unidad del movimiento obrero se transformaba entonces en una cuestión de principios político-teóricos y estratégicos. El problema de la definición ideológica de ese movimiento obrero unificado no podía, en la argumentación anarco-bolchevique, ser un escollo a la unidad.²⁷⁷ Esto no significaba despojarse de su identidad ni sacrificar los propios puntos de vista para no perturbar la unión de los trabajadores. Por el contrario, la unidad que

274.- *El Trabajo*, 13/9/1921, p. 2; 20/9/1921, p. 2.

275.- *El Trabajo*, 22/9/1921, p. 2.

276.- *El Trabajo*, 25/9/1921, p. 1. Véase también Manuel Porteiro, op. cit., pp. 30-32; José Torralvo, op. cit., pp. 19-20.

pensaban los anarco-bolcheviques era una unidad cargada de diversidad y de conflicto interno, pero un conflicto que conservara como norte la capacidad de acción conjunta del proletariado. Aquí, en este planteo, estos anarquistas, algo intuitiva y parcialmente, formularon un ~~práctica~~ que, prescindiendo de calcar la organización bolchevique, recuperaba la dimensión de la política en el seno de la clase obrera organizada. De hecho, y más allá de que la Alianza Libertaria Argentina –de tardía formación– fuera, como afirma Doeswijk, una respuesta al primer Congreso Regional de la militancia anarquista que protestistas y antorchistas organizaran –y del cual fueron explícitamente excluidos los anarco-bolcheviques–, la idea de una organización “política” en base a principios de asociación voluntarios, basistas y descentralizados –que impidieran la formación de una burocracia política–, estaba ya presente en las primeras formulaciones de esta corriente del anarquismo rioplatense, siendo su objetivo la disputa de la dirección del movimiento obrero a través de la propaganda y la acción en sus propias filas.²⁷⁸

Sin embargo, tanto el derrotero que siguiera la revolución rusa, pero más aún esta disposición cada vez más eminente a jerarquizar al sindicato y a sus diversas potencialidades –económicas, sociales y culturales–, terminaron con la fragmentación del grupo anarco-bolchevique. Como mencionaba más arriba, la Alianza Libertaria Argentina se escindió prácticamente en el mismo año de su fundación. Muchos de sus principales militantes serán luego importantes dirigentes de la USA, mientras que otros irán cayendo lentamente en el olvido.

Los sectores del anarquismo que a esta altura objetaban la revolución rusa tenían además otra cuestión en la que podían aunar esfuerzos: el problema de la fusión de las federaciones obreras. Tanto antorchistas como protestistas, como se ha visto, desplegaron una amplia propaganda contraria a la unificación sindical, alternando planteos referentes al “reformismo” de los sindicalistas –el cual se expresaba, según estos anarquistas, tanto en

277.- Manuel Porteiro, op. cit., pp. 25-29; José Torralvo, op. cit., pp. 19-20.

278.- Véase Fernando Gonzalo (seudónimo de Jesús María Suárez), “Anarquismo romántico y anarquismo revolucionario”, Buenos Aires, Ed. El Libertario, 1923, p. 29.

la tendencia al diálogo con el gobierno como en la escasa solidaridad que la FORA sindicalista había demostrado con ciertas huelgas y movimientos obreros de protesta—, como también puntualizando la capital importancia de la definición de los objetivos del comunismo anárquico si el movimiento obrero pretendía ser revolucionario. En este último sentido, los argumentos no eran diferentes de aquellos que, en 1905, la minoría esgrimiera para separarse de la FORA y constituir la FORA del V Congreso. Pero en esta particular coyuntura, los ataques a los intentos fusionistas en marcha estaban también salpicados por el debate sobre la revolución rusa. Así, *La Antorcha* podía calificar la conformación de la Unión Sindical Argentina (USA), propiciada según ellos por anarco-bolcheviques y comunistas políticos —a través de sus voceros *El Trabajo* y *La Internacional* respectivamente—, como una política cuyo único —y verdadero— objetivo no era otro que constituir la sección local de la Internacional Sindical Roja. Aún cuando muchos de los gremios que participaron de la formación de la USA lo hicieran, según los antorchistas, porque creían en la unidad, en realidad habían “mordido leal y sinceramente la carnada”: detrás de la política de unificación estaría la supeditación de todo el movimiento sindical a los dictados de la ISR, y por lo tanto de Moscú, pues la Sindical Roja no sería más que un apéndice de la III Internacional.²⁷⁹ A pesar de las furiosas críticas, el periódico *La Antorcha* no pudo dejar de expresar su satisfacción cuando el Congreso fundacional de la USA se manifestó por “el rechazo del concejal comunista Penelón [...] el rechazo de la Sindical Roja [...] la declaración del comunismo libertario como finalidad [...] la inclusión de los anarquistas encarcelados en Rusia entre los presos y los perseguidos de los cuales el proletariado se debe preocupar”²⁸⁰. Pero estos cuatro puntos que *La Antorcha* menciona eran otras tantas réplicas concretas a sus argumentos contrarios a la fusión; al reconocer estas cuestiones como positivas resoluciones del Congreso fundacional de la USA, las objeciones para que los antorchistas se negaran a la integración se tornan mucho más oscuras.

279.- *La Antorcha*, nº 32, 17/3/1922, p. 1.

280.- *Ibidem*.

Quienes dirigían *La Protesta* efectúan también un fuerte despliegue propagandístico contra el Congreso de unificación, motivados por aclarar “estos momentos de confusión” en que se hallaba la militancia libertaria, confusión que provenía, según ellos, de las tendencias bolchevzantes y de la fascinación sentimental que había causado la revolución rusa.²⁸¹ En un folleto editado conjuntamente por *La Protesta* y la FORA Comunista, referente al anunciado Congreso que luego diera lugar a la formación de la USA, esta corriente ácrata atacaba duramente a sindicalistas, “apolíticos” —o sea, anarco-bolcheviques— y “comunistas políticos”. Sin adentrarnos en detalle menores, puede decirse que dos ejes principales e interconectados sostenían la crítica del protestismo a la unificación de los organismos sindicales. En primer lugar, acusaba de burocratismo y autoritarismo centralista las formas de organización obrera propiciadas por las tres tendencias, fundamentalmente porque quebraban el principio de las asociaciones obreras por grupos de afinidad (sindicatos por oficios) para privilegiar el sindicalismo industrial.

En segundo lugar, esta concepción del movimiento obrero organizado, disciplinado a través de rigurosas leyes propias “de un código burgués”, sería, según sus detractores, la lógica consecuencia de una concepción de la revolución derivada de la experiencia rusa, en la que coincidían las tres vertientes de la USA. Más allá de los apetitos hegemónicos particulares, la unidad que se perseguía estaba impregnada de inmediatismo: lo que tanto sindicalistas como “bolchevzantes” (sea la corriente anarco-bolchevique o el PC) se empeñaban en formar era el “frente único de acción anticapitalista” cuyos estrechos objetivos serían “establecer la dictadura del proletariado y reemplazar al capitalismo en sus funciones económicas”.²⁸² Para los editores de *La Protesta*, sería este un pensamiento “economicista” de la revolución, que concebía esta última únicamente como subversión de las relaciones de explotación económica; por ello la resignación de la “definición ideológica” del proletariado unificado: esa definición no resultaba necesaria si se combatía la explotación pero se pensaba dejar intacta la autoridad:

281.- “El Problema de la unidad obrera”, op. cit., p. 14.

282.- *Ibidem*, p. 2.

“Con esta declaración antiburguesa se limita la acción del proletariado a la lucha contra el capitalismo, dejando en pie –y hasta fortaleciendo– la causa originaria de todos los males: el Estado. Y es ese criterio autoritario, esta concepción estatal del marxismo, la que separa profundamente a los anarquistas de esa nueva teoría revolucionaria que pretende [...] la conquista del poder y la implantación de la dictadura del proletariado”²⁸³

Así, en los pliegues del discurso fusionista, los protestistas creían descubrir esa “declaración de fe marxista” que disfrazada de “oportunismo de aspecto revolucionario” era en rigor la nueva idea de la conquista del poder. Como corolario de estas ideas, *La Protesta* respaldaba anticipadamente sus aseveraciones en la pronosticada adhesión de la nueva federación emergente a la Internacional Sindical Roja²⁸⁴, que no era más que la subordinación a los dictados de Moscú.

Un aspecto interesante presente en este folleto del protestismo es que el centro de la crítica de *La Protesta* no es el habitual ataque a los sindicalistas por reformistas (aún cuando en varios pasajes se dediquen a ello); el principal eje es el tipo de unidad que se está gestando y la supuesta influencia que la experiencia rusa tendría en este proceso. Es probable que las críticas fueran exageradas; como decía anteriormente, la USA no adhirió a la ISR y realmente una estrategia de “toma del poder” estaba lejos de ser el criterio principal para su formación. Ello induce a pensar que la preocupación protestista no estaba determinada tanto por lo que los sindicalistas estaban diagramando sobre el mapa del mundo del trabajo, sino por los efectos que tenía entre las filas libertarias la idea de unidad del proletariado por encima de las divergencias ideológicas.

Más allá de esta coincidencia entre antorchistas y protestistas para denostar la formación de la USA, ambas corrientes produjeron, en los años que van de 1922 a 1924, un intento por entender la especificidad del régimen soviético. *La Antorcha* se inclinaba a pensar la experiencia bolchevique, en tanto genuina expresión del socialismo marxista, como una nueva forma de dominación. Para los antorchistas el marxismo habría sido siempre “un

283.- *Ibidem*, p. 3.

284.- Los proyectos de la mayoría y la minoría presentados en la convocatoria al Congreso de unificación, planteaban la adhesión a la ISR, pero resguardando la independencia de los organismos obreros y proponiendo que la misma ISR fuera independiente de toda institución política (o sea de la III Internacional).

movimiento hacia el poder”, cuya figura emblemática era la democracia socialista. Esta democracia, a su vez, era una nueva modalidad de “la dominación estatista y la servidumbre de la clase obrera”. Lo que había surgido en Rusia era una nueva clase, una “categoría económica especial” insertada entre trabajadores y patrones, que venía a reemplazar a la burguesía decadente mediante la revolución política.²⁸⁵ Los bolcheviques serían, entonces, la encarnación de la democracia a partir de nuevos métodos, aún cuando su objetivo fuera el de siempre, el de toda “política”: la constitución de un poder estable. Esta nueva metodología propia del bolchevismo remitía, en la argumentación de los escritores antorchistas, a la constitución de un disciplinado movimiento obrero bajo la dirección centralizada y autoritaria del partido político; es más, la política bolchevique no se detendría en las fronteras rusas sino que se propagaría como nueva forma de dominación mediante la constitución de análogos movimientos en distintos países, a través de la ISR y la Tercera Internacional.²⁸⁶ Mediante las convocatorias a establecer la dictadura del proletariado y la nacionalización de la vida económica, se estaría configurando un disciplinado movimiento obrero cuya obediencia puramente militar lo encolumnaría tras la voz de mando del “partido central democrático” que, como en Rusia, concentraba en definitiva todo el poder.

La Antorcha construyó mediante estas argumentaciones la figura del “pérfido bolchevique”, ese “demócrata que aspira a agarrar el poder, a organizar y a mandar a las masas”²⁸⁷. Su imagen, la del “enemigo más peligroso” del anarquismo, mezclaba astucia con seducción y su posición amenazante residía en su capacidad de intervención política a la par que ocultaba sus verdaderos intereses: “El bolchevismo es extremadamente sutil, astuto, vulgarmente materialista. Se adapta a todos los lados de la naturaleza humana, ocultando admirablemente bien los objetos de esta adaptación, y gracias a esto es fuerte en sus trampas estratégicas”²⁸⁸. Esta virtualidad del “bolcheviquismo” residiría, a juicio de los editores de *La Antorcha*, en esa combinación de marxismo y democracia, conceptos ambos que estos escritores no

285.- *La Antorcha*, nº 63, 8/12/1922, “El espíritu de clase del bolchevismo y del sindicalismo revolucionario”, p. 3.

286.- *Ibidem*, p. 3.

287.- *Ibidem*, p. 3.

se cansaron de denostar. El socialismo marxista, criticado por sus perfiles autoritarios, habría encontrado en la democracia –que implicaba necesariamente, para los antorchistas, la representación de los grupos sociales en un cuerpo dirigente que se autonomizaba de las bases electoras– la forma de construir un poder disciplinador que, tras la fachada de la fraseología revolucionaria, mantenía inalterado el esquema de opresión. Desde esta perspectiva el movimiento que había surgido con la revolución rusa poseía una dimensión universal, en tanto era la nueva forma de dominación sobre los oprimidos que reemplazaría, paulatinamente, a desvencijada y ya anticuada “democracia burguesa”.

También los redactores de *La Protesta* incursionaron repetidamente en la búsqueda de una caracterización del nuevo régimen soviético. La elaboración de los protestistas partía de identificar un mismo proceso contrarrevolucionario que más allá de sus diferentes expresiones tenía en común su articulación desde el corpus marxista. Bajo la forma del “marxismo democrático” de Ebert, del “marxismo bolchevique” de Lenin o del “marxismo fascista” de Mussolini, las viejas instituciones e ideas burguesas que entraron en crisis desde la guerra mundial, estaban siendo reemplazadas por el marxismo, pero sólo para mantener inalterado el proceso histórico capitalista.²⁸⁹ La más fuerte de las figuras elegidas por *La Protesta* fue la de parangonar el régimen bolchevique con el fascismo italiano. Uno y otro eran la emergencia de un nuevo tipo de autoridad destinado a mantener el orden social. En la ilustración de tapa del Suplemento Semanal de *La Protesta* del 26 de noviembre de 1923 se observa a un obrero flanqueado por dos guardias; el trabajador –en cuyo rostro se refleja una mezcla de perplejidad y tristeza–, encorvado por lo que puede inferirse era una tarea agotadora, está provisto de un tarro de pintura y una brocha. En la leyenda al pie del grabado se lee: “Con pintar todas las instituciones burguesas de rojo, tenemos al bolcheviquismo revolucionario”.²⁹⁰ Esta imagen que representa lo poco que habría cambiado esa sociedad con respecto a la burguesa –sólo en el discurso–

288.- *Ibidem*, p. 3.

289.- *La Protesta. Suplemento Semanal*, nº 88, 24/9/1923, “Los anarquistas y la revolución rusa”, pp. 1-2.

290.- *La Protesta. Suplemento Semanal*, nº 97, 26/11/1923, p. 1.

conlleva un nivel de generalidad desde el cual es prácticamente imposible pensar la especificidad de la recién formada Unión Soviética. Es probable que, además de cierta propensión del anarquismo vernáculo a plantear los problemas en términos generales eludiendo sistemáticamente las matizaciones, esta indiferenciación entre la sociedad burguesa y la sociedad soviética, o la equiparación entre esta última y la que estaba surgiendo con el fascismo en Italia²⁹¹, hayan sido el producto de preocupaciones bien distintas de las motivadas por una indagación sobre su realidad específica. La abrumadora mayoría de los artículos que describen la Rusia soviética, generalmente debidos a la pluma de algún anarquista ruso –como Volin– o a algún teórico de prestigio internacional –como Fabbri, Goldman o Rocker– se orientan a organizar con la mayor fuerza discursiva posible los datos que evidencian el mantenimiento de la autoridad-Estado y el trabajo asalariado. Estas permanencias, descontextuadas –en tanto no presentan una visión global de la sociedad rusa– y dotadas de valor transhistórico, son jugadas en el orden discursivo a fin de impugnar la experiencia bolchevique como una auténtica revolución social.

Es cierto que los escritores ácratas fueron de los primeros en señalar críticamente esas tendencias autoritarias que cristalizarían luego en el stalinismo, como el rol sustituido adoptado por los bolcheviques, la represión de las disidencias políticas o la pérdida de autonomía de las instituciones soviéticas, sindicales, etc. En este sentido, la crítica anarquista era una crítica estimulante y sugerente.²⁹² Sin embargo estas intervenciones, más que desentrañar los derroteros del proceso ruso, parecen haber estado dirigidas a reconstituir la concepción y el imaginario revolucionario del anarquismo, y a resguardar su perfil identitario. Durante el año 1924 se publicó una profusa cantidad de artículos que intentaban precisar las ideas anarquistas en torno a la revolución imaginada. Algunas cuestiones claves fueron abordadas en

291.- En varias ilustraciones del Suplemento Semanal de *La Protesta* puede observarse a Lenin y Mussolini, o a un bolchevique y a un fascista dialogando amable e irónicamente sobre los logros de sus respectivos regímenes, por otra parte caracterizados como esencialmente similares.

292.- Es destacable que cuando parte del anarquismo pasó a la censura de la revolución rusa se hiciera eco de la temprana crítica que a los bolcheviques hiciera Rosa Luxemburg. Véase un artículo de Rudolf Rocker en el que se reproducen extractos del texto de Luxem-

clara confrontación con lo que decían era la concepción revolucionaria del marxismo, pero más que nada con la imagen construida a partir de una lectura de la revolución rusa que fuera descifrada –por la mayoría de los amigos y los enemigos en términos sumamente esquemáticos. Frente a ese imaginario revolucionario en el que las trazas de la experiencia bolchevique parecen haber sido de una densidad sólo reconocida por la hegemonía que alcanzó varios años después, las corrientes anarquistas se propusieron recuperar los rasgos del imaginario ácrata como parte de la recomposición de su perfil militante y revolucionario. Una variedad de temas fue entonces transitada; entre los más visitados destacan la objeción de la revolución entendida en términos clasistas y las nociones de una etapa transicional o de una revolución concebida por etapas.²⁹³

Hacia fines de 1924 poco queda, en el anarquismo, que se identifique con la revolución rusa. Los anarco-bolcheviques se dividieron justamente en el año de formación de la ALA, y la mayoría de ellos se convirtieron al anarcosindicalismo. Antorchistas y protestistas, críticos de la experiencia bolchevique, se transformaron en grupos minúsculos, con escaso peso en el movimiento obrero. Lo más importante quizás, porque permitió en su momento esas lecturas esperanzadas de la revolución, fue que la actividad huelguística y movilizadora de gran parte de los trabajadores en la inmediata posguerra se trocó en pasividad desde 1922.

Aquellas primeras imágenes de la revolución rusa como evento que anunciaba el inicio de los “tiempos nuevos”; esa lectura del Octubre rojo como corte cataclísmico y apocalíptico, cuya furia destructora era la precondición de la construcción de la Ciudad del Ideal; esos sesgos milenaristas y románticos que los anarquistas pusieron en juego a la hora de descifrar los primeros pasos del levantamiento ruso, todas esas imágenes y figuras fueron abandonadas definitivamente para explicar aquella revolución –incluso

burg que había sido recientemente publicado por Paul Levi, en *La Protesta. Suplemento Semanal*, nº 13, 3/4/1922, p. 2 y 3.

293.- Véase, por ejemplo, *La Protesta. Suplemento Semanal*, nº 88 (24/9/1923), nº 93 (29/10/1923), nº 118 (21/4/1924), nº 121 (12/5/1924), nº 124 (2/6/1924), nº 127 (23/6/1924), nº 131 (21/7/1924), nº 144 (20/10/1924), nº 148 (17/11/1924), nº 154 (29/12/1924).

por quienes siguieron simpatizando con ella. Así podía expresarse Diego Abad de Santillán:

Hubo momentos en el agitado período de 1918 a 1921 en que realmente la revolución llamaba a nuestras puertas y nos hacía sentir el júbilo de la hora suprema de todas las reivindicaciones. Una ola internacional de entusiasmo solidario conmovió a los esclavos modernos y les llamó a la conquista del porvenir...[...]...Se vivieron en esos años horas inolvidables y el despertar de los pueblos ofreció un espectáculo grandioso y conmovedor. ¡Por fin se descubría a nuestras miradas ansiosas la tierra prometida! Surgió una Rusia preñada de promesas de libertad de entre los escombros del zarismo y por todas partes caían en ruinas los viejos sistemas carcomidos por la ola de fuego de la revolución. Sólo fue un despertar pasivo de las masas de esclavos; una ráfaga extraña [...] aparecieron los rayos de una aurora nueva y Prometeo levantó la frente, pero no supo destruir sus ligaduras...²⁹⁴

Al mismo tiempo que la revolución rusa dejaba de ser leída desde esas claves, el imaginario revolucionario propio del pensamiento libertario intentó ser reconstruido luego del cimbronazo al que lo sometió “la revolución efectivamente realizada”. Las claves milenaristas y apocalípticas nutrieron nuevamente las ideas que sobre la revolución propiciada tenían los pequeños cenáculos libertarios. Sin embargo, tanto el universo de la izquierda militante –e incluso el ya pequeño mundo del anarquismo local– como las imágenes de la revolución habían sido drásticamente tocados por la revolución rusa.

294.- *La Protesta. Suplemento Semanal*, nº 110, 25/2/1924, “Breviario de la contrarreacción” por Diego Abad de Santillán, pp. 2 y 3.

VII. Conclusiones

“¿Es que el anarquismo se encuentra en crisis? ¿Ha fracasado quizás frente a la experiencia de la Revolución Social? ¿Nuevas doctrinas han venido a destruir su posición revolucionaria?”

Del prefacio de los editores a Luigi Fabbri, *La crisis del anarquismo* (Bs. As., 1921)

Una característica que recorre la más diversa literatura anarquista sobre la revolución rusa en los años inmediatamente siguientes a su realización, es esa búsqueda permanente por encontrar en la Rusia revolucionaria los “avales” históricos para los discursos y las prácticas propias, una certificación en la historia para lo dicho y hecho hasta entonces por el anarquismo. Esta común traza de las recepciones libertarias puede observarse tanto en ese inicial éxtasis apoteótico ante la confirmación de las predicciones que el credo libertario –sea desde cierta matriz evolucionista o desde claves mesiánicas–, había anunciado desde siempre, como también en ese desciframiento de la revolución rusa en los términos del imaginario apocalíptico del anarquismo radical. Tan significativo como estos lugares desde los cuales se emprende la lectura de la revolución, es un silencio que sintomáticamente cruza todos estos años: son muy pocos los escritos ácratas en la Argentina en los que el proceso revolucionario ruso intenta ser analizado a fondo, dando cuenta de sus específicas determinaciones y de las distintas alternativas y posibilidades que pudiera desplegar en cada momento, y sin importar las consecuencias políticas y teóricas de tal indagación. Así, por ejemplo, llamativamente faltan estudios específicos sobre la historia de esos maximalistas que tanto preocuparon a los anarquistas locales –y que fueron interpretados inicialmente más por lo que se quería que ellos fueran que por lo que efectivamente eran. Cuando finalmente, y luego de la “desilusión”, se vuelve sobre los bolcheviques es, generalmente, para “comprender” su actitud en tanto consumada expresión del marxismo o socialismo autoritario. Puede señalarse otro rasgo de ese mencionado silencio: cuando gran parte de los anarquistas objetan y rechazan la revolución rusa, las explicaciones

sobre las causas que convirtieron esa explosión social –caracterizada como libertaria en su fase inicial aún entre quienes fueran sus críticos más acérrimos– en un régimen estatal que para el anarquismo era un retorno a fojas cero, casi siempre remiten a una cuestión que no necesitaba ser nuevamente argumentada porque formaba parte de la tradición ácrata: las razones de ese funesto final obedecieron a la fisonomía autoritaria y estatalista del socialismo marxista, y los bolcheviques, imbuidos de tal concepción, se apoderaron del curso de la revolución y “traicionaron” sus originales propósitos.²⁹⁵

La misma característica tuvieron las objeciones que antorchistas y protestistas realizaron finalmente. La mayoría de esas críticas no se elaboran a partir de transitar terrenos que revirtieran en un mejor conocimiento de las peculiaridades de esa revolución, o que sugirieran claves para entender lo que en sí mismo era un proceso revolucionario²⁹⁶; menos aún se intentaron indagaciones o se construyeron problemáticas que sirvieran para separar lo que podrían ser las características propias de la experiencia rusa de aquellas cuestiones que pudieran servir para la reelaboración crítica de las teorías revolucionarias. Sintéticamente podría decirse que no hubo ni una efectiva apropiación histórica ni un real aprovechamiento teórico de la revolución de los soviets. Las condenas al bolcheviquismo, el sistema soviético o

295.- Mientras se mantuviera la calificación de los momentos iniciales de la revolución como una explosión social de signo libertario, su tránsito hacia un régimen estatal era un problema de primer orden para la teoría y la práctica anarquistas; sin embargo, no fue abordado más que en los términos citados. Quienes parecen haber percibido la importancia de un silencio tan significativo desplegaron otra operación discursiva, tendiente a negar las características anarquistas que se adjudicaban a la revolución rusa. Pero este tipo de intervenciones fue más bien escasa y aparecía esporádicamente en la crítica de autores que argumentaban principalmente desde esa mirada que desdoblaba y contraponía el momento libertario y el momento autoritario. Incluso los antorchistas se preocuparon por delimitar claramente su ataque al régimen soviético de su solidaridad con la revolución.

296.- No ha sido ese el caso de los artículos producidos por anarquistas europeos o norteamericanos, algunos de ellos publicados a partir de 1920-21 por *La Protesta* o el grupo antorchista; sin embargo, las apropiaciones que de estos textos realizaron los anarquistas que militaban en la Argentina revelan una fuerte tendencia a desplazar el análisis histórico y político de la revolución rusa por su crítica en tanto desviación respecto de cuestiones cardinales del pensamiento libertario. El objetivo –varias veces confesado– era reparar la “confusión” que se había apoderado de la militancia ácrata, lo que obligaba a restituir los contornos de la identidad anarquista, ahora frente al bolcheviquismo, mediante la revalorización de sus principios doctrinarios. Así, por ejemplo, en el *Suplemento Semanal de La Protesta*, desde 1923 y sobre todo desde 1924, se publican numerosos artículos de contenido teórico o doctrinario, textos sobre la historia del anarquismo y sobre sus perspectivas futuras. Cfr. *Suplemento Semanal de La Protesta*, 1923 y 1924.

la NEP se hicieron en el mismo espíritu confirmatorio y con los mismos silencios con que se celebrara su advenimiento mesiánico: como los bolcheviques demostraban cómo no hacer la revolución, se reafirmaba el ideario antiestatal y antipolítico del anarquismo y se reclamaba para esta corriente el ser la única tendencia práctica y teórica auténticamente revolucionaria.

Aun cuando los escritores anarquistas –seguramente por esa inclinación tan arraigada a negar casi toda construcción institucional– hayan sido realmente precursores en la percepción de tendencias en la revolución que la mayoría de los bolcheviques sólo apreciaron en su justa medida varios años después, ello no impide puntualizar que algunas de sus observaciones sean inscriptas en esquemas a veces demasiado maniqueos, donde los matices raramente pueden ser pensados o señalados. Probablemente cierto esquematismo –de más está decir que con las obvias salvedades– a la hora de pronunciarse a favor o en contra de la revolución rusa se derive de una propensión, bastante arraigada en la militancia libertaria de la Argentina, a producir reflexiones que transiten el terreno de las caracterizaciones generales, deteniéndose en el momento en que se precisa de análisis detallados y complejos sobre las situaciones específicas y concretas de cada región o lugar.²⁹⁷ De todo ello resultó que en la mayoría de las variadas recepciones que el anarquismo vernáculo hiciera de la revolución rusa, e incluso en las diferentes etapas que hemos identificado respecto de dicha recepción, fue preeminente el “uso simbólico” de la experiencia soviética, lo que colocó en posición subordinada la posibilidad de su “uso ejemplar”.²⁹⁸ Ese “uso simbó-

297.- Aun cuando los pensadores anarquistas en la Argentina han llamado sostenidamente la atención sobre dimensiones de la vida social generalmente subordinados en los discursos y prácticas de la izquierda, demostrando incluso mayor sensibilidad para percibir las variadas y complejas formas de la opresión y la explotación, es notable que no hubieran formulado un análisis de nuestro país en base a sus especificidades, con su particular y distintiva configuración de clases, formación del Estado, del régimen político o con su peculiar “cuestión nacional”. De la misma manera, los análisis de la situación pre y posrevolucionaria en Rusia tuvieron el mismo carácter general o, en todo caso, discurrieron sobre cuestiones medulares al análisis general a fin de abonar tal o cual hipótesis, tal o cual posición ante la revolución.

298.- Utilizo los términos “uso simbólico” y “uso ejemplar” como los definió Georges Haupt; el primero refiere a la atracción –o rechazo– de la revolución y su plasmación en imágenes, mentalidades, etc., transfiguradas por elementos ideológicos (adjetivaciones sobre la heroicidad, la magnificencia, la resistencia, etc.). El uso ejemplar remite a las conclusiones teóricas e históricas de la revolución, en tanto puede operar como referencia histórica, como paralelo histórico, como experiencia histórica y como referencia teórica, y aún como modelo. Obviamente los usos de la revolución como ejemplo y como símbolo pueden combinarse o aparecer disociados y en oposición. Cfr. Georges Haupt, op. cit.

lico” era potenciado además por la ascendente conflictividad social de posguerra, la que a su vez realimentaba las lecturas de Rusia como el inicio de la anunciada revolución social.

El tipo de lecturas que los anarquistas hicieran de la revolución rusa y los silencios que las recorrieran, parecieran encontrar su sustento en las dificultades para adoptar frente a esa revolución actitudes que se colocaran más allá del apoyo incondicional o el rechazo absoluto, como si la propia militancia libertaria estuviera desde entonces signada por su definición ante los acontecimientos que tenían lugar en Rusia. Seguramente esas formulaciones que asociaban el propio perfil revolucionario con el apoyo o la identificación con Rusia, como par antagónico al compuesto por la crítica a la Rusia soviética y la posición reaccionaria —o a través de una combinación cruzada de los mismos elementos—, se nutrieron de la lógica bipolar en la que frecuentemente suele recostarse la política; pero en todo caso habría que explicar la centralidad del caso ruso para esta construcción al interior del campo anarquista, en el que competían al menos tres definidas corrientes, con sus propios perfiles, formas de acción y proyectos. La importancia de la revolución rusa pareciera obedecer a que ella ilumina, a la vez que colabora en producir, una crisis del anarquismo —que seguramente tiene más hondas causalidades—; la crisis que la experiencia soviética pone de manifiesto es la crisis del imaginario revolucionario del anarquismo y de su identidad tal como habíase constituido en las postrimerías del siglo XIX.

En este sentido vale la pena recordar las expresiones que en esos años de posguerra formulara Luigi Fabbri. Decía el influyente anarquista italiano que la revolución rusa significaba la apertura de una nueva época de crisis para el pensamiento libertario, porque ella imponía la “depuración de las ideas” y hacía imperiosa una revisión de sus propias doctrinas y tácticas. Su futuro, el del anarquismo, dependía de la superación de esa hora de crisis, lo que sólo lograría “a condición de que, sin permanecer reacio hacia la gesta revolucionaria cumplida en Rusia, consiga superar el actual estancamiento de ideas y realizaciones en que ha caído la revolución para encau-

zarla una vez más hacia la total realización de sus aspiraciones²⁹⁹. Evidentemente Fabbri estaba consciente de la fuerte relación que se había establecido entre la revolución rusa y las teorías y movimientos revolucionarios, incluso más allá de si se habían identificado o no con aquella gesta, porque además de expectativas esa revolución había relanzado viejos debates y propuesto otros nuevos.³⁰⁰

En efecto, la revolución rusa no sólo permitía creer en el inicio de una nueva época histórica signada justamente por la inminencia de la revolución social; su propio y particular acontecer dibujaba en el horizonte inmediato una serie de problemas y cuestiones que las fuerzas autodenominadas revolucionarias debían enfrentar y responder. En primer lugar, desplazaba el debate sobre la revolución social desde el terreno especulativo hacia un espacio en el que se cruzaban y determinaban mutuamente las dimensiones teórico-política y político-práctica –hasta el punto de hacerse indistinguibles. Pero paralelamente el mismo curso de la revolución operaba una escisión entre lo normativo y lo real, y permitía eludir, entonces, ese nuevo terreno y posicionarse en uno u otro de los términos. Como el proceso revolucionario ruso se debatía entre lo que se quería que fuera y lo que efectivamente era, esta escisión entre lo normativo y lo real llevaba comúnmente a que en nombre de la realidad revolucionaria y de sus necesidades se justificaran políticas contrapuestas a los principios que impulsaban a los revolucionarios, mientras que, inversamente y atrincherados en la norma, hubiera quienes pudieran obviar las múltiples determinaciones de la realidad revolucionaria.

En segundo lugar, y vinculado a lo anterior, la revolución en Rusia tenía, como efecto, una revalorización de la política para las perspectivas revolucionarias. A ello contribuían, entre otras, las experiencias de los soviets –revitalizando lo político en tanto imprescindible dimensión de la constitución del sujeto revolucionario que, a su vez, adquiriría más definidos perfiles clasistas–, como la del partido bolchevique –dando nuevos elementos a la discusión que, en el lenguaje anarquista, giraba en torno a la cuestión de la pertinencia o no de la “organización específica”. En tercer lugar, con la

299.- Luigi Fabbri, op. cit., p. 3. Es destacable que Fabbri fuera un asiduo colaborador de *La Protesta*.

300.- En un sentido similar se pronunciaba aquí José Torralvo, op. cit., pp. 11 y ss.

posición lograda por los bolcheviques, el surgimiento de la III Internacional y la ISR se operaba una reconfiguración del mundo de la izquierda; si esa reconfiguración era en sí misma un problema para todo el campo de izquierda, en el caso del anarquismo se vería agravada su inscripción en el mismo por lo que ellos sentían era una usurpación: el apelativo comunista ya no sería de su exclusiva pertenencia y no los identificaría claramente frente a otras tendencias revolucionarias.³⁰¹ Esta nueva voz en el mundo de la izquierda tenía, además de la explícita voluntad de hegemonizar a las fuerzas revolucionarias mediante un programa y una práctica sumamente determinada, resonancias mucho más perturbadoras para el anarquismo: si se deseaba la transformación social había que prepararse para producirla —o al menos colaborar en su desencadenamiento—, y ello requería de una estrategia de poder, una cuestión que el anarquismo se había obstinado en eludir.

Estas problemáticas aparecían en verdad como una nueva constelación, como un nuevo conjunto de coordenadas para pensar la revolución social, lo que implicaba un desafío mayúsculo para los imaginarios revolucionarios preexistentes, y en particular para el que había construido el pensamiento libertario. Las representaciones que el anarquismo radical construyera acerca de la revolución, como los caminos que hacia ella conducían, fueron puestos bajo sospecha.

Brevemente, y para no repetir lo ya dicho, puede señalarse que las actitudes del anarquismo de la Argentina ante la revolución rusa estuvieron determinadas en parte por las características y los posicionamientos de las corrientes que poco antes habían comenzado a dibujarse en el campo ácrata local, y en no poca medida la revolución aceleró las delimitaciones entre esas corrientes. Paradójicamente, la revolución rusa, que propició inicialmente una recuperación de la incidencia del anarquismo argentino entre los trabajadores, finalmente se constituyó en un desafío que colaboró en su larga contracción.

Dejemos ahora a un lado los diferentes momentos por los que transitaron las distintas recepciones que de la revolución en Rusia hicieron los anarquistas de la Argentina, y atendamos a las actitudes que expresaron las

301.- Véase al respecto el citado folleto de Luigi Fabbri.

principales corrientes anarquistas. En primer término, los llamados anarcobolcheviques, seguramente la tendencia libertaria más notoriamente influida por los sucesos rusos, expresaron el esfuerzo más importante por renovar el universo conceptual ácrata, con hondas consecuencias respecto de las prácticas tradicionales del anarquismo. Si bien en los primeros años se observa una traslación algo mecánica de lo que por otra parte son análisis sumarios y esquemáticos de la experiencia bolchevique, sus elaboraciones posteriores a 1919 constituyeron un original intento de apropiación de lo que creían eran las novedades que Rusia aportaba a la lucha revolucionaria. Con las limitaciones del caso –las de un pequeño grupo anarquista que a miles de kilómetros del lugar en que se desarrollaba el proceso revolucionario debía entreverlo a través de innumerables mediaciones– esta corriente pretendió reformular teórica y prácticamente el ideario ácrata y resituar a un renovado anarquismo tanto en el campo de la izquierda como en sus vinculaciones con el movimiento obrero. Su fracaso final no obedeció únicamente a las debilidades inherentes a una reformulación incipiente; el curso que iba imponiéndose en la Rusia soviética también contribuyó a que esa reformulación del anarquismo argentino quedara inacabada, pues los perfiles autoritarios que en aquella se consolidaban desalentaron las reflexiones que tuvieran a la Rusia revolucionaria y a los bolcheviques como ejemplo. En todo caso, de lo que no se percataron era que la revolución rusa constituía sólo una de las problemáticas que debían afrontar si querían seguir jugando un papel relevante en la política y la sociedad argentinas. De todas formas, el desplazamiento de la mayoría de sus integrantes hacia las filas del anarcosindicalismo en los años '20, y el hecho de que muchos de ellos siguieran, a pesar de los distanciamientos, intentando comprender la revolución rusa, son circunstancias que dan la pauta de la hondura del cambio producido.

Antorchistas y protestistas, en tiempos distintos, terminaron criticando ácidamente a la revolución rusa. Las motivaciones que los llevaron a ese similar posicionamiento fueron de distinta índole, pero compartían un común interés. La crítica de la corriente antorchista, la primera en objetar la revolución bolchevique y en emprender un sistemático ataque a sus perfiles y contenidos, parece haber sido una reacción a lo que percibían como la difuminación de la identidad y los contornos propios del anarquismo de la Ar-

gentina. De allí que sus juicios se sustentaran principalmente en la contraposición entre la realidad revolucionaria y los mandatos doctrinarios y los principios ácratas; era esa una forma de resaltar las diferencias y precisar la fisonomía del anarquismo. Obviamente que estos propósitos no descartaban sino que en todo caso complementaban el sincero cuestionamiento de una experiencia que contradecía en varias cuestiones cardinales del corpus teórico y los objetivos del pensamiento libertario. El explícito propósito de los antorchistas fue, entonces, “recuperar” el conjunto del ideario ácrata tal como había existido antes de que fuera puesto en crisis por la revolución rusa. No se percataron que, aun cuando pudieran albergarse fundadas dudas acerca de que se hubiera iniciado la nueva era de la emancipación humana, de lo que no podía dudarse era que el mundo posterior a la guerra y la revolución había mutado profundamente, y que el herramental teórico y político para interpelar este nuevo mundo ya no podía ser el del siglo reciente y trágicamente clausurado. Es cierto que para la Argentina, notablemente menos conmovida que Europa, los signos de ese cambio sustancial estuvieron opacados por lo que parecían fuertes continuidades; sin embargo no parece que fueran esas dificultades las que motivaron a los antorchistas a “volver al Ideal”. Parece más plausible que esa “vuelta” encontrara sus razones en una actitud reactiva ante las reformulaciones que los anarco-bolcheviques – hasta 1921 acompañados por los protestistas– estaban elaborando y poniendo en acto en el escenario local, –reelaboraciones que, por otra parte, contactaban con un revitalizado movimiento obrero y que, por un breve período, parecían además ser eficaces.

Si los antorchistas estuvieron motivados en su crítica a la revolución rusa y al bolcheviquismo por lo que podría llamarse un “espíritu doctrinario”, el viraje protestista desde el apoyo a la crítica de la revolución rusa pareciera encontrar sus fuentes en un “espíritu pragmático”. Seguramente influyeron los reposicionamientos que protagonizaron gran parte de los más influyentes anarquistas a nivel internacional y las políticas de los bolcheviques respecto de importantes movimientos y líderes anarquistas en Rusia. Sin embargo, habría que indicar que si la gravedad de los sucesos que tenían lugar en Rusia desde 1921 ampliaban la visibilidad de los objetos de la crítica, muchos de esos temas, que los protestistas abordaron luego para fun-

damentar su nueva posición, ya habían sido transitados por los debates entre antorchistas y anarco-bolcheviques. De allí que resulte sintomática la sincronía entre el viraje del grupo protestista y los esfuerzos que por entonces se llevaban adelante para fusionar las federaciones obreras y modificar las pautas organizativas de los trabajadores –desde el sindicato por oficio hacia el llamado sindicato por industria. De concretarse el movimiento fusionista –que desde el quintismo piloteaban los anarco-bolcheviques–, el perfil y las características que asumiría la emergente federación unificada implicaban un abandono de atributos que tuviera la federación anarquista y que eran imprescindibles para el movimiento libertario, en tanto esos atributos la constituían como el más importante punto de referencia e identificación del anarquismo. De todas formas, y más allá de las causas que llevaron a los militantes libertarios del protestismo a modificar sus afirmaciones sobre la revolución rusa –seguramente una combinación de las razones mencionadas–, la operación político-discursiva que realizaron fue notoriamente semejante a la compuesta por los antorchistas.

Este “retorno” de antorchistas y protestistas a los principios fundantes del pensamiento libertario reveló las grietas que la revolución rusa había abierto en el movimiento libertario: ni siquiera las más incisivas y finalmente mancomunadas críticas de ambas corrientes lograron encolumnar al conjunto de la militancia y los simpatizantes ácratas en una homogénea posición de rechazo a la revolución bolchevique. Ésta había dejado ya sus marcas, que se inscribían en las divergentes perspectivas que alentaban los distintos sectores del anarquismo rioplatense; en todo caso, la revolución rusa fue –o fue utilizada como– un elemento más para promover esas diferencias preexistentes entre estrategias competitivas, brindando nuevos y cardinales elementos para la agudización de la polarización en curso en el seno del anarquismo, y los enfrentamientos entre tendencias rivales que jalonaron la trayectoria del mismo, por lo menos desde los últimos años del período a que se aboca este trabajo, estuvieron dotados de una violencia que parece ser parte de una más vasta cultura política, la de la entera Argentina.

Pero no sólo el mundo militante del anarquismo había cambiado. Si antorchistas y protestistas creyeron que la forma de recuperar su difuminada

identidad pasaba por la vuelta a los orígenes –como cuando Abad de Santillán reclamaba que era preciso “volver a colocar el centro del mundo en el hombre” porque “la vida social se desarrolla en torno del individuo”, a la par que criticaba las teorías revolucionarias basadas en el determinismo económico porque “no es un estado económico el que determina una revolución, sino un estado psicológico”³⁰²–, no se percataron que si querían interpelar la nueva realidad el mismo corpus teórico del anarquismo debía ser reformulado.³⁰³

Podría decirse que el imaginario revolucionario anarquista fue atravesado de maneras complejas y extrañas por la experiencia rusa, de tal forma que los entramados conceptuales y simbólicos sobre los que se sostenían las representaciones sobre la transformación social y sobre la sociedad emancipada vieron sacudida su trama argumentativa y su coherencia textual. La realidad revolucionaria provocaba fisuras en las concepciones y los imaginarios revolucionarios. Un nuevo paradigma de la revolución iba convirtiéndose en hegemónico.³⁰⁴ El universo de la izquierda militante, incluso el ya pequeño mundo de la militancia anarquista, debía, sí o sí, lidiar con esta nueva idea de la revolución –cuya más insigne representación, el “asalto al Palacio de Invierno”, fue una de las más potentes imágenes sobre la revolución en el corto siglo XX. Era ese el sentido de las recomendaciones de Fabbri: si la revolución rusa puso en crisis al anarquismo –en tanto teoría de la sociedad y de su transformación–, la superación de la misma importaba una reconstrucción que, sin perder la criticidad, se “apropiara” de esa experiencia histórica a la vez que renovara su corpus teórico y sus modalidades de acción. Pero la forma en que los anarquistas rioplatenses objetores de la revolución rusa decidieron enfrentar ese crecientemente hegemónico imaginario revolucionario, fue a través del atrincheramiento dogmático.

302.- *Suplemento Semanal de La Protesta*, nº 93, 29/10/1923, “Ideas sobre la anarquía y la revolución”, p. 3.

303.- Obviamente no abro juicios sobre la justeza de las críticas que estos anarquistas hicieron de la revolución rusa y la política bolchevique. Sólo señalo que para enfrentar la nueva situación no alcanzaban las viejas armas teóricas y prácticas del anarquismo, las cuales habían sido minadas también por otras problemáticas.

304.- Derivado de una aprehensión de la revolución rusa que quiere ser traducida a un esquema, elevado luego a la categoría de mito, el nuevo paradigma de la revolución –cuya emblemática figura fuera “la conquista del poder”– reveló poseer, durante el siglo XX, una capacidad de incidencia que ni sus propios mitificadores preveían.

De la misma manera que Fabbri hablaba de “crisis del anarquismo”³⁰⁵, *La Revue Internationale Anarchiste*, promovía un debate acerca de las tareas inmediatas y futuras del anarquismo.³⁰⁶ En la convocatoria, los editores invitaban a la militancia libertaria a debatir “el conjunto y la relación de los problemas correspondientes al período prerrevolucionario, revolucionario y posrevolucionario”³⁰⁷. Las temáticas que en el curso de ese debate se trataron manifiestan el impacto de la revolución bolchevique; así, se vuelve sobre la discusión entre organizadores y antiorganizadores, sólo que ahora no se discute en aquellos términos sino en relación a la pertinencia o no de una organización específica del anarquismo. También se debatió sobre el sujeto revolucionario, y por tanto sobre quiénes debían ser los principales destinatarios del discurso anarquista y qué forma debía asumir esa prédica. Por supuesto, un lugar infaltable en el debate lo constituían las concepciones anarquistas de la revolución: cómo tendría lugar y qué deberían hacer los anarquistas en el caso de que surgiera un momento transicional. Puede decirse, entonces, que no sólo para los anarquistas rioplatenses la revolución rusa significó un desafío; pero a diferencia de algunos lugares de Europa –por ejemplo Francia y España, donde el anarquismo y el anarcosindicalismo contaban con organizaciones propias–, los anarquistas de la Argentina que no realizaron su periplo hacia el anarcosindicalismo, se aferraron a un pasado que mostraba demasiadas debilidades para intervenir efectivamente en la nueva realidad, incluso en el pequeño universo de la izquierda.

305.- Es sintomático el prefacio de los editores de este folleto antes citado. Fabbri, ciertamente con limitaciones, intenta reconstruir las ideas del anarquismo señalando las distancias que lo separan de la experiencia rusa pero con el afán de incidir en su proceso, y convoca explícitamente a los anarquistas a participar de la hora de revolución social que con Rusia se habría iniciado, con el objeto de orientarla pues una revolución difícilmente pueda dar lugar inmediatamente a una sociedad anárquica. Fabbri cree más bien que emergerán formas “más o menos socialistas”: he aquí una reformulación del imaginario ácrata y una apropiación de la experiencia rusa –aun cuando su autor no parezca percatarse cabalmente de ello. En cambio, los editores del texto de Fabbri enfatizan la inexistencia de una crisis del anarquismo, cuyos principios permanecerían incólumes tras el vendaval bolchevique. Véase Luigi Fabbri, op. cit.

306.- *La Revue Internationale Anarchiste. Revue Mensuelle Polyglotte*, año I, n° 2, 15/12/1924, “Une consultation Mondiale sur les tâches immédiates et futures de l’Anarchisme”, p. 30-31. Esta publicación se editaba en al menos tres idiomas (francés, italiano y español), pero no eran ediciones idénticas sino que algunos artículos originales de alguna de las versiones idiomáticas se publicaban –generalmente resumidos– en las otras. Participaron de ese debate, entre otros, Sebastián Faure y Diego Abad de Santillán.

307.- *La Revue Internationale Anarchiste. Revue Mensuelle Polyglotte*, año I, n° 1, 14/11/1924, p. 3.

Si la revolución rusa se constituyó en un reto, seguramente la cuestión de la nacionalidad y la institucionalidad democrática significaron desafíos todavía mayores para el anarquismo argentino. Fuerzas de integración del movimiento obrero y los sectores populares, implicaron, a la postre, un problema que el anarquismo local no pudo resolver; porque a pesar de estar permanentemente presentes en sus discursos y en su crítica política, ni la democracia ni el nacionalismo fueron realmente dimensionados en sus alcances. Ambas cuestiones, a las que se sumaron la represión del Centenario y las transformaciones que se operaban en el mundo del trabajo, eran ya de por sí obstáculos formidables que habían provocado la retracción de la influencia anarquista en el movimiento obrero en la década del '10. En su resurgir de posguerra, la revolución rusa vino a sumar sus propios problemas, que afectaban otras dimensiones del discurso y la práctica libertarias. Profundizó así los desafíos que para la corriente anarquista planteaba el redefinido contexto local, aún cuando en las primeras lecturas de lo sucedido en las tierras de Tolstoi, los propagandistas y pensadores libertarios observaran, contrariamente, una confirmación de su tradicional prédica revolucionaria. Esta suerte de espejismo contribuyó a obturar las posibilidades de reformulación de aspectos centrales del pensamiento libertario y de la práctica (a)política que lo encarnaba y nutría, resultando paradójicamente, en una suerte de segunda muerte política que recluyó a sus militantes en pequeños cenáculos sin mayor influencia entre quienes debían ser principales destinatarios de sus palabras.

Bibliografía

Fuentes primarias

1. Publicaciones oficiales

Boletín del Departamento Nacional del Trabajo, abril 1919; enero 1922.

2. Publicaciones periódicas anarquistas

Diarios

La Protesta

Suplemento Semanal de La Protesta

Tribuna Proletaria

Tribuna Obrera

Bandera Roja

La Antorcha

El Comunista

El Libertario (1920)

El Libertario (1923-1932)

La Organización Obrera

El Trabajo

La Obra

La Batalla Sindicalista

La Nación

Revistas

Alborada. Revista de Ciencias, sociología, literatura y arte

Martín Fierro

Nuevos Caminos

Vía Libre. Publicación mensual de crítica social

La Rivista Internazionale Anarchica. Rivista Mensile Poliglotta (París, 1924)

La Revista Internacional Anarquista. Revista Mensual Políglota (París, 1924)

La Revue Internationale Anarchiste. Revue Mensuelle Polyglotte (París, 1924)

Prometeo

Cuasimodo

Spartacus. Documentación maximalista

Sembrando Ideas. Revista quincenal de divulgación sociológica

Libros, artículos, folletos

- "Hacia una sociedad de productores. Lucha de ideas sobre los organismos de la revolución proletaria en Italia", Buenos Aires, Argonauta, 1921 [Sin indicación de autor].
- Abad de Santillán, Diego, "La Protesta. Su historia, sus diversas fases y su significación en el movimiento anarquista de América del Sur", en **Certamen Internacional de "La Protesta"**, Buenos Aires, Editorial La Protesta, 1927.
- Abad de Santillán, Diego, **El movimiento anarquista en la Argentina**, Buenos Aires, Argonauta, 1930.
- Abad de Santillán, Diego, **La FORA. Ideología y trayectoria del movimiento obrero revolucionario**, Buenos Aires, Nervio, 1933.
- Antillí, Teodoro, "Comunismo y Anarquía", Buenos Aires, Grupo Editor Acracia, 1919.
- Bianchi, Edmundo, "Tierra Maldita", en revista *Martín Fierro*, nº 33, 24/10/1904.
- Comité Central de los Soviets de la R. Argentina, "Organización y propósitos", Buenos Aires, febrero 1920.
- Escobar y Carvallo, Alejandro, "La Comuna Libre", **Almanaque Ilustrado de "La Questione Sociale" (1900)**, Buenos Aires, en Jean Andreu, Maurice Fraysse y Eva Golluscio de Montoya, **Anarkos. Literaturas libertarias de América del Sur. 1900**, Buenos Aires, Corregidor, 1990.
- Fabbri, Luigi, "La crisis del anarquismo", Buenos Aires, Argonauta, 1921.
- Ferrari, "Leyenda del Porvenir", en Jean Andreu, Maurice Fraysse y Eva Golluscio de Montoya, **Anarkos. Literaturas libertarias de América del Sur. 1900**, Buenos Aires, Corregidor, 1990.
- Giribaldi, Florentino, "El hombre blanco (leyenda indígena)", en **Suplemento de La Protesta**, Buenos Aires, 6/10/1908; en Jean Andreu, Maurice Fraysse y Eva Golluscio de Montoya, **Anarkos. Literaturas libertarias de América del Sur. 1900**, Buenos Aires, Corregidor, 1990.
- Gonzalo, Fernando, "Anarquismo romántico y anarquismo revolucionario", Buenos Aires, Ed. El Libertario, 1923.
- Ingenieros, José, **Los Tiempos Nuevos**, Buenos Aires, Elmer Editor, 1957
- La Protesta/Consejo Federal de la FORA Comunista, "El Problema de la unidad obrera", Buenos Aires, enero de 1922.
- Locascio, Santiago, "Maximalismo y anarquismo", Buenos Aires, Atilio Moro, 1919.
- Nido, Enrique, **Páginas de Afirmación**, Rosario, s/e, 1922
- Porteiro, Manuel, "Orientación del proletariado", Buenos Aires, Edición de la Unión Desolladores de Frigoríficos de la Patagonia, 1920
- Quiroule, Pierre, **La ciudad anarquista americana. Obra de construcción revolucionaria con el plan de la ciudad libertaria**, en Luis Gómez Tovar, Ramón Gutiérrez y Silvia Vázquez, **Utopías Libertarias Americanas**, vol. I, Madrid, Fundación Salvador Seguí/Ediciones Tuero, 1991
- Rocker, R.; Goldman, E; Berkman, A.; Kropotkin, P. et al., "¿Soviet o dictadura?", Buenos Aires, Argonauta, 1920.

- Torralvo, José, "La revolución. Estudio constructivo de la civilización del trabajo", Avellaneda, Centro Cultural "Nuevos Caminos"/Agrupación "Ultra", 1921
- Unión Comunista Anárquica Italiana, "El Congreso de Bolonia de la UCAI", Buenos Aires, Argonauta, 1920.

Manifiestos y volantes

- "Un proceso de Moralidad Sindical" (29 de junio, 1921), folleto firmado por Antonio Gonçalves, Sebastián Ferrer y J. Vidal Mata, dirigentes sindicales anarcobolcheviques expulsados de la FORA Comunista en 1921.
- *Manifiesto Colectivo de las Agrupaciones sobre el estrangulamiento de la propaganda anarquista en Rusia*, agosto 1921, firmado, entre otros por el *La Protesta*, *Tribuna Obrera*, *La Antorcha*, *Ideas* (La Plata), Editorial Argonauta, Liga de Educación Racionalista, la UCAA (Unión Comunista Anarquista Argentina) y la FORA Comunista.
- Manifiesto "Ayuda, ayuda, ayuda", del Comité pro Ayuda a los Anarquistas de Rusia.

Fuentes secundarias

- Adelman, Jeremy; "State and Labour in Argentina: the Portworkers of Buenos Aires, 1910-1921", en *Journal of Latin American Studies*, nº 25, 1993.
- Alvarez Junco, José; "Los dos anarquismos", *Cuadernos de Ruedo Ibérico*, nº 55-57, enero-junio 1977.
- Alvarez Junco, José; *La Ideología Política del Anarquismo Español (1868-1910)*, Madrid, Siglo XXI, 1976.
- Andreu, Jean; Maurice Fraysse y Eva Golluscio de Montoya, *Anarkos. Literaturas libertarias de América del Sur. 1900*, Buenos Aires, Corregidor, 1990.
- Ansaldi, Waldo; "¿Un caso de nomenclaturas equivocadas? Los partidos políticos después de la ley Sáenz Peña, 1916-1930", en Ansaldi, Waldo; Pucciarelli, Alfredo y J.C.Villarruel (eds.); *Argentina en la paz de dos guerras 1914-1945*, Buenos Aires, Biblos, 1993.
- Ansaldi, Waldo; Pucciarelli, Alfredo y J.C.Villarruel (eds.); *Argentina en la paz de dos guerras 1914-1945*, Buenos Aires, Biblos, 1993.
- Ansart, Pierre; "Ideologías, conflictos y poder", en Eduardo Colombo, *El imaginario social*, Nordan/Altamira, Buenos Aires/Montevideo, 1993.
- Arendt, Hannah, *La Condición Humana*, Buenos Aires, Paidós, 1993.
- Arendt, Hannah, *Sobre la revolución*, Madrid, Alianza, 1988.
- Armus, Diego, (comp.); *Mundo urbano y cultura popular*, Buenos Aires, Sudamericana, 1990.
- Babini, Nicolás; "La Semana Trágica. Pesadilla de una siesta de verano", en *Todo es Historia*, Año I, Nº 5, Septiembre 1967

- Baczko, Bronislaw; **Los imaginarios sociales. Memorias y esperanzas colectivas**, Buenos Aires, Nueva Visión, 1999.
- Bakunin, Mijail; "Los fundamentos económicos y sociales del anarquismo", en Horowitz, Irving Louis (comp.); **Los anarquistas**, 2 Tomos, Madrid, Alianza Editorial, 1982.
- Bakunin, Mijail; **Dios y el Estado**, Buenos Aires, Milter, 1973.
- Barrancos, Dora, **Educación, cultura y trabajadores (1890-1930)**, Buenos Aires, CEAL, 1991.
- Bayer, Osvaldo, **Los vengadores de la Patagonia Trágica**, 3 tomos, Buenos Aires, Galerna, 1974.
- Belloni, Alberto, **Del anarquismo al peronismo. Historia del movimiento obrero argentino**, Buenos Aires, Peña Lillo, 1960.
- Bertolo, Maricel, **Una propuesta gremial alternativa: el sindicalismo revolucionario (1904-1916)**, Buenos Aires, CEAL, 1993.
- Bertoni, Lilia Ana, "Acerca de patriotas y cosmopolitas en el cambio de siglo", en **Entrepasados. Revista de Historia**, nº 15, fines de 1998.
- Bertoni, Lilia Ana, "Construir la nacionalidad: héroes, estatuas y fiestas patrias, 1887-1891", en **Boletín del Instituto de Historia Argentina y Americana "Dr. Emilio Ravignani"**, nº 5, 1º semestre de 1992.
- Bertoni, Lilia Ana, "La naturalización de los extranjeros, 1887-1893: ¿Derechos políticos o nacionalidad?", en **Desarrollo Económico**, vol. 32, nº 125, abril-junio 1992.
- Bilsky, Edgardo; **La F.O.R.A. y el movimiento obrero**, 2 tomos, Buenos Aires, CEAL, 1985.
- Bilsky, Edgardo; **La Semana Trágica**, Buenos Aires, CEAL, 1984.
- Botana, Natalio; **El orden conservador**, Buenos Aires, Hispamérica, 1986.
- Carantoña A., F. y G. Puente F. (eds.), **La Revolución Rusa, 70 años después**, Actas del 2º Coloquio de Historia Contemporánea, Universidad de León, 11 al 13 de noviembre de 1987, Editorial de la Universidad de León, Secretariado de Publicaciones, León, 1988.
- Castoriadis, Cornelius; **Hecho y por hacer. Pensar la imaginación**, Buenos Aires, Eudeba, 1998.
- Castoriadis, Cornelius; **La institución imaginaria de la sociedad**, 2 tomos, Barcelona, Tusquets, 1983.
- Cernadas, Jorge/Pittaluga, Roberto y Horacio Tarcus, "*Para una historia de la izquierda en la Argentina. Reflexiones preliminares*", en **El Rodaballo**, Nº6/7, otoño-invierno de 1997.
- Cernadas, Jorge; "La ilusión de un pasado", en **El Rodaballo. Revista de política y cultura**, año 3, nº 5, verano 1996/1997.
- Corbière, Emilio; **Orígenes del comunismo argentino**, Buenos Aires, CEAL, 1984.
- de Lucía, Daniel Omar; "La revolución rusa como hazaña del progreso. Un imaginario social de la Argentina de entreguerras", mimeo inédito, 1996
- del Campo, Hugo, **Los anarquistas**, Buenos Aires, CEAL, 1971.

- del Campo, Hugo; **El "sindicalismo revolucionario" (1905-1945)**, Buenos Aires, CEAL, 1986.
- Di Tella, G. y M. Zymelman; **Etapas del desarrollo económico argentino**, Bs. As., Paidós, 1973.
- Doeswijk, Andreas; "Camaleones y cristalizados: los anarco-bolcheviques rioplatenses, 1917-1930", Tesis de Doctorado, Universidad de Campinas, 1998
- Eduardo Colombo, **El imaginario social**, Nordan/Altamira, Buenos Aires/Montevideo, 1993.
- Falcón, Ricardo; "Izquierdas, régimen político, cuestión étnica y cuestión social en Argentina (1890-1912)", en **Anuario**, nº 12, Rosario, 1986/1987
- Falcón, Ricardo; **El mundo del trabajo urbano (1890-1914)**, Buenos Aires, CEAL, 1986.
- Falcón, Ricardo; **Los orígenes del movimiento obrero (1857-1899)**, Buenos Aires, CEAL, 1984.
- Fodor, Jorge y Arturo O'Connell, "La Argentina y la economía atlántica en la primera mitad del siglo XX", en **Desarrollo Económico**, vol. 13, Nº49, abril-junio, 1973
- Forcadell Alvarez, Carlos; "La recepción de la revolución rusa en España (1917-1921)", en F. Carantón A. y G. Puente F. (eds.), **La Revolución Rusa, 70 años después**, Actas del 2º Coloquio de Historia Contemporánea, Universidad de León, 11 al 13 de noviembre de 1987, Editorial de la Universidad de León, Secretariado de Publicaciones, León, 1988.
- Furet, François; **El pasado de una ilusión. Ensayo sobre la idea comunista en el siglo XX**, México, FCE, 1995.
- Godio, Julio; **La Semana Trágica de enero de 1919**, Buenos Aires, Hyspamérica, 1985.
- Gómez Tovar, Luis; Ramón Gutiérrez y Silvia Vázquez, **Utopías Libertarias Americanas**, vol. I, Madrid, Fundación Salvador Seguí/Ediciones Tuero, 1991.
- Guerin, Daniel, **El anarquismo. De la doctrina a la acción**, Buenos Aires, Ed. Proyección, 1975.
- Gutiérrez, Leandro y Luis A. Romero; "La construcción de la ciudadanía, 1912-1955", en Gutiérrez, Leandro y Luis A. Romero; **Sectores populares. Cultura y política. Buenos Aires en la entreguerra**, Buenos Aires, Sudamericana, 1995.
- Gutiérrez, Leandro y Luis A. Romero; **Sectores populares. Cultura y política. Buenos Aires en la entreguerra**, Buenos Aires, Sudamericana, 1995.
- Habermas, Jürgen, **Perfiles filosófico-políticos**, Barcelona, Taurus, 1978.
- Halperin Donghi, Tulio; "¿Para qué la inmigración? Ideología y política inmigratoria en la Argentina (1810-1914)", en Halperin Donghi, Tulio; **El espejo de la historia**, Buenos Aires, Sudamericana, 1987.
- Halperin Donghi, Tulio; "Canción de otoño en primavera: previsiones sobre la crisis de la agricultura cerealera argentina (1894-1930)", en Halperin Donghi, Tulio; **El espejo de la historia**, Buenos Aires, Sudamericana, 1987.
- Halperin Donghi, Tulio; **El espejo de la historia**, Buenos Aires, Sudamericana, 1987.

- Halperin Donghi, Tulio; **La larga agonía de la Argentina peronista**, Buenos Aires, Ariel, 1994.
- Haupt, Georges; **El historiador y el movimiento social**, Madrid, Siglo XXI, 1986.
- Hobsbawm, Eric; **Revolucionarios. Ensayos contemporáneos**, Barcelona, Ariel, 1978.
- Hobsbawm, Eric; **Historia del siglo XX**, Barcelona, Crítica, 1995.
- Hobsbawm, Eric; **La era del Imperio**, Barcelona, Labor, 1987.
- Hobsbawm, Eric; **Rebeldes Primitivos**, Barcelona, Ariel, 1974.
- Horowitz, Irving Louis (comp.); **Los anarquistas**, 2 Tomos, Madrid, Alianza Editorial, 1982.
- Jáuregui, Aníbal; "El despegue de los industriales argentinos", en W.Ansaldi, A.Pucciarelli, J.C.Villarruel (eds.), **Argentina en la paz de dos guerras 1914-1945**, Buenos Aires, Biblos, 1993
- Kohan, Néstor; "Romanticismo y anticapitalismo. La recepción de la revolución rusa en el pensamiento de José Ingenieros", en **El Rodaballo**, nº 8, otoño-invierno 1998
- Lenk, Kurt; **Teorías de la revolución**, Barcelona, Anagrama, 1978.
- López, Antonio; **La FORA en el movimiento obrero**, 2 tomos, Buenos Aires, CEAL, 1987.
- López, Fernando; "El impacto de la revolución rusa en la Argentina. El debate ideológico en la prensa anarquista", mimeo inédito, s/f
- Löwy, Michael; **Redención y utopía. El judaísmo libertario en Europa Central. Un estudio de afinidad electiva**, Buenos Aires, El Cielo por Asalto, 1997.
- Lukàcs, Georg; **Historia y conciencia de clase**, 2 tomos, Madrid, Sarpe, 1985.
- Malatesta, Errico, "*Anarquismo y gobierno*", en Horowitz, Irving Louis (comp.); **Los anarquistas**, 2 Tomos, Madrid, Alianza Editorial, 1982.
- Mannheim, Karl; **Ideología y Utopía**, México, FCE, 1993.
- Marchese, Silvia; "Empresarios en búsqueda de un espacio político. La CACIP: realidad interna y rumbos externos", en Ansaldi, Waldo; Pucciarelli, Alfredo y J.C.Villarruel (eds.); **Argentina en la paz de dos guerras 1914-1945**, Buenos Aires, Biblos, 1993.
- Marotta, Sebastián; **El movimiento sindical argentino. Su génesis y desarrollo**, tomo II, Buenos Aires, Lacio, 1961.
- Mustapic, Ana María; "Los conflictos institucionales durante el primer gobierno radical (1916-1922)", **Desarrollo Económico**, vol. 24, nº 93, abril-junio de 1984
- Negri, Antonio; "John M. Keynes y la teoría capitalista del Estado en el '29", en **El Cielo por Asalto**, año I, nº 2, otoño 1991.
- Oved, Iaákov; **El anarquismo y el movimiento obrero en Argentina**, México, Siglo XXI, 1978.
- Panettieri, José; **Los trabajadores**, Buenos Aires, Ed. Jorge Alvarez, 1968.
- Peña, Milcíades; **Masas, caudillos y élites**, Buenos Aires, El Lorraine, 1987.

- Pianetto, Ofelia; “Mercado de trabajo y acción sindical en la Argentina (1890-1922)”, en **Desarrollo Económico**, vol. 24, nº 94, jul.-set. 1984
- Plotkin, Mariano Ben; “Política, educación y nacionalismo en el Centenario”, en **Todo es Historia**, nº 221, setiembre 1985, pp. 64-79.
- Pucciarelli, Alfredo; “Conservadores, radicales e yrigoyenistas. Un modelo (hipotético) de hegemonía compartida”, en Ansaldi, Waldo; Pucciarelli, Alfredo y J.C.Villarruel (eds.); **Argentina en la paz de dos guerras 1914-1945**, Buenos Aires, Biblos, 1993.
- Puiggrós, Rodolfo; **Historia crítica de los partidos políticos argentinos**, Tomo I, Buenos Aires, Hyspamérica, 1986.
- Quesada, Fernando; “La Protesta: una longeva voz libertaria”, en **Todo es Historia**, nº 82, marzo de 1974 y nº 83, abril de 1974.
- Rock, David; “La Semana Trágica y los usos de la historia”, en **Desarrollo Económico**, vol. 12, nº 45, abril-junio 1972
- Rock, David; “Lucha civil en la Argentina. La Semana Trágica de enero de 1919” en **Desarrollo Económico**, vol. 11; nº 42-44, julio 1971-marzo 1972
- Rock, David; **El radicalismo argentino 1890-1930**, Buenos Aires, Amorrortu, 1977.
- Romero, José Luis; **El desarrollo de la ideas en la sociedad argentina del siglo XX**, Buenos Aires, Biblioteca Actual, 1987.
- Romero, José Luis; **Las ideas políticas en Argentina**, Buenos Aires, FCE, 1991.
- Romero, Luis A.; “Participación política y democracia, 1880-1984”, Gutiérrez, Leandro y Luis A. Romero; **Sectores populares. Cultura y política. Buenos Aires en la entreguerra**, Buenos Aires, Sudamericana, 1995.
- Romero, Luis A.; **Breve historia contemporánea de la Argentina**, Buenos Aires, FCE, 1994.
- Romero, Luis Alberto; “Buenos Aires en la entreguerra: libros baratos y cultura de los sectores populares”, en Armus, Diego (comp.), **Mundo urbano y cultura popular**, Buenos Aires, Sudamericana, 1990.
- Rouquié, Alain; **Poder militar y sociedad política en Argentina**, Buenos Aires, Emecé, 1983.
- Sábato, Hilda y Palti, Elías; “¿Quién votaba en Buenos Aires? Práctica y teoría del sufragio, 1850-1880”, en **Desarrollo Económico**, vol. 30, nº 119, octubre-diciembre 1990.
- Sábato, Jorge; **La clase dominante en la Argentina moderna. Formación y características**, CISEA-Imago Mundi, Buenos Aires, 1991.
- Sarlo, Beatriz; **Una modernidad periférica. Buenos Aires, 1920 y 1930**, Buenos Aires, Nueva Visión, 1988.
- Schvarzer, Jorge; **Empresarios del pasado. La Unión Industrial Argentina**, Buenos Aires, CISEA-Imago Mundi, 1991.
- Sidicaro, Ricardo; **La política mirada desde arriba. Las ideas del diario La Nación 1909-1989**, Bs. As., Sudamericana, 1993.

- Sigal, Silvia y Ezequiel Gallo, "La formación de los partidos políticos contemporáneos. La UCR (1890-1916)", en **Desarrollo Económico**, vol. 2, nº 4, enero-marzo 1963
- Skocpol, Theda, **Los Estados y las Revoluciones Sociales**, México, FCE, 1979.
- Solberg, Carl; "Descontento rural y política agraria en la Argentina, 1912-1930", en M. Giménez Zapiola (comp.), **El régimen oligárquico**, Buenos Aires, Amorrortu, 1975.
- Solomonoff, Jorge; **Ideologías del movimiento obrero y conflicto social**, Buenos Aires, Tupac Ediciones, 1988.
- Suriano, Juan; "Ideas y prácticas "políticas" del anarquismo argentino", **Entrepasados. Revista de Historia**, Año V, Nº 8, Buenos Aires, comienzos de 1995.
- Terán, Oscar; "José Ingenieros o la voluntad de saber", en Terán, Oscar; **En busca de la ideología argentina**, Buenos Aires, Catálogos, 1986.
- Tucker, Benjamin; "*Socialismo de Estado y socialismo libertario*", Horowitz, Irving Louis (comp.); **Los anarquistas**, 2 Tomos, Madrid, Alianza Editorial, 1982.
- Viguera, Aníbal; "Participación electoral y prácticas políticas en los sectores populares en Buenos Aires, 1912-1922", en **Entrepasados. Revista de Historia**, año I, nº 1, fines 1991.
- Villanueva, Javier; "El origen de la industrialización argentina", en **Desarrollo Económico**, Vol.12, Nº47, Octubre-Setiembre 1972,
- Villarruel, José C.; "El futuro como incertidumbre: los industrialistas y la tutela del Estado", en Ansaldi, Waldo; Pucciarelli, Alfredo y J.C.Villarruel (eds.); **Argentina en la paz de dos guerras 1914-1945**, Buenos Aires, Biblos, 1993.
- Viñas, David; **De los montoneros a los anarquistas**, Buenos Aires, Carlos Pérez Editor, 1971.
- Viñas, David; **Literatura argentina y realidad política**, Buenos Aires, Editorial Sudamericana, 1995.
- Williams, Raymond; **Marxismo y literatura**, Barcelona, Península, 1980.
- Zimmermann, Eduardo; **Los liberales reformistas. La cuestión social en la Argentina 1890-1916**, Buenos Aires, Sudamericana/Universidad de San Andrés, 1995.

UNIVERSIDAD DE BUENOS AIRES
FACULTAD DE FILOSOFÍA Y LETRAS
Dirección de Bibliotecas